

9

Arche

Historia

1876

54

2

ARCHIVO
FACULTATIVO
DE ARTILLERIA

MUSEO DE LITERATURA MILITAR

ESTADO MAYOR

SERVICIO HISTORICO



EJERCITO ESPAÑOL

Inscripción

Clasificación

Colocación

Sala

Estante 10

Tabla 3

Núm. 1.876

- 54 -

Inscripción. ...

Folio

Número

Clasificación. ...

División. ...

Subdivisión

Colocación IV. ...

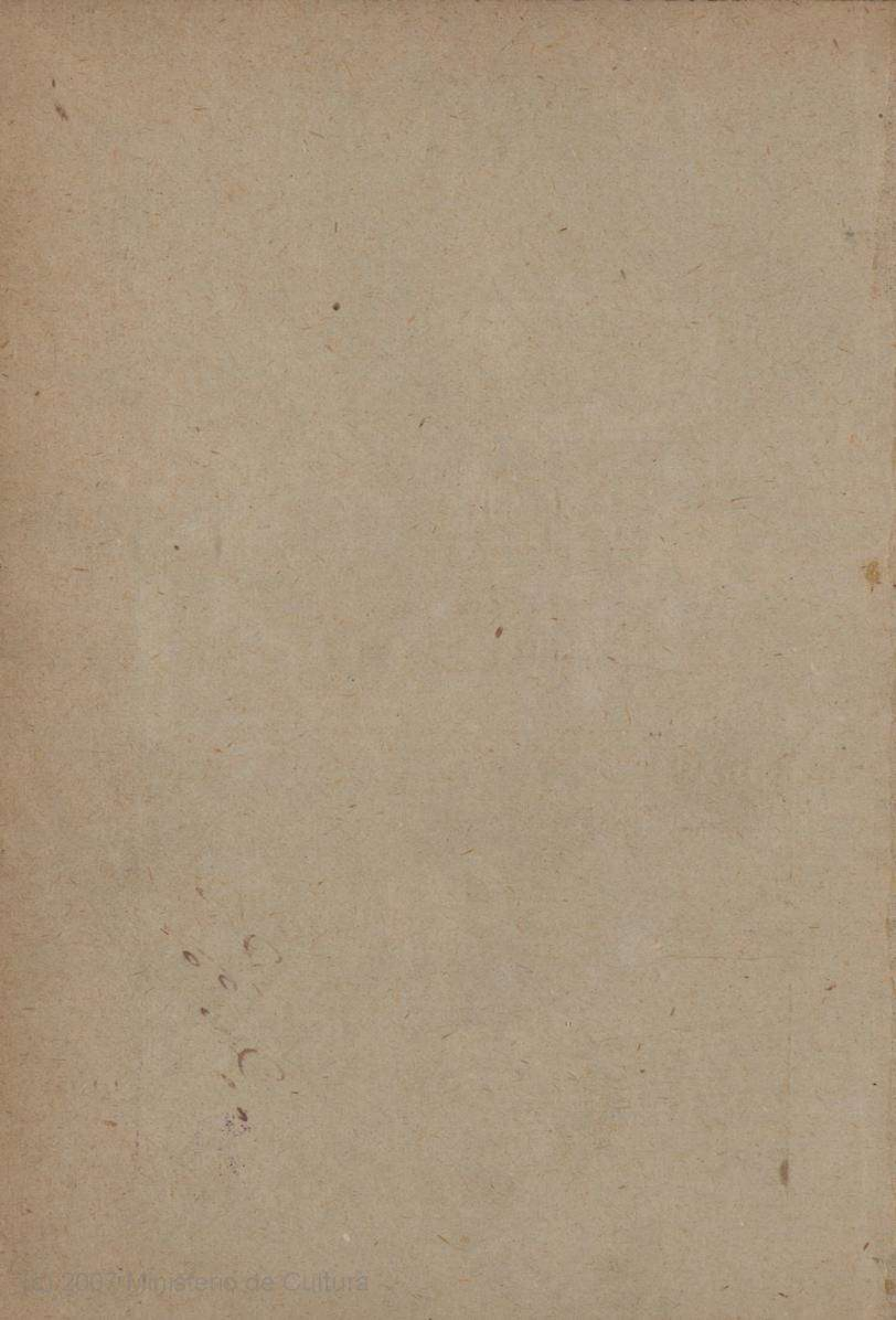
Estante. 33

Tabla 9

Número. 36

1876

54



BDE-2417
ML-R-50-C

NIEBLAS
DE LA
HISTORIA PATRIA.

ARCHIVO FACULTATIVO DE ARTILLERIA

Indice por orden { alfabético
de materias

Estante

Tabla

ARCHIVO FACULTATIVO DE ARTILLERIA

VERBA

DE LA

HISTORIA PATRIA

DE

LA CIUDAD DE MADRID

DE DON ALONSO DE ENRIQUE

DE LA

CIUDAD DE MADRID

DE DON ALONSO DE ENRIQUE

DE DON ALONSO DE ENRIQUE

DE DON ALONSO DE ENRIQUE

MADRID

IMPRESA CENTRAL A CARGO DE VICTOR GIL

CALLE CALZADA, NUM. 5

1873

NIEBLAS
DE LA
HISTORIA PATRIA

POR

D. JOSÉ GOMEZ DE ARTECHE

de la Real Academia de la Historia

SEGUNDA SERIE

EL MARQUÉS DE TORRECUSO — UN PROYECTO ESTUPESENDO
EL ALCALDE DE OTÍVAR

MADRID

IMPRENTA CENTRAL Á CARGO DE VÍCTOR SAIZ

Calle de la Colegiata, núm. 6

1876

ARCHIVO FACULTATIVO

1263

ARCHIVO FACULTATIVO

2007

ALFONSO ALONSO

ALFONSO ALONSO

2007

ALFONSO ALONSO

ALFONSO ALONSO

2007

ALFONSO ALONSO

ALFONSO ALONSO

2007

EL MARQUÉS DE TORRECUSO.

I.

Al comenzar el siglo XVII se había hecho ya manifiesta al mundo la decadencia de España.

Peleábase en ambos hemisferios por mantener en pié aquel coloso que, moderno Briareo, había en pocos años extendido sus cien brazos por los ámbitos de la tierra, poniendo espanto hasta en las organizaciones sociales más robustas.

Peleábase en Flandes para conservar lo que de derecho pertenecía á la corona española, lo que tantos tesoros y tanta sangre había ya costado y la disputaban la ambicion y la herejía. Se combatía en Italia para rechazar las invasiones con que la casa de Saboya principiaba ya á turbar la Península que con sus artes y pertinacia había de hacer, por fin, exclusivamente suya, ayudada ó compelida, segun el caso, por la Francia, incansable en promover obstáculos á la casa de Austria, su irreconciliable

enemiga. No se descansaba en la tarea de extender más y más la autoridad de la metrópoli y de robustecerla en las vastísimas posesiones de América y Oceanía; y, para seguir la que ya se consideraba política tradicional en el Mediterráneo, si las expediciones al África no se repetían con la frecuencia que en el siglo anterior, tampoco se olvidaban por nuestros soberanos y gobiernos.

¿Era posible sostener tan graves atenciones faltando la enérgica y suspicaz prudencia del hijo de Carlos V, y entregada la gobernación del Estado á soberanos tan perezosos como ineptos y vanos y arrogantes eran sus ministros y favoritos?

Nadie, pues, hay que, al estudiar con detenimiento la historia de aquella centuria, vea con asombro cuál iba de punto en punto derrumbándose la ingente fábrica de la monarquía, con tanto trabajo y gloria levantada por los Reyes Católicos.

Con razón dice el conde de Clonard en su *Historia orgánica de las armas de Infantería y Caballería*, que «así la dinastía austriaca, y principalmente »la rama española, iba á sostener en sus extenuados brazos una lucha tan gigantesca con todas las »potencias más formidables de Europa, é iba á sostenerla cuando se estaban agotando sus recursos, »cuando se extinguía el genio de sus generales, »cuando se había nublado la perspicacia de sus políticos, y cuando las fibras de su constitucion, dolorosamente destruidas, se hallaban próximas á »romperse violentamente.»

No faltaban, en verdad, hombres de mérito entre los llamados á obedecer y áun entre los que recibieran la mision de regir los ejércitos, valientes todos y entendidos no pocos; mas, sin una direccion política general que les diera el impulso, y frente á frente de la uniforme, vigorosa y hábil que se desplegaba en Francia, todos ellos aparecian en una inferioridad que hacia más y más visible el recuerdo, todavía vivo, de aquellos héroes y capitanes que acababa de perder España.

Los había ciertamente, y buenos ejemplos nos ministran de ello un Ambrosio Spínola, el conquistador de Breda; un D. Fernando, el Cardenal Infante, vencedor de Nordlingen; un marqués de Leganés, y otros, expertos en el ejercicio militar ó con el genio de la guerra dotados, deseosos de emular con los que la fortuna, ya adversa á España, les oponía en los campos de batalla.

Mas para comparar esos generales con los Córdovas, los Pescaras y Albas sería necesario hacerlo á través del prisma con que han de compararse un Fernando V, por ejemplo, y un Felipe II con su hijo y su nieto, un Cisneros con Lerma ú Olivares, la masa de hombres, soldados, caudillos y estadistas de los países sometidos ó aliados que compartían con los españoles sus trabajos y glorias, con los que, viendo á nuestra patria amenazada de ruina, la servían sin entusiasmo, cuando no con rencoroso disgusto.

No los culpemos, pues, y estudiemos sus cualidades y sus hechos con la imparcialidad que la justi-

cia exige y á que mueve ó debe, al ménos, mover la desgracia.

Sugiérenos estas reflexiones la presencia de uno que todavía pudiera llamarse *Códice*, serie de documentos oficiales y autógrafos que encierra en sus importantísimas fojas la biografía del caballero Carlos Caraciolo, marqués de Torrecuso, uno de los soldados más bizarros y maestro de campo general expertísimo de nuestros ejércitos.

Quien haya leído las historias militares de su tiempo y el que con la detencion merecida estudie, sobre todo, la de los «Movimientos, separacion y guerra de Cataluña,» por D. Francisco Manuel de Melo, habrá sentido, de seguro, excitada su curiosidad respecto al prócer napolitano, citado siempre con elogio en aquellas y representado en la obra del insigne portugués como uno de los cabos más distinguidos é influyentes del ejército en las memorables jornadas á que se refiere.

Importa mucho, pues, el libro cuyo exámen es el objeto de este trabajo; y nadie que lo hojee dejará de sorprenderse y admirar la riqueza de datos históricos que contiene; no cerrándolo sin ántes hacer el estudio de los sucesos que en él se describen con pormenores tan minuciosos é ilustraciones tan curiosas, que serán muy pocos los que de unos y otras tengan siquiera noticia.

Detengámonos un poco en señalar algunos de los documentos que el código encierra; y hemos de equivocarnos mucho si no llegan á excitar fuertemente la atencion de nuestros lectores, teniéndolos

por uno de esos felicísimos hallazgos con que cada día se van enriqueciendo nuestras bibliotecas oficiales y particulares.

Él también, al darnos cuenta de los sucesos más sobresalientes del segundo tercio del siglo XVII, nos servirá de demostración de cuanto hemos expuesto al encabezar el presente escrito.

II.

El primero de entre los documentos que contiene el código es el certificado de haber asistido el Marqués á la expedición que, á las órdenes del de Santa Cruz, ocupó las islas de Kerkeni, destruyendo después todos los establecimientos que en ellas tenían los turcos. Lo publicamos, como todos los demás, con la ortografía misma con que está escrito.

Dice así:

«El Marqués de Santa Cruz, etc., etc., etc. =
 »Hago feo que en la jornada que de orden de su
 »Magestad hize el año passado á los querquenes fué
 »sirviendo de Abenturero el Marques de Torrecuso
 »offreciendome su persona para que la emplease en
 »su Real Servicio al qual le vi acudir peleando con
 »los Moros como honrrado cavallero y particular
 »soldado hasta que le retiraron con tres heridas, y
 »por que desto conste doy la presente, en Nápoles
 »á nuebe de Marzo de mill seiscientos y doze años. =
 »J. marques de Santa Cruz. = Por mandato de S. E. =

»Diego de Aguilar y Barra.—Fee al Marques de Torrecuso de haber hido sirviendo á su Magestad de aventurero en la jornada de los querquenes.»

Ya ven nuestros lectores cómo empezó su carrera militar el héroe de esta leyenda, y que su bautismo de sangre no puede ser más solemne ni más honroso.

A ese certificado van unidas dos recomendaciones muy calurosas del duque de Osuna y del conde de Lemos, haciendo ver el brillante comportamiento de Torrecuso en cuantas ocasiones se había hallado y la buena opinion de que ya gozaba en el reino y en el ejército.

Como en la jornada de los Querquenes, hizo tambien de voluntario y á su costa el viaje de las treinta galeras con que pasó al Archipiélago D. Pedro de Leyva, habiendo sentado plaza de soldado en la compañía del maestre de campo D. Luis de Córdova, que asistía á la guardia del estandarte real. Esto sucedía en Setiembre de 1621, y está comprobado en el código con documentos oficiales, como lo está la licencia que dos meses despues obtenía del príncipe Manuel Filiberto para volver á Nápoles, donde le era urgente arreglar los negocios de su casa.

De propósito no hemos querido estampar ántes las condiciones de la familia del Torrecuso; porque, trasladando al presente escrito el despacho de su nombramiento para el mando de un tercio italiano creado en 1621, podrán nuestros lectores satisfacerse en ese y en otros puntos tan importantes como curiosos. Dice así:

«Don Antonio Capata, Cardenal de la Santa Igle-
 »sia de Roma del título de Santa Balbina, Protector
 »de España, del Consejo de Estado de Su Magestad,
 »su lugarteniente y Capitan General en el Reyno de
 »Nápoles, etc.—Por quanto su Magestad nos ha
 »mandado que en esta ciudad y Reyno se levante un
 »tercio de Infanteria Italiana para effectos y cossas
 »convenientes á su Real servicio, y haviéndose de
 »nombrar por Maestro de Campo del persona que
 »sea de calidad, y soldado de platica y experiencia
 »de las cossas militares, para que con cuydado y
 »diligencia procure que los Capitanes que eligiére-
 »mos para hacer las compañías del, acudan con so-
 »licitud á la Leva dellas, y que rija y gobierne el
 »dicho tercio con el valor, auctoridad y prudencia
 »que conviene. Y por concurrir todas estas y otras
 »buenas partes en vos El Ile. Don Carlos Caracholo,
 »Marques de Torrecuso, y havida consideracion á
 »los muchos y calificados servicios que Vuestros
 »passados han hecho á la Corona real, y señalada-
 »mente Nicolás Antonio Caracholo, Marques de Vi-
 »co, vuestro bisabuelo, que sirvió en el Consejo Co-
 »llateral deste Reyno, y en todas las ocasiones que
 »en su tiempo se ofrecieron en él, con particular
 »satisfaccion, y Vuestro Padre Lelio Caracholo, Mar-
 »ques de Libonati, que sirvió en la batalla naval,
 »socorro de Nabarino, y Malta, cumpliendo en todo
 »con sus obligaciones como Valeroso y buen Cava-
 »llero, á cuya imitacion haveys servido Vos tambien
 »á su Magestad á vuestra costa en la ocasion que se
 »offrecio quando el Marques de Santa Cruz fué á los

»Querquenes con la Armada el año de seiscientos y
 »once, saliendo della con tres heridas, y últimamen-
 »te, en levante, en la Armada real, yendo en el viaje
 »que hizieron las treinta Galeras della al Archipié-
 »lago con Don Pedro de Leyva, mostrando en todas
 »las ocasiones que se han offrecido y os haveys ha-
 »llado el ánimo y valor que se prometía de Persona
 »de vuestra Calidad, atento á lo qual y por creher
 »que proseguireys con el cuydado y diligencia que
 »deveys en servir á su Magestad, nos ha parecido
 »nombraros, elegiros y diputaros, como en virtud
 »de la presente os nombramos, eligimos y diputa-
 »mos, por Maestre de Campo del dicho tercio de In-
 »fantería Italiana, con toda la auctoridad, prehemi-
 »nencias, sueldo, gajes, emolumentos, derechos y
 »demas prerrogativas que os tocan, y tienen y go-
 »çan y han tenido y goçado los demas Maestres de
 »Campo de Infantería Española y Italiana que sirven
 »á su Magestad en sus Exercitos, y ordenamos y
 »mandamos al Sargento Mayor, Capitanes, Ayudan-
 »tes, Alféreces, Sargentos y demas offs. y soldados
 »del dicho tercio que os conozcan y tengan por su
 »Maestre de Campo y superior y guarden y cumplan
 »buestras órdenes assí por escrito como de palabra,
 »como las nuestras propias. Y que Don Francisco
 »Manrique, Escrivano de Racion en este Reyno, que
 »notando la Pesente en los libros de su officio os
 »asiente en ellos el sueldo que por esta raçon os
 »toca para librárosle y hazérosle pagar en confor-
 »midad del mandato que para ello se os mandara
 »despachar, que assí conviene al servicio de su Ma-

»gestad. Para declaracion de lo qual mandamos dar
 »la presente firmada de nuestra mano, sellada con
 »el sello de nuestras Armas y refrendada al már-
 »gen del notario infrascripto en Nápoles á diez y
 »siete de Marzo de mill y seiscientos y veynte y
 »uno años.==Hay un sello.==El Cardenal Capata.==
 »Por mandado de su S.^a Ill.^a, Juan de Atiença y So-
 »to.==In Patentium. v. fol. 49.==Registrado In Pa-
 »tentium 5.^o de la rueda de g.^{tos} á fol. 5.^o Andrés
 »Bueno.== In Pat.^m scribe Port.^m 4 f.^o p.^o Gregorio
 »Ortiz.==Patente de Maestre de Campo de Infante-
 »ria Italiana en Persona de Don Carlos Caracholo,
 »Marqués de Torrecuso.»

En Agosto del año siguiente se hallaba ya en Es-
 paña Torrecuso, y en Octubre, despues de reforma-
 do su tercio, que servía en la armada que daba la
 guardia en el estrecho de Gibraltar, pasó á la corte
á tratar de sus pretensiones, como dice el despacho
 de su licencia, expedido por D. Juan Fajardo de
 Guevara, capitan general de aquella escuadra. A ese
 despacho acompañaba una carta de recomendacion,
 haciendo presente al Rey los buenos servicios pres-
 tados por Torrecuso, particularmente en un encuen-
 tro reciente con los holandeses, por lo que, sin
 duda, en Abril de 1624 se le confería el mando de
 otro tercio, formado con doce compañías que ve-
 nían de Italia para reforzar el anterior y las que aún
 se encontraban sueltas en las armadas del Océano y
 del Estrecho. El tercio fué destinado á la primera,
 y con ella fué al Brasil, donde y en la restauracion
 de la ciudad del Salvador tuvo nueva ocasion de

distinguirse por su valor y pericia, «dando exemplo, »dice el certificado de D. Juan Faxardo de Guevara, »á otros aventureros su persona, en quanto Uvo de »peligro, sin escusar trabajo ni desvelo y habiendo »entrado aquí con su Galeon, y despues el harmada »de Inglaterra, acudió en quanto pudo á la defensa »de los baxeles y á las demas que ubo en que em- »plearse.»

Más explícita está aún la certificacion de D. Fadrique de Toledo, marqués de Villanueva de Valdueza y capitan general de la Armada, quien dice en ella: «En el cuartel de San Bento puse tres tercios que por dos partes abrieron trincheras á la »Plaça, por la una caminaban los dos juntos, por la »otra el de Napolitanos del dicho Marques que él »tuvo á su cargo en que assi mismo se plantaron »algunas baterias procedieron tambien y dieronse »tanta priesa que me era necesario usar antes de la »rienda que de las espuelas. Tengo al Marques, »añade, por persona de conocido valor y de tales »partes que puede esperarse de el mucho y que »cumplirá siempre con las obligaciones de su sangre como asta aqui lo a hecho.»

Aún continuó sirviendo en la Armada del Océano á pesar de sus instancias para volver á Nápoles, donde parece que andaban algo descuidados los asuntos de su casa; pero en 1629, despues de haberse distinguido notablemente en Cádiz al intentar los ingleses el incendio de nuestra escuadra, ya aparece en Italia muy recomendado por S. M. al duque de Alba, Su virey y capitan general en aquel

reino. Se conoce que se había cansado del servicio y papel de maestro de campo, porque hasta 1634 no se le ve figurar en ningun despacho ni título del Códice.

En ese año se formó un nuevo tercio de infantería italiana y un cuerpo de caballería con destino al Palatinado, cuyo mando, ya, como se ve, más extenso é importante, se confirió al Torrecuso, á quien vemos desde poco ántes usar tambien el título de duque de San Jorge, que despues había de llevar su malogrado hijo hasta su muerte en la batalla de Monjuich.

Con ese cargo sirvió cuatro años al lado del duque de Feria, del Cardenal Infante y del marqués de Leganés, siempre con distincion y estimado, á punto de aparecer en el Códice varias disposiciones en que se manifiesta el aprecio que el Rey y sus lugartenientes en Italia y Alemania y Flandes hacían de su persona. Existe entre esos notables documentos una representacion del Cardenal en que se ven señalados los servicios que el Torrecuso prestó en aquella época, una de las memorables de su carrera, por lo que la insertamos íntegra:

«Señor, dice.—El Maestro de Campo el Marques
 »de Torrecuso del Consejo Colateral de V. Mage-
 »stad en el Reyno de Nápoles ha servido á V. Mage-
 »stad con el valor, fineza y aprovacion que dizen sus
 »papeles de 24 años a esta parte en mar y tierra se-
 »ñalandose con particular demostracion y recibido
 »heridas en las ocasiones en que se ha hallado, y
 »ultimamente deseoso de continuar sus servicios en

»la jornada de mi pasaje vino de Napoles por Maes-
 »tre de Campo de un Tercio de Infanteria Napolitana,
 »haviendolo sido otras dos vezes en la armada real
 »y con titulo de Gobernador y condutor de seis mil
 »infantes y quinientos cavallos, y trecientos escudos
 »de sueldo, que son los que le tocan por el Consejo
 »Colateral, y estando para partir el Duque de Feria
 »a Alemania con el exercito que llevó á su cargo,
 »pasó con el, y en aquella campaña y en la de mi
 »pasaje ha asistido y servido siempre con mucha
 »fineza, y en la batalla de Nerlingen dado mues-
 »tras de su valor y experiencia, y aunque sus mu-
 »chas partes obligan a mantenerle en el servicio de
 »V. Magestad por el fruto que en todas ocasiones se
 »podrá sacar de su persona y consejo, como las or-
 »denes de V. Magestad son tan expresas para el
 »numero de los Tercios que ha de haver de cada
 »nacion en estos estados, he mandado reformar el
 »del Marques ajustándome en esto a la execucion de-
 »llas, y así va aora con lizencia mia a esa Corte para
 »representar a V. Magestad sus servicios y por el
 »gusto y fineza con que devaxo de mi mano los ha
 »continuado Supplico a V. Magestad muy encareci-
 »damente se sirva de honrrarle y favorezerle en las
 »pretensiones que tuviere con la demostracion de-
 »vida a su calidad y servicios que para mi será de
 »mucha estimacion.==Guarde nuestro Señor la cato-
 »lica y Real persona de V. Magestad como desseo
 »y he menester, en Bruselas a 12 de Abril de 1635.==
 »Señor.==Obediente hermano de V. Magestad.==El
 »Cardenal Infante.»

En Julio de 1635 era nombrado capitán general de la artillería afecta al ejército de Alemania que había de mandar el conde Juan Cervellon, y en su ausencia el marqués de Villanueva del Fresno y de Celada. Pero se dilataba la organización de aquel ejército, é impaciente el Torrecuso, voló á Milan, sirviendo con una pica y al frente de un escuadrón volante en socorro de Valenza del Pó y Frascarolo, donde los duques de Saboya y Parma y el mariscal de Crequi vieron burlados sus proyectos contra el Rey Católico. Su comportamiento en Valenza debió ser heroico é influyó grandemente en el éxito de la jornada, porque con fecha de 16 de Diciembre le escribía el Conde-duque una carta que copiamos, primera de las que de aquel personaje se encuentra en el Códice: «Ya respondí á V. S., dice, á la carta »en que me avisó de su llegada á Italia aprovando »el haberse detenido en ella hasta nueva orden, y »aora con el feliz suceso que las armas de Su Ma- »gestad han tenido en Lombardía con la retirada del »enemigo ha crecido la ocasión de estimar á V. S. »tan gallarda resolución, pues a su valor se ha de- »vido tanta parte de la facción. V. S. se asegure »de que lo conoce assi Su Magestad y que en su »real atención estarán siempre presentes los méri- »tos de V. S., á quien doy el pesame de la muerte »del Marques de Celada, pues en su valor y partes »es sin duda que se ha hecho pérdida de conside- »ración. Dios le tenga en el cielo y guarde á V. S. »como desseo.—Madrid a 16 de Diciembre de 1635. »Doy a V. S. muchas gracias y monstrarevos de

»quanto obro por su persona y valor en el buen su-
 »cesso de Valenza.—Juan Gaspar de Guzman.—Se-
 »ñor Marques de Torrecuso.»

A consecuencia, sin duda, de su brillante com-
 portamiento en aquellas jornadas, fué nombrado por
 el marqués de Leganés en Noviembre del mismo año
*por cabo y gobernador de la infantería y caballería
 de todas naciones que se juntaren en Mortara y tier-
 ras al contorno de la Lomelina y Vigebenasco, para
 que en ella pueda obrar segun el lugar que dieren
 los accidentes.*

El objeto era mantener la plaza de Mortara que
 amenazaban los aliados del Saboyano, cubriendo los
 pasos del Agogna á vanguardia de aquella fortaleza,
 para lo que se dieron al Torrecuso las instruccio-
 nes más minuciosas, fijadas en un consejo de guerra
 celebrado al formarse aquel ejército cuando se supo
 el numeroso con que el enemigo se proponía inva-
 dir el Milanesado.

Despues de tantas dilaciones, aún cuando útiles
 para el servicio del Rey en Italia, llegó por fin el dia
 en que se hiciese cargo de la artillería del ejército
 de Alemania, abocándose ántes, segun manifiesta
 una Real órden, con el conde de Oñate, embaja-
 dor en el Imperio, á quien iba muy recomendado
 por S. M. Poco tiempo permaneció allí y en Hungría,
 porque en 20 de Diciembre de 1636 era llamado con
 urgencia á España, y en 7 de Agosto del año siguien-
 te destinado al ejército de la Tierra de Labourt, que
 mandaba el duque de Nocera, como teniente gene-
 ral de la caballería primero, y despues, en Setiem-

bre, para que, poniéndose en comunicacion con el duque en Fuenterrabía, reconociese la frontera de Francia y asistiese al Consejo en que habría de determinarse el plan más conveniente para dar seguridad á los puestos que guardan aquella comarca.

A esta última órden acompañaban instrucciones bastante detalladas del objeto y fines del reconocimiento que se prevenía al Torrecuso, quien un mes escaso más tarde daba cuenta de su comision en un escrito que la índole del presente nos impide trasladar á este sitio.

Y aquí empieza uno de los períodos más interesantes de los varios históricos á que se refiere el Códice, el que comprende el ataque de Fuenterrabía por el príncipe de Condé, la defensa memorable ejecutada por su guarnicion y la batalla con que el ejército real obligó á los franceses á levantar el sitio; suceso, este último, en que llevó la mayor y más gloriosa parte el marqués de Torrecuso.

III.

Desde el año de 1635 en que se había declarado la guerra entre Francia y España, la frontera de Guipúzcoa y Navarra había servido tan sólo de teatro á pequeñas operaciones militares, fija la atencion de los dos gobiernos enemigos en las importantísimas que se ejecutaban en Flandes y Picardía, en la Alsacia é Italia.

Si en alguna de esas regiones no ayudaba la fortuna á los españoles, abrumados por el número y las dificultades que en todas se les oponía, compensaban con creces á los reveses que en ella pudieran experimentar las ventajas y la gloria que adquiriría en las fronteras de Flandes y Alemania el cardenal infante D. Fernando de Austria, hermano, como ya habrán observado nuestros lectores, del monarca español.

Sólo en nuestro suelo pueden darse al olvido las proezas de aquel eminente príncipe, que muy jóven todavía y cuando se precipitaba España por la ya rapidísima pendiente de su decadencia y se veía sin talentos á su servicio ni soldados que enviar de su seno á los campos de batalla, arrostró la inmensa responsabilidad de salvar, al ménos, los restos de aquella grandeza que había empezado á desmoronarse en las manos de nuestros más hábiles estadistas y de nuestros primeros capitanes. No había cursado el arte de la guerra, pues que desde niño se le destinó á la Iglesia; sus ejercicios á no otro pensamiento se dirigían que al de la oracion; parece que debiera haberse apagado en su pecho el sacro fuego de la milicia, tan intenso en el del Emperador su bisabuelo y que iría gradualmente á extinguirse en otro Carlos, Augústulo de la dinastía española; y, sin embargo, en D. Fernando pudo observarse el destello del genio que actúa por sugerencias del talento reforzado con el estudio y la meditacion. Los Oranges fueron derrotados en uno de sus más ilustres representantes; recobró las conquistas que los

franceses y los holandeses mismos habían llevado á cabo durante el gobierno de la archiduquesa Isabel Clara Eugenia, y áun tomó á los primeros plazas importantes dentro de su propio territorio; y sin las defecciones que, como dijimos al principiar este escrito, con tanta frecuencia experimentaba España de sus súbditos y aliados, hubiera quizás cambiado por completo la suerte de las armas.

Sin otras muestras de su genio militar, de la que en él se hizo muy pronto pericia consumada, la victoria de Nordlingen bastaría para darle la gloria de los héroes y el renombre de hábil y entendido estratégico.

Su temprana muerte en 1641, cuando más fuerza cobraban los movimientos de separacion de Cataluña y Portugal, fué como el sello puesto á la humillacion de España, vergonzosa cual ninguna otra en aquel siglo de desventuras.

Las defecciones á que ántes hemos aludido, paralizaron, como era natural, en gran parte la accion del Cardenal, y Luis XIII, ó, por mejor decir, su célebre ministro, las aprovechó para extender el huracan de la guerra á comarcas en que pudieran sus estragos hacerse más sensibles á nuestra patria. Entónces se dispuso la grandiosa expedicion contra la plaza de Fuenterrabía, centinela avanzado de nuestra frontera pirenaica en sus términos occidentales.

Dirigíala el príncipe de Condé; y tan avisado y prudente anduvo en sus preparativos y primeros movimientos de la campaña, que se negaban rotun-

damente en la corte cuando el ejército frances había cruzado el Bidasoa y plantaba sus reales en derredor de Fuenterrabía, abandonada á sus solas fuerzas y sin esperanza de socorro en largo tiempo.

Todo el mundo conoce las peripecias de aquel asedio tan bizarramente sostenido por la guarnición y vecindario de Fuenterrabía, cuyas fortificaciones, si entretenidas y aumentadas en el reinado de Carlos V, se hallaban entónces en el mismo abandono que todas las de la frontera se han visto en las ocasiones más críticas.

El Gobierno, excesivamente confiado en los momentos de la amenaza, anduvo, es cierto, diligente y eficaz en los del peligro, disponiendo la formación de un ejército que arrojara á los franceses al otro lado del Bidasoa. Pero insiguiendo las prácticas de aquel tiempo, y obediente á la rutina que la importancia que entónces se daba á cualquier mando imponía para el de los ejércitos dentro de las circunscripciones militares, creó una especie de dualismo en el del ejército de socorro. El almirante de Castilla, como capitán general de Castilla la Vieja, recibió el encargo de la empresa con todas las tropas de las distintas provincias que se le encomendaron para su organización y manejo, mientras el marqués de los Velez, virey de Navarra, y que por el pronto debía cerrar á los franceses la frontera de su Gobierno, habría despues de presentarse en Guipúzcoa para, aun siendo igual suyo, ayudar al almirante.

¿Produciría esto las etiquetas y disgustos que en

otras ocasiones, tan solemnes quizás como la del socorro de Fuenterrabía? El Padre Moret, el obispo Palafox y con ellos el Sr. Bernal de O'Reilly, último historiador que conozcamos de aquella memorable jornada, se esmeran en proclamar la union y la cortesía que reinaron entre los dos caudillos; nosotros nos concretaremos á trascribir uno de los despachos del código que vamos examinando, el cual pone de manifiesto el temor que al ménos debió asaltar al rey Felipe IV de que no se mantuviese mucho tiempo aquella armonía, más necesaria entonces que nunca. Dice así el despacho:

«El Rey.—Marqués de Torrecuso de mi Consejo
 »de Guerra, si bien de las obligaciones del almi-
 »rante de Castilla y del marqués de los Velez estoy
 »cierto que continuaran la buena correspondencia
 »con que han procedido en la disposicion de lo que
 »han de obrar para la asistencia y socorro de la
 »plaza de Fuenterrabía todavía ha parecido encar-
 »garos y mandaros como lo hago que por vuestra
 »parte hagais todos los buenos officios que fio de
 »vuestra atenzion para que se asegure la conformi-
 »dad del Almirante y Marqués y la direccion de lo
 »que se ha de executar como conviene á mi servi-
 »zio y que no se pida más gente que la inescusable
 »governandoos en todo con la atenzion que fio de
 »vuestra prudenzia y celo de mi servizio que en
 »ello le rezivire de Vos y avisareis lo que se offre-
 »ziese para tenerlo entendido. De Madrid á 16 de
 »Agosto de 1638.—Yo el Rey.—Por mandado del
 »Rey nuestro Señor.—Don Fernando Ruiz de Con-

»treras.—Al Marques de Torrecuso se encarga pro-
 »cure que entre el Almirante y Marques de los
 »Velez se continúe la conformidad con que se go-
 »viernan.»

Entre tanto, Fuenterrabía era atacada con el mayor brío, empleándose contra ella todos los ingenios propios para el ataque, potísimos ya en aquella época.

Al establecimiento de las tropas francesas en derredor de la plaza á fin de incomunicarla con el país, había seguido la apertura de las trincheras que resguardasen el ejército de las salidas de los sitiados y de los asaltos exteriores que naturalmente esperaría Condé. No tardaron tampoco en aparecer las baterías que habían de romper el fuego contra la plaza; y viendo los franceses que se les contestaba débilmente por los cortísimos recursos con que debía contar Fuenterrabía en cuanto á material de grueso calibre, apresuraron las obras de aproche á cuyo favor podrían emprender la apertura de las brechas.

No cesaban los sitiados en sus salidas, ya para estorbar las obras, ya para adquirir noticias, así de las fuerzas del enemigo como de las que el Gobierno español enviase al socorro de la plaza y de sus posiciones, intentos y esperanzas. Pero á los doce días de haberse presentado Condé en la izquierda del Bidasoa y al frente de la valerosa ciudad, rompían el fuego sobre ella siete piezas de grueso calibre emplazadas en las alturas próximas de Gracia y la Magdalena.

Dos días despues era cuando el Almirante salia de Madrid con una lucida comitiva y la diligencia que permitían los medios entónces existentes de locomocion. Afortunadamente se encontraba no léjos el coronel D. Diego de Isasi, que despues de un encarnizado combate sostenido en las inmediaciones de Irún para estorbar á los franceses la entrada en España, se había retirado á Hernani; y el 13 de Julio, esto es, un dia despues de haber comenzado su fuego las baterías de los sitiadores, entraba en la plaza su gobernador, D. Miguel Perez de Egea, con un refuerzo de 150 irlandeses y varios vecinos de la poblacion que corrían á su defensa. Con decir que los había procedentes de Sevilla, se comprenderá el espíritu de que iban animados para defender el honor de sus solares que amenazaba manchar el extranjero con sus atropellos de costumbre.

Pero ¿qué podía tan débil refuerzo, ni qué le sería dado hacer á Isasi en su incansable actividad contra los ataques repetidos de ejército tan poderoso y las expediciones que sin cesar dirigía éste á las comarcas vecinas con el objeto de impedir el socorro y hasta la reunion de víveres para las tropas que habrían de efectuarlo? Ni las salidas de los de Fuenterrabía, ni las algaradas de Isasi, lograrían resultado alguno grande y mucho ménos ejecutivo. Así es que el dia 26, cuando los sitiados recibían el primer aviso de la llegada del Almirante á Hernani, eran los enemigos dueños ya del foso que circuye el baluarte de la Magdalena y preparaban una mina

con que derribar el muro y abrirse ancho paso al interior de la plaza.

No era la empresa lo fácil que Condé creía. Los sitiados, valiéndose de cuantos recursos podían proporcionarse, escasos y hasta impropios, pero reforzándolos con el ingenio y el valor que jamás se abatieron en sus esforzados ánimos, ya contraminando sus muros, ya cubriéndolos con sus pechos, bien arrojando á los asaltantes todo género de proyectiles, bien rechazándolos con sus espadas y picas, burlaron sus proyectos é impidieron la terminacion de las obras.

Allí nadie estaba ocioso; ocupándose los inermes en los trabajos que no requería la lucha personal, en el auxilio de los heridos, el aprovisionamiento de los víveres y municiones en las baterías y las minas, y la confeccion de municiones y fuegos artificiales. Los ancianos y niños eran los destinados principalmente á estas labores; porque las mujeres se ofrecieron desde el primer dia para más árdua, importante y peligrosa tarea.

Dice el P. Moret en su excelente libro sobre el sitio de Fuenterrabía: «Mas aquel mismo dia sobresalió en gran manera el valor de las mujeres de Fuente-Rabía; pues cien de ellas, armadas en traje de hombres, unas con lanzas, otras con escopetas, en forma de esquadron salieron á la Plaza, y puestas en presencia del Gobernador, le instaron les señalase puesto y porcion de Muros, para defenderlos; que harían de su parte lo possible para que jamás le pessasse de la asignacion. Con grandes

»victores celebró la Tropa así el trage, como el
 »ánimo varonil. Aplaudiólas el Gobernador, di-
 »ciéndolas, que conservassen para la última neces-
 »sidad ánimos tan sobre su sexo; que se valdría
 »de ellas si llegasse el lance; que entretanto más
 »deseaba la conservacion de su vida que exponerla
 »sin necesidad al Enemigo; y que aunque se les ne-
 »gaba destacamento en los muros, no por eso había
 »sido inútil su ardimiento, pues habían inspirado en
 »los hombres fortaleza y valor con un exemplar
 »tan memorable, y acreedor á la alavanza de los ve-
 »nideros. Pero no obstante no dexaron ellas de ayu-
 »dar en los mayores peligros, trayendo céspedes y
 »piedras con grande afan ya en todo el tiempo de el
 »sitio, ya tambien principalmente este mismo dia;
 »porque el gobernador Eguía había mandado ter-
 »raplenar el Portal de Santa María, como que no era
 »de especial uso, y repartida la tropa en tantas
 »guarniciones podía servir de inconveniente.»

¡Ejemplo no raro, ciertamente, en España desde
 el cien veces ofrecido á la admiracion del mundo
 por las gallegas y las cántabras en la lucha dos ve-
 ces secular contra los romanos, por las de Oriuela
 en presencia del hijo de Muza, y las de Zaragoza,
 Gerona y Bilbao en la centuriá actual, defendiendo,
 ahora cual ántes sus lares, el propio honor y el de
 la patria!

Pero como no concluía de reunirse el ejército en
 fuerza suficiente para intentar el socorro, y eso lo
 sabían los franceses, continuaron los trabajos de
 mina, no por una ya, sino por varias partes del muro;

se plantaron baterías de muchas y grandes piezas que batieren el castillo y abrieran brecha en los baluartes, y se hizo pasar á la izquierda del Bidasoa mayor golpe aún de arcabuceros y piqueros para proceder al asalto de la plaza y al resguardo del campo. Así trascurrieron dias y dias hasta el funestísimo 22 de Agosto en que, para colmo de desdichas, fué incendiada en Guetaria la escuadra de Don Lope de Hoces, esperanza la más halagüeña acaso que abrigaron los defensores de Fuenterrabía. Parecía, pues, que debían acabárseles todas, muerto su gobernador Perez de Egea, tan hábil como valeroso, y destruidos los navíos de que esperaban vituallas y refuerzos, cuando, por el fuego con que el marqués de Mortara despedía á los franceses de Jaizquibel, llegaron los sitiados á comprender la reunion del Velez con el Almirante y el principio de las operaciones que habrían de sacarles de la apuradísima situacion en que se miraban.

Había llegado el momento elegido por el Romanero de aquella victoria para decir:

«De Marte aquí el patrimonio

»Entre clarines y caxas

»Vinculó juros de plomo,

»Y pagó pechos de balas.

»Al bellico retintin

»El Torrecusso y Mortara,

»Al Príncipe de Condé,

»Presentaron la batalla.»

¿Era, sin embargo, suficiente la fuerza de ambos caudillos para intentar un movimiento decisivo? La

corte lo consideraba así, y lo demuestra la Real orden que á continuacion copiamos; pero bien examinado todo, ni se habían reunido las tropas mandadas allegar en Castilla y Cataluña, ni estaban dotadas en su mayoría de las condiciones que les concedía el despacho.

«Marqués de Torrecuso, dice, de mi Consejo de
 »Guerra y gobernador de las armas que se han jun-
 »tado en Navarra ase visto vuestra carta de 29 de
 »Agosto en que representais el cuydado con que
 »tratais por vuestra parte de la disposicion del so-
 »corro de fuente rrvavia y os doy gracia por el deseo
 »con que estais de que se consiga y de vuestro celo
 »y obligaciones y del valor con que siempre haveis
 »procedido estoy cierto que en esta ocasion os se-
 »ñalareis de manera que tenga efecto pues quando
 »se ha visto lo que han hecho mis armas en otras
 »partes con fuerças sumamente ynferiores y contra
 »la mejor jente no habiendo ay de aquella calidad
 »ninguna conforme á todas las Relaciones y siendo
 »muy poca la de buena calidad conforme á ellas y la
 »nuestra por lo menos un tercio mas que la suya y
 »de buena calidad como la que ellos tienen más de
 »la mitad; no es posible dar mexor satisfecho sin
 »que la plaça sea socorrida estreçhando al ene-
 »migo y acometiéndole por muchas partes y sería
 »posible que sin esto último se abriese puerta pues
 »arrimándose al enemigo se açerca tan bien á los
 »diques por donde ay camino aunque sea travajoso
 »para meter quanto socorro se quissiere todo lo
 »qual no esponerse á riesgo del trançe de una ba-

»talla sino es tomando puestos y estrechando al
 »enemigo de manera que con esto se disponga lo
 »que se desea y assi lo tendreis entendido para que
 »de vuestra parte ayudeis á lo que fuere menester
 »obrar con la atenzion y buenos medios que me pro-
 »meto de vuestra esperiencia en lo militar en Ma-
 »drid a 2 de Septiembre 1638==Yo el Rey.==Por
 »mandado del Rey nuestro Señor=Don Fernando
 »Ruiz de Contreras.=Al Marqués de Torrecuso Res-
 »puesta.»

Tan no lo consideraban así los generales en Her-
 nani, que, despues de largos y acalorados debates,
 aún con el aguijon de los avisos y cartas de los de
 Fuenterrabia pintando con los más negros colores
 la apuradísima situacion en que se hallaban con las
 brechas abiertas, escasez de municiones y mayor
 aún de víveres, grande mortandad é intimaciones
 diarias de rendirse so pena de ser pasados todos á
 cuchillo, decidieron acercarse tan sólo al campo
 de los franceses para dar ánimo á los sitiados, im-
 poner á los sitiadores y preparar el futuro combate,
 en cuyo éxito no tenían verdaderamente una con-
 fianza completa.

Viendo despues que los asaltos que sin interrup-
 cion se sucedían, aunque rechazados valientemente,
 habrían por fin de traer la pérdida de la plaza, re-
 solvió el Almirante hacer un esfuerzo, al que ade-
 más le impulsaban los despachos que á cada ins-
 tante recibía de la corte. Ya se hallaban las tropas
 preparadas, y el Torrecuso, tan ardiente en el cam-
 po de batalla como en el consejo, se disponía á lan-

zarlas sobre las trincheras enemigas, cuando sobreviniendo una tempestad *porfiada y á cada instante más atroz, tempestad de niebla primero, deshecha en agua despues, cuajada de granizo y acompañada de continuado trueno*, como dice Moret, y una especie de relámpagos rara, fué á estorbar por varios dias tan hábil como bien meditada empresa.

Las tropas encumbradas al Jaizquivel se dispersaron á punto de no poderse mantener un peloton siquiera asaz considerable, cayendo los soldados en el mayor abatimiento con el rodar, en su fuga, por los montes y el caer en los arroyos hinchados por la lluvia, y abismándose los jefes en la desesperacion más honda con tan desconsolador espectáculo.

Torrecuso debió dar al Almirante aviso tan triste de aquel contratiempo, y pocos dias despues recibía la Real órden siguiente:

«El Rey.=Marqués de Torrecuso de mi conssejo
 »de Guerra y Governador de las armas que se han
 »juntado en Navarra, Visto se ha lo que escrevís Al
 »Almirante, en carta de primero deste, refiriéndole
 »que el Agua que havia caido era tanta, que havia
 »obligado aquella ynfantería se retirase en tanto
 »grado, que en algun terçio no havían quedado cin-
 »cuenta soldados, que haviades embiado los offi-
 »ciales á recogerlos y que en estando juntos Remi-
 »tiriades Relaçion de los que fuesen y apuntais,
 »haviades entendido que los Provinçianos enseña-
 »ban los caminos á la ynfantería por el interes que
 »les davan, y deçís al Almirante (os) dava cuydado

»ver la Artillería en el cuartel donde se había
 »puesto, y que juzgávades por necessario fortificar
 »y poner en buena defensa á los Pasajes y San Se-
 »bastian; y haviéndosseme consutado sobre ello
 »por mi consejo de Estado y guerra pleno, he Re-
 »suelto advertiros, que si bien no es de dudar que
 »el accidente que ha sobrevenido sería de algun
 »ympedimento para lo que se havia de executar y
 »que desazonaría la gente la inclemencia del Agua,
 »con todo he llegado á oír con admiracion que es-
 »tando el enemigo. Sitiando con gente de peor cali-
 »dad, que la nuestra sin Reconocerla, ni sus fortifi-
 »caciones, ni el número de ynfantería, que tiene
 »(os) abandoneis, llegando adudar si contanta gente
 »como se tiene en esse Exercito se ha de poder de-
 »fender los puestos sin entender en ganarlos sobre
 »el enemigo, en la Plaza y en Irun; con que si esto
 »se consiguiese se le dejaría cortado y podría tra-
 »tar demas antes; y despues de que es bien esteis
 »enterado, y que un turbion de Agua como el que
 »ha sobrevenido no (os) deve caussar tanto espanto
 »como ynsignuais, pues tales accidentes suelen
 »ser muy ordinarios, y huviera sido bien supuesto
 »que nosotros hemos recibido daño haver recono-
 »cido el que tubo el enemigo, estando en mucho
 »peor puesto y El que le havia caussado para que
 »con esta notiçia pudiessedes discurrir con mayor
 »fundamento lo que se pudiesse obrar; pues no de-
 »çis nada, desto ni tampoco de Abançar por la parte
 »de la eminencia, para tomar puesto, fortificarle y
 »disponerle, para en todos subçesos, y accidentes,

»todas cosas que me admiran, con Razon; y tam-
 »bien que en un Exército compuesto de tanta gente
 »nueva, se pongan tan pocos cavos como se refie-
 »ren, deviendo ser los Terçios de á 500 hombres y
 »de 1.000 a lo más largo mezclados de oficiales
 »viejos de los que allí fueron: y sin embargo que
 »sobre este último escrivo Al Almirante (os) lo he
 »querido decir á Vos cómo persona que ynterbenis
 »en todo lo que se ha disponiendo, pues la direction
 »es tan sustancial para que la gente nueva sea de-
 »mas servicio de Madrid á 5 de Setiembre de 1638.==
 »Yo el Rey.==Por mandado del Rey nuestro Señor.==
 »Don Fernando Ruiz de Contreras.==Al Marqués de
 »Torrecuso sobre lo que escribio al Almirante.»

Para cuando llegó á su destino la anterior repri-
 menda, se había dado la batalla que libertó á Fuen-
 terrabía de la opresion que sobre ella intentaban
 los franceses, y el ejército de socorro se alojaba en
 la heróica villa, por cuyas brechas había entrado
 la caballería para honor y gala de sus bravos de-
 fensores.

«Había padecido y tolerado, dice el obispo Pala-
 »fox, aquella valerosa gente en sesenta y nueve dias
 »de sitio más de once mil cañonazos, cuatrocientas
 »bombas, seis minas voladas, otra prevenida para
 »darle fuego, tres asaltos generales, trescientos
 »muertos de la villa, vengados con mil y setecien-
 »tos que mataron de los enemigos. Obraron, con-
 »tinúa, los capitanes y soldados en el deseo y afi-
 »cion de conservar la plaza, como si fueran vecinos
 »y pelearan por sus hijos, mujeres y haciendas, y

»los vecinos de la villa como si hubieran sido siem-
 »pre de profesion soldados; y verdaderamente lo
 »mostraron en la experiencia, disciplina y valor,
 »concurriendo las mujeres y los niños con esfuerzo
 »rarísimo, sin que en todo el sitio, con hallarse el
 »enemigo acuartelado á los quince dias de él den-
 »tro del foso y haber comenzado á picar la muralla
 »y batirla tan de cerca, hubiese en la plaza primer
 »movimiento de rendirla; dando ejemplo utilísimo á
 »la disciplina militar de estos tiempos, que no cum-
 »plen los Gobernadores de semejantes puestos con
 »hacer lo bastante, si no llegan á hacer lo posible.»

El Almirante escribía al Rey:

«A Los de la villa se las dimos (las gracias) en
 »nombre de V. M. del valor y constancia que habían
 »mostrado tan grande en la defensa de tanta consi-
 »deracion en un sitio tan apretado de setenta dias,
 »deviéndose al Gobernador Domingo de guía con
 »sus oficiales y soldados, y á los Alcaldes y vecinos
 »della reconocer por causa destos felices subcesos,
 »aviendo resistido á muchos asaltos, en los quales
 »las mugeres, no cediendo al balor de sus maridos
 »y parientes, se exponían ellas mismas á los mayo-
 »res peligros de la guerra, sufriendo la confusion de
 »los daños de las vonvas en sus casas y la continua
 »artillería de las vaterías...»

Con estas relaciones á la vista, los comentarios sobran.

No confiesan los franceses su derrota lo paladi-
 namente que nuestros historiadores la proclaman.
 Pero ninguno trata de desfigurarla con la originali-

dad y travesura que el Sr. Cénat Moncaut al describir la ciudad de Fuenterrabía en su tan conocido libro de *L'Espagne inconnue.— Voyage dans les Pyrénées de Barcelone á Tolosa*. Las causas del vencimiento de Condé no pueden ser ni más nuevas ni más peregrinas.

«Llega, dice, el día del asalto. Se ignora la razón de por qué Lavalette deja para el día siguiente la operación de que estaba encargado. El príncipe de Condé, furioso, le quita el mando y se le da al arzobispo. Lo acepta éste con la mejor voluntad y ordena el asalto; pero hé aquí que dos regimientos muy partidarios de Lavalette, demasiado partidarios suyos en aquella circunstancia, se niegan á avanzar hasta que se les satisfagan sus sueldos... ¡Excelente ocasión!... La nobleza de la Guiena toma parte en el motin; el almirante de Castilla aprovecha el desórden y cae de improviso sobre un cuerpo de franceses que se retira. Su jefe, M. de la Force, trata de resistir con solos sus criados; Condé envía algunas compañías á sostener el punto atacado; pero ¡ay! la traición se une á la desobediencia. Lavalette, arrastrando sus soldados al lado de los españoles, los lanza contra las tropas de Condé, á quien detesta, y los Franceses se baten contra Franceses bajo el fuego mismo del enemigo que los hostiliza... Los españoles no pierden la ocasión; invaden el campamento por otro lado, dirigidos por Mortara y Torrecusa, y el *sálvese quien pueda* se hace general en nuestras filas.»

Pero ¡qué extrañeza ha de causarnos esta rela-

cion en la pluma de quien traslada el combate naval de nuestro Guetaria á las aguas *de Guétary entre San Juan de Luz y Fuenterrabia?*

Cuál fué la conducta de Torrecuso como maestro de campo general en aquellas jornadas, se ve en las historias que hemos citado y en la, aunque breve, elocuente relacion que de ellas hizo en *La Asamblea del Ejército y Armada* el comandante entónces de estado mayor D. Hermógenes Samaniego. Ni uno solo de esos escritos deja de atribuir al valiente y talentoso marqués la gloria mayor del socorro dado á Fuenterrabia, así con sus discursos acalorados en los consejos de guerra que se celebraron en el campamento, como en el uso que hizo de los navarros, castellanos y napolitanos que se pusieron á sus órdenes, segun el ardor ó la disciplina de cada uno de ellos.

El Almirante y el de los Velez, en su carta del 12 de Setiembre, decían al Rey:

«El marqués de Torrecuso teniendo más de las
»confusiones que de noche suelen proceder, par-
»ticularmente cuando las faciones las an de ejecu-
»tar soldados nuevos, no mudava su opinion, de
»que se hiciese de dia donde el valor obrando por
»sí mismo podrá passar á otros con el exemplar, y
»en la órden mejor que se ternía, y con más facili-
»dad á la facion que se intentasse.»

El P. Christóval Escudero decía en su relacion del 14 de Setiembre que á Torrecuso se debía particularmente aquella faccion; y Alonso Martinez de Aguilera, del escuadron volante que gobernaba el

Torrecuso, le llamaba el *dueño de aquel suceso*.

La corte premió largamente sus servicios. No lo refieren esas historias, pero sí el Códice.

En 15 de Setiembre se le pasó una Real orden manifestándole lo satisfecho que se hallaba S. M. de los servicios que había prestado, y haciéndole merced de un feudo de los que el Rey tenía en Italia con el título de duque ó príncipe, el que eligiese para su casa; y el 3 de Octubre se le otorgaba el de príncipe, diciéndole que S. M. lo hacía *de muy buena gana como vendria en qualquiera cossa que fuera hacerle merced por lo satisfecho que se hallaba del valor y aprobacion que havia servido en las ocassiones pressentes del sitio de Fuente Ravia*.

En Agosto de 1640, á consecuencia de habersele manifestado cuántos escudos de ventaja quería disfrutar sobre sus sueldos por sus anteriores servicios y particularmente por los prestados en Fuenterabía, se le concedieron tres escudos al mes, segun él mismo propuso, llevado, sin duda, de la idea de que sólo podía aceptarlos, como en ocasiones pasadas, en concepto de una muestra de la real munificencia y de recuerdo por sus méritos.

No ménos halagüeñas debieron parecerle las muestras de aprecio que recibió durante el sitio y mucho despues del poderoso valido de Felipe IV.

En una carta del 30 de Julio de 1638, le decía Olivares en posdata autógrafa lo siguiente: «Assí fueran los que han de ir con V. S. todos como V. S., que no me quitaría á mí el sueño el suceso; mas temo no se quede V. S. solo. Dios no lo querrá.»

En otra del 15 de Setiembre se ve tambien una posdata autógrafa del mismo Olivares, que dice: «Señor Marqués, pagado quedo de mi buena voluntad de servir á V. S., y prendado y obligado á servirle: muchísimos mill parabienes y mill gracias juntas doi á V. S. de tan glorioso suceso.»

En otra del mismo dia, pero del año siguiente de 1639, con motivo de haberse suscitado entre Torrecuso y Balbases una querrela por no hacer éste que se tratara á aquel de Excelencia, le decía Olivares... «porque V. S. procede y ha procedido en quantas partes se ha hallado de manera que un hombre no puede dessear mas que tenerle á su lado en cualquiera ocasion grande, porque le dió Dios valor tal que no solo se puede esperar que venza lo factible sino que resuçite un muerto con su gran resoluçion y acciones. Traslado á Fuenterravía.» Y por posdata añade de su puño y letra: «Marqués, algo he de poder yo con V. S. que moriré por él. Marqués mio, yo no exijo á V. S. mas que esto y lo espero y yo sabré que tengo palabra suia de que hara quanto yo quisiere. Suplico á V. S. lo haga aprisa y con fruto.»

IV.

Con ser tan ejecutiva la victoria de los españoles en Fuenterrabía, era el número de ellos tan exíguo y las dificultades para moverse tan grandes, que sus generales debieron renunciar á toda operacion ofen-

siva al otro lado del Bidasoa. A pesar de la diferencia de bajas en uno y otro ejército, el francés, con sólo mantener los puestos que entonces cubrían su frontera, todos fortalecidos por el arte y más todavía con la presencia de tantas tropas como el ansia de la invasión y la esperanza del éxito habían atraído á Guipúzcoa, quedaba lo suficientemente respetable para imponer al nuestro y vedarle la entrada en su territorio.

Así es que acabada aquella facción por tantos títulos memorable, el Almirante se volvió á Madrid, el marqués de los Velez á Navarra, y fué disuelto el ejército, retirándose una parte de los tercios nuevamente organizados y acudiendo los viejos á donde los llamaban nuevas atenciones de la guerra. Eso produjo á veces alarmas en la costa y la frontera, y las fuerzas del país vasco-navarro debieron moverse de un punto á otro, según la dirección que los franceses imprimían á sus amenazas; pero al año siguiente el Gobierno podía con esas mismas fuerzas atender á la organización de un nuevo ejército que acudiese á neutralizar los progresos que el enemigo hacía en el otro extremo de la frontera pirenaica.

El marqués de Torrecuso recibió entonces orden de trasladarse á Perpignan al lado de Espínola, marqués de los Balbases é hijo y discípulo del conquistador de Breda. Este debía mandar el ejército de Cantabria dirigido á recuperar la plaza de Salses que acababa de caer en poder de los franceses, y Torrecuso le serviría con el cargo mismo de Gobernador de las armas con que había servido en el de Navarra.

Antes, sin embargo, de que se decidiera su destino al Rosellon y ántes, en nuestro concepto, de que se apelase á la pericia del de los Balbases, ocupado en el gobierno de las provincias lombardas, se pidió á Torrecuso informe de las fuerzas que, á su parecer, serían necesarias para obrar con eficacia en la frontera de Cataluña. Tal era el concepto, y no debiéramos repetirlo, que merecía por su talento militar y su experiencia en los consejos de la Corona.

Hé aquí la Real órden pidiéndole el que ya urgía por el aspecto que iba presentando la agresion francesa en los Pirineos Orientales:

«El Rey.—Marqués de Torrecuso de mi Consejo
 »de Guerra, Gobernador de las Armas del Reyno de
 »Navarra. Siendo de mi servicio saver con toda no-
 »ticia y particularidad lo que se podrá obrar este
 »año por la frontera de Cataluña, he querido horde-
 »naros y mandaros como lo hago me ymformeis que
 »ynfantería y cavallería será necesaria para entrar
 »en Francia por aquella parte, refiriendo el número
 »y calidad de cada género y tambien la que sera
 »menester de uno y otro para la defensiva ó offen-
 »siva, las precauciones que se tuvieren por preci-
 »sas y la forma en que se hubiese de executár en
 »ambos casos lo que combenga, de manera que con
 »claridad y distincion me deis vuestro parecer so-
 »bre todo, declarando lo que fuese forçoso yr dispo-
 »niendo en qualquiera de los dos intentos para que
 »entendido lo que seos offreziese en la materia to-
 »me la resolucion que combenga. De Madrid A 3 de
 »Febrero de 1639.—Yo el Rey.»

La respuesta del Marqués, toda de su puño y letra, decía así:

«Señor: Deseara yo saber mucho, y valer muchísimo para acqudir á todo lo que V. M. me manda.==
 »Sirbese V. M. le digha con toda notiçia==y particularidad, lo que se podría obrar==este año por la
 »frontera de Cataluña==y la calidad==y cantidad de
 »Infanteria y Cavalleria fuera necesario para entrar
 »==en Francia por aquella parte.==Digho Señor que
 »ni é stado; ni sirbido en Cataluña; eque pueda estar
 »enterado de lo que se podría obrar==y sibien con
 »su Rey no sa dablar á bughâs (á oscuras)==no obstante esso por obedecer==en la parte que alcanço
 »a lo que por S. R. carta me hordena==dire dos cosas==La una es que defrente deve detener hoy fortificado el enemigho==Las entradas en françia==
 »que estaban quando se intento lo de la Sochata==
 »que si para ganar aquella plaça no bastaron 6.000
 »Infantes y 1.000 cavallos con que se entro==aeste
 »respetto seran menester per qualquiera façion
 »15.000 Infantes y dellos 4.000 soldados viexos==y
 »1.500 cavallos eque seppan ser hombres deacavallillo==proporcionando Lartig." (la artillería) á la Infanteria y Cavalleria==Lo otro es sup. V. M. lo
 »que me se pregunta==mandar se pregunte al capitán General ha de haçer sempresa==eque haviendo
 »de correr per su quenta==la façion==y lo neçesario
 »para ella==habra mirado y considerado==lo que podrá açer==y para açerlo pidira lo neçesario y con
 »esso quando no pueda bien==lo que emprende==no tan solamente la culpa sa de dar á la fortuna==esto

»es lo que puedo decir tocante á lo de Cataluña==á
 »lo deste Reyno y Provincia assi per la defençiva==
 »como offençiba buelvo á rimittirme==á la consulta
 »cque hiçe en la Junta que de horden de V. M. hiço
 »el Marques de los Velez==en 22 y 23 de Henero
 »cquyo traslado abra embiado á V. M. cquya C. R.
 »Persona gde Dios como la Christiandad ha menes-
 »ter. Pamplona 31 Henero 1639==El Marques de
 »Torrecuso.»

Por este escrito podrá colegirse lo que haya de cierto en los discursos á lo Tito Libio que el obispo Palafox y el P. Moret ponen en los labios del Torrecuso en los consejos de guerra celebrados para el socorro de Fuenterrabía en el campo del Almirante de Castilla.

No mucho despues, y cuando Torrecuso iba y venía de Navarra á Guipúzcoa y de Guipúzcoa á Navarra, acompañando siempre al marqués de los Velez, de quien le costaba mucho al Gobierno separarle por lo que se observa, hasta con extrañeza, en el Códice, recibió nuestro héroe la comunicacion que inmediatamente vamos á copiar. ¿Irían sus gravísimas prevenciones dirigidas al servicio del ejército de Navarra ó al de Cataluña, cuya formacion debía estarse ya preparando? No está claro su sentido en este punto, pero á lo ménos debemos presumir que el conde de Santa Coloma entónces, y poco despues el marqués de los Balbases, recibirían las mismas instrucciones que Torrecuso. Ellas ofrecen, con el juramento de los fueros en 1634, el motin de los segadores y la traslacion á Gerona de

la Audiencia de Barcelona, la clave para reconocer el verdadero origen de los movimientos de Cataluña en el año siguiente, movimientos que precipitaron la decadencia de España hasta hundirla en el profundo abismo de que sólo después de sesenta años de impotencia, de miserias y de abyección, inconcebible en raza tan enérgica y altanera como la nuestra, había de alzarse en hombros ya de dinastía diferente que, como jóven todavía y nueva, trataría de acreditarse.

Pero veamos la comunicacion. Dice así:

«El Rey.—Marques de Torrecuso del mi consejo
 »de Guerra, Gobernador de las Armas del Reyno de
 »Navarra. Por lo que importa no se desaga la gente
 »Vieja del Exercito y la demas que ba marchando
 »para incorporarse en el, He rresuelto encargaros
 »como lo hago mireis mucho por su conservacion,
 »cuydando della como de lo más principal, teniéndola
 »devajo de cubierta y con camas, sin empeñarla
 »mal a proposito, pues cada hombre de esta calidad
 »que se pierda será de grave inconbeniente porque
 »no habrá de donde restituir la que faltare de esta
 »gente ni con que formar otro exercito Viejo, y
 »particularmente haveis de atender á que no se
 »gaste de los bibres y municiones en la campaña
 »más de lo ynescusable, porque el exercito conser-
 »vado pueda despues de la resistencia obrar lo que
 »conviniere, supuesto que hiran llegando de mano
 »en mano y de dia en dia otros seiscientos ó sete-
 »cientos napolitanos para el tercio de Don Leonar-
 »do moles, seiscientos y cincuenta soldados Viejos

»de la costa de Granada, setecientos de las fronte-
 »ras de africa, de Castilla quinientos, de las de por-
 »tugal y más de mil y por ventura mil y quinientos
 »del Reyno, setecientos de Valencia, todos solda-
 »dos Viejos los mil hombres de Aragon y balencia,
 »las Reerutas del Regimiento del conde duque de
 »San lucar pasarán de mil infantes, y las del Mar-
 »ques de la ynojosa de quinientos, y todo esto se
 »malograra y se abra perdido por haverse movido
 »la gente sin noticia precisa y yndivitable de los
 »disignios del Enemigo y por no tenerla acomodada
 »como aora os lo encargo y antes tengo ordenado,
 »y así para que se reparen en algo los daños, se ha
 »de acomodar toda la gente en casas y camas aun-
 »que no duerman en ellas los dueños, sin contem-
 »poriçar con nadie, pues es raçon que todos los de
 »la tierra duerman en una tabla, lo qual se ha de
 »executar aunque no vengan en ello los naturales,
 »supuesto que con el enemigo á la frente no es
 »tiempo de admitir réplicas ni de perder un exer-
 »cito como el que se ha juntado, y con esto aresgar
 »toda la provincia y españa de que estareis adver-
 »tido para acudir al cumplimiento de lo que os to-
 »care como lo fio del celo y atencion con que me
 »servis. De Madrid á ocho de Marzo de 1639.=Yo
 »el Rey.»

Cuando vemos en Melo la pintura que hace, som-
 bría y pavorosa, del estado de Cataluña al iniciarse
 su, aunque transitoria, funestísima separacion de
 aquel antiguo Principado, no puede uno ménos de
 vacilar en el juicio que puedan merecerle sus cau-

sas. El orgullo ingénito en aquellos habitantes, á la par que sus desconfianzas y rencores; la mal encubierta ánsia en el por entónces omnipotente valido de vengar desaires inferídosle poco ántes en la capital del Principado; las asperidades que esto producía en la gestion gubernativa y las licencias á que daba aquello lugar en la soldadesca por un lado y por otro en el paisanaje, trajeron aquella catástrofe de irreparables consecuencias. Pero al estudiar fria y desapasionadamente la comunicacion que acabamos de ofrecer á nuestros lectores, órden, más que indebida, irreflexivamente lanzada en aquel foco de las pasiones encendidas por la guerra y las privaciones y los lutos que siempre lleva consigo, hay que, sin disculpar el movimiento, que eso nunca puede aprobarse entre partes de un conjunto que sea la patria comun, ver el por qué, la causa de ese movimiento y su explosion y permanencia.

No habíamos visto en parte alguna esa órden; más; la creíamos imposible. Al leerla en el Códice que examinamos hoy, llénase el alma de amargura observando cómo la ignorancia y la vanidad, que ella y el inmerecido favor producen, llevan la nave de un Estado á los escollos que hacen insuperables despues caracteres que, de otro modo dirigidos, serían la salvacion y la gloria de la patria.

Pero fuera de esas consideraciones, algo prematuras quizás, sugiérenos la lectura de esa órden la idea de las inmensas dificultades que encontraría la administracion en el reclutamiento de las tropas para apreciar en tanto la comodidad y manteni-

miento de las veteranas. Si era difícil y costoso y raro el poner una pica en Flandes, se conoce que no lo era poco también el reclutarla para la Península, según el cuidado con que se reunían y el regalo con que se brindaba á las que se lograban allegar para la guerra encendida á las puertas mismas del Pirineo. Si no hubieran producido esas que bien pudiéramos llamar franquicias militares las deplorables consecuencias á que nos vamos refiriendo, no hallaríamos palabras bastantes para alabar al gobierno que las otorgaba, desconocidas como lo han sido en las demás edades y particularmente en la nuestra, en que se prefiere que las tropas campen al raso á dar pábulo á los desórdenes y querellas que produce un alojamiento demasiado estrecho.

Torrecuso marchó en el verano de 1639, y su llegada al Rosellon se significó por dos sucesos, importante el uno para su persona, su desavenencia con el marqués de los Balbases que ya anteriormente indicamos, y más importante todavía el otro para la patria, á la que procuró con su valor y pericia la conquista de Salses, á cuyo socorro había volado un poderoso ejército francés. Son notabilísimas las cartas en que él participó á la corte sucesos tan trascendentales y gloriosos como la batalla y la capitulación de aquella plaza; y si no las estampamos aquí con varias otras de contestación del conde-duque, á no alargar este escrito, dándole proporciones que no entran en nuestro propósito, se debe, no á falta de importancia, que realmente la tienen

y muy grande, ni á que no deban infundir una viva y legítima curiosidad.

Pero sin detenernos en ellas, y á pesar de su menor trascendencia, vamos sí á hacerlo en el recuerdo de un incidente, más que por lo grave, por lo original é ignoto, digno de manifestarse en estas páginas.

Con ocasion de hacerse el 29 de Diciembre un gran forraje que debería dirigir el duque de San Jorge, hijo de nuestro marqués, á la cabeza de 500 caballos y 600 infantes, se había dispuesto que no se permitiera salir de los reales á nadie que pudiera dar aviso de tal operacion al enemigo. Habíanse presentado con la solicitud de abandonar el campamento dos catalanes con siete caballerías, y viendo que el Torrecuso les negaba la salida, acudieron al conde de Santa Coloma, quien se la concedió, fuese por ignorar las órdenes del Espínola, fuese por hacer valer su autoridad que consideraría suprema. Torrecuso manifestó á los arrieros que sólo recibiendo la órden de su inmediato jefe les franquearía la puerta; y oida aquella nueva é insistente repulsa, se presentó en el sitio de la porfía el Santa Coloma, acompañado del marqués de los Balbases. Repitió la órden, á que éste asintió, y Torrecuso hubo de trasmitirla en nombre, sin embargo, del de los Balbases, su general en jefe. Irritado Santa Coloma, insistió por dos veces en que fuese por mandato suyo; y, negándose á ello Torrecuso, fué ásperamente reprendido y arrestado. Al retirarse á la barraca del marqués de los

Balbases, no oyó más el de Torrecuso; pero supo que su hijo, viendo que el Santa Coloma parecía amenazarle, se le había puesto delante, y en el alboroto que este incidente produjera habían también salido de la vaina muchas espadas y agitándose en el aire.

El duque de San Jorge fué consignado al castillo de Perpiñan; y su padre, después de habersele permitido ejercer su cargo militar el 3 de Enero de 1640 para rechazar un ataque, no realizado, con que amenazaban los franceses del ejército de socorro, y el 6 á la capitulación de Salses, salió también para aquella misma fortaleza, de donde, unido á su hijo, fué á Rosas para ser embarcado en la almiranta de la escuadra y esperar las órdenes de la corte.

En ésta el escándalo hizo un eco terrible, muy desfavorable al marqués, y fué necesaria una intervención muy eficaz por parte del conde-duque para que á ese eco no sucediesen las providencias más severas.

Se discutió el caso en Consejo pleno, y después de cruzarse comunicaciones y cartas, de las que constan en el Códice las importantísimas de Olivares y Torrecuso, logran las gestiones del Valido que todos pongan en sus manos la suerte que les espera y que el Rey le autorice para disponer de ella.

Pero, ¡caso raro! el mismo día en que Olivares expedía el laudo que vamos á presentar inmediatamente á la observación de nuestros lectores, se celebra aquel *Corpus de Sangre* que tanta y tan

preciosa había de costar á nuestra España entre extraordinarios sucesos y las humillaciones más degradantes.

Quando llegase la resolución del Conde-Duque á conocimiento de las partes, ¡qué de amargas consideraciones no despertaría, qué de lamentos y de lágrimas no iría á producir en corazones tan magnánimos y almas tan generosas!

«Habiendo el Rey Nuestro Señor, Dios le guarde, »dice el laudo, dado órden para que pidiendo poderes á los señores Conde de Santa Coloma y Marques de Torrecuso tratase de componer el disgusto que había passado entre ellos, en el campo »sobre Salsas á veinte y nueve de Diciembre de mill »y seiscientos y treinta y nueve y embiandome estos cavalleros las cartas inclusas, y ymformandome de los mismos señores Conde y Marques, »hallo que debo declarar y declaro considerandolos »por tan grandes y illustres cavalleros, como son »que cumplieron enteramente con su obligacion de »tales con su esfuerço valor y vizarría, y que ninguno dellos falto ni sobro alotro en ninguna destas partes satisfaciendo cumplidamente con quanto »pudieron y devieron. y por esto los declaro por »amigos. sin que ninguno necesite. de proponer. ni »responder. ni de dar maior ni menor. Satisfacion. »alotro por la ygualdad con que en todo obraron. y »por no hallarse presentes para darse las manos. »declaro que en primero de Julio se escrivan el uno »alotro desde la parte donde estuvieren. y no antes »ninguno las palabras que sean de escribir Seran.»

«He savido que el Conde Duque de San Lucar. de
 »órden del Rey Nuestro Señor y con autoridad
 »nuestra ha declarado sobre lo que se deve hacer
 »en razon del disgusto que contra mi voluntad su-
 »cedió en el campo sobre Salsas a veinte y nueve
 »de Diciembre de mill y seiscientos y treinta y nue-
 »ve y quedo enteramente conforme. con la decla-
 »racion que mea Remitido. y deseoso de que se
 »ofrezcan muchas ocasiones de mostrar quan servi-
 »dor y amigo quedo de V como lo dare a entender al
 »mundo siempre que me lleguen a las manos mos-
 »trandome no solo servidor sino fino amigo de V
 »con toda la estimacion. que devo y le doy mi mano
 »y palabra dello y le suplico me mande siempre en
 »que le sirva.»

«Tambien declaro que entre el conde de santa
 »coloma y Duque de San Jorge, no apassado nin-
 »guna. cossa. que pueda enbaraçar al uno ni al otro
 »el ser amigos, con toda satisfacion y confiança y
 »que assi pueden escribirse En la misma forma.»

«En Madrid a siete dias del mes de Junio de mil
 »y seiscientos y quarenta años a las doçe oras de
 »medio dia. Juan Gaspar de Guzman.» = Sigue la
 rúbrica.

Cumplimentaron la órden Torrecuso y el hijo de
 Santa Coloma; añadiendo éste á su carta otra en
 siete dias posterior, tan sentida y caballerosa que
 no podemos resistir al deseo de copiarla por mu-
 cho que se vaya alargando ya el presente capítulo.
 Dice así:

«Nuestro Señor ha sido servido de castigarme

»llevandose para si al Conde de Santa Coloma mi
 »señor y mi Padre (aunque en ocasion tan gloriosa)
 »antes que pudiese firmar la carta que aquí va en
 »conformidad de la declaracion que de orden de Su
 »Magestad y con autoridad de V. S. y de mi Padre
 »habia hecho el señor Conde Duque sobre la com-
 »posicion del disgusto sucedido entre ambos en el
 »sitio de Salsas y constandome de la resignacion
 »con que mi Padre se comprometió en manos de su
 »Excelencia y deseando yo no faltar a ella como
 »quien ha sucedido en todas sus obligaciones la re-
 »mito a V. S. en su nombre para que siempre cons-
 »te de la promptitud con que Padre y hijo nos he-
 »mos conformado con aquella declaracion offre-
 »ciendo yo la misma para quanto tocare al servicio
 »de V. S. con estimacion y desseo muy particular de
 »que V. S. lo experimente y me mande con seguri-
 »dad de que le sere servidor. Dios guarde a V. S.
 »como desseo en Madrid a siete de Jullio de mill y
 »seiscientos y quarenta años, etc.=El Conde de
 »Santa Coloma.=Sr. Marques de Torrecuso.»

V.

Pocos dias despues de haber llegado á la corte
 con su hijo y celebradas las ceremonias de su re-
 conciliacion con Santa Coloma, esto es, el 8 de
 Agosto, fué Torrecuso nombrado capitan general de
 la provincia de Guipúzcoa, debiendo presentarse in-

mediatamente en Zaragoza *respecto de haberse mandado que el ejército de Cantabria pasase á la vuelta de Aragon para ir al castigo de Tortosa y á lo demas que fuera menester.*

Pero nombrado capitan general del ejército de Cataluña el marqués de los Velez, que al parecer no quería gobernar las tropas sin la asistencia inmediata del Torrecuso, fué éste á desempeñar á su lado el cargo de maestro de campo general.

Se trataba de someter á obediencia el antiguo Principado, puesto en armas para resistir la autoridad real, desconocida desde el injustificado y bárbaro asesinato del conde de Santa Coloma.

Nadie que lea estos renglones dejará de conocer los sucesos de aquel movimiento insurreccional que no hace mucho calificamos, ni habrá dejado tampoco de meditar sobre ellos en el incomparable libro de D. Francisco Manuel de Melo. No vamos, pues, á recordarlos de nuevo sino en cuanto pueda á ellos referirse el Códice que examinamos y la accion siempre eficaz del marqués de Torrecuso, en que, como es natural, incesantemente se ocupa tan interesante manuscrito.

Pero, por lo mismo, hemos de llamar la atencion de nuestros lectores hácia unas páginas, 16 nada ménos, que en ese libro se dedican á referir la batalla de Monjuich, descrita dos meses despues en Tarragona por persona muy allegada ó cliente del célebre Napolitano, si no dictada por él mismo, que es lo que más claramente aparece de su lectura y del lugar que ocupa en el Códice.

A su grande interes, por narrar con los detalles más minuciosos el asalto del castillo, la muerte del duque de San Jorge y los motivos ó pretextos de la retirada de las tropas reales, añade el que nadie quizás esperará, de rectificar la version de Melo en los puntos más esenciales de su precioso libro. Aparecen tan diferentes las causas del malogro de los castellanos en el asalto de Monjuich, tan distintas las que produjeron la catástrofe del San Jorge, y queda tan ignorada la accion de Torrecuso desde el momento en que llegó á su noticia la resolucion posterior del marqués de los Velez, que bien merece que entretengamos al lector con esta, que nunca ha de considerar larga ni ménos enojosa, digresion. La ausencia de Torrecuso en el consejo de guerra celebrado la noche de la batalla queda aquí completamente desmentida; y si no sale bien parado el de los Velez al desoir la opinion de su maestre de campo general, y al rechazar los ofrecimientos de un glorioso desquite al dia siguiente, quedan en su lugar los fueros de la justicia y muy en claro la historia bastante embrollada de aquellos sucesos.

«Relacion de lo sucedido en Martorel, Monjuí, en llano de las murallas de Barcelona y retirada del Ejército á esta ciudad de Tarragona: 28 de Marzo de 1641.»

»Que Martorel se ganase por el valor de la cavallería del Duque de San Jorge, que esté en el cielo, =
 »que las cumbres donde obró con ellas parecían
 »fuessen un mar. Y por la disposicion que hizo el
 »Marques de Torrecuso con la Infantería. En esto no

»hay duda. Pues cuando el Duque con su Cavallería
 »y Infantería que la hiva cubriendo y el Marques con
 »la Infantería de la otra parte estaban degollando
 »Catalanes dentro de Martorel en la puente del Dia-
 »blo que dicen y en el rrio: El troço del Ejercito
 »del Marques de los Velez un dia antes del que lleva
 »el Marques de Torrecuso havia salido de Villafran-
 »ca de Panades no peleaba—antes quien havia de
 »dar las ordenes sintiendo algunos la escaramuza,
 »que el Marques de Torrecuso tenia travada con el
 »Enemigo, fueron á decirle El Marques de Torrecu-
 »so pelea, á los que les fué respondido que no podía
 »ser, y que ni á las doce del dia podía llegar el
 »Marques de Torrecusso. Y que no era escaramuza
 »la que se sentía, sino rretumbaban los arcabuçaços
 »de los que disparaban en las cumbres: y viéndose
 »cargar el enemigo: Dexar puestos; y desde uno
 »disparar tres piezas avisáronlo al marques de los
 »Velez, y le dijeron, el Marques ha llegado y pe-
 »lea, porque las piezas, es fuerza las ayan dis-
 »parado á su gente. Con este avisso se mando dar
 »las ordenes avanzase la Infantería que se me-
 »prasse la Artillería, y se acomodassen algunos pa-
 »sos para obrar con mayor comodidad la Cavallería:
 »á la qual conforme se le dio orden se pusiese en
 »vatalla en el puesto que se pusso, se la huviessen
 »dado que cargasse el Enemigo, maldito el Catalan
 »huviera quedado vivo, de los doce mill y más que
 »eran, los que tenían ocupado á Martorel, sus for-
 »tificaciones de fuera, puestos y cumbres. Pues ape-
 »nas acavadas de dar las referidas; el de Torrecusso

»por una parte y por la otra el de San Jorje ganaron
 »á Martorel y demas puestos rreferidos, quedando
 »en aquella rrota degollados muchos Catalanes y de
 »los nñestros ni cinco: Y de consideracion sólo
 »muerto Don Joseph de Saravia, Theniente de Maes-
 »tre de Campo general, un Capitan de Infantería del
 »regimiento de Oropessa; y dos soldados: y heridos
 »el Maestre de Campo Don Bernardino de Salazar:
 »Don Mutio Spadafora; Fabricio Priñano Capitanes
 »de Corazas y otros dos ó tres soldados de Cavalle-
 »ría.=Habiendose visto el Duque de San Jorje con
 »el Marques de los Velez, le suplico le concediesse
 »liçenzia de hir con alguna Cavallería y Infantería
 »apassar el rrio sobre San Andreu, por ver si cortan-
 »doles fuera á los Catalanes huidos pudiesse dego-
 »llarlos: estuvo rretinente el Marques en permitirse-
 »lo y él pertinaz en suplicarselo, quiso el Marques
 »de los Velez el parecer del de Torrecusso, y fué
 »decirle que no hallaba inconveniente en conceder-
 »sela.=Concediosela y se fue; se encontro con los
 »Catalanes rrompidos y junto con ellos cantidad de
 »frailes=quedaron muertos muchos y cargando los
 »demas se encontro con el regimiento de Mos de
 »Cariñan, que hiva de socorro á Martorel, pelea con
 »el, matole mucha gente y hizo muchos prisioneros
 »y á los demas les oblige á hechar las armas y á
 »huir por un bosque arriva donde la Cavallería no
 »pudo mas obrar, con la qual la misma noche se fue
 »a vuscar al Marques de los Velez en las cassinas al
 »rededor de Martorel.»

«El dia siguiente despues de missa marchó el

»Ejercito a Canella y Molin de Rey, donde hizo no-
 »che y desde Cornella a San Filiu donde llego rren-
 »dido el Maestre de Campo Don Joseph Rocaverti a
 »cuyo cargo estava el fuerte de Menjui: Dijo al
 »Marques de los Velez y a Don Juan de Garay, que
 »en el fuerte no estaban mas que trescientos Cata-
 »lanes, que ni estava en defensa, ni en el havia Ar-
 »tilleria de la qual rrelacion, rresolvió el Marques
 »y Don Juan de Garay, que se encaminasse el Ejer-
 »cito la buelta de Menjui y se embio a llamar al
 »Marques de Torrecusso, y en presencia de Don
 »Francisco de Alarcon, dijo el Marques de los Velez,
 »que practicasemos el modo juntos con Don Juan
 »de Garay y Duque de San Jorje, y estando Garay
 »con la pluma poniendo en un papel el sitio del
 »fuerte, se rresolvió de acometelle vivamente, por
 »diferentes partes.—La forma fue que de catorze
 »tercios, se escogiessen dos mill mosqueteros y
 »algunas pocas picas y se formassen de ellos dos
 »esquadrones volantes.—Uno de ellos el Marques
 »de los Velez le encargo al Maestre de Campo
 »Conde de Tiron, el qual por la colina arriba avia de
 »atacar á Menjui.—El otro le entrego a Don Fer-
 »nando de Rivera, que por el lado derecho por la
 »parte de la marina, acometiesse dicho fuerte.—
 »Que los siete tercios hecho una parte de ellos, en
 »el esquadron marchassen, por la colina arriba, de
 »los quales y de los Volantes se encargo el Marques
 »de Torrecusso, y que de los otros siete por la
 »parte de lo llano de Barcelona suviessen la colina
 »y le acometiesen por aquella parte y que la Ca-

»valleria del Duque de San Jorje se pusiesse en
 »vatalla detras de unos molinos y la de las Ordenes
 »por el lado izquierdo en otro puesto.=Resuelto lo
 »referido aunque el Marques de Torrecusso no
 »estava con buena salud, havia muchos dias, dio
 »las necessarias para ello=mando se escojiese los
 »dos mill, para formar los Volantes, y se municio-
 »nassen con la demas Infanteria=llamo todos los
 »Sargentos mayores y les dijo lo que importava
 »que en aquella primera ocasion, que nos haviamos
 »de ver con la gente de guerra de Barcelona se
 »hiciessen maravillas, y que los Capitanes ani-
 »massen los soldados de sus compañías. No escu-
 »recio quando se hallo todo ejecutado, pusose
 »acavallo el Marques de los Velez y fue passeando
 »los Esquadrones, animando la gente, y rrogando
 »a los cavos para que cumpliesen con sus obliga-
 »ciones, y se volvio a su quartel.=

»Sabbado veinte y seis de Henero, mui de maña-
 »na fue a ver el Ejercito que ya estava en vatalla
 »para marchar y marchó con el, hasta el pie de la
 »colina de Menjui, hizo alto llamo al Marques de
 »Torrecusso a quien dijo estas palabras: Ea Mar-
 »ques vaya a su obra, yo me voy a este quartel
 »a disponer lo necessario=El Duque se va con sus
 »tropas a la otra parte de la colina=Y se fue el
 »Marques de los Velez y el Duque vino a buscar a
 »su padre y le dijo éstas palabras, mi padre como
 »esta V S, no vees como estoy que estoi medio
 »muerto? Volvió á decirle, este VS alegre que ha-
 »vemos visto missa, y es sabbado, es fuerza que

»tengamos un buen dia. VS me haga dar 200 mos-
 »queteros, para que cubran mi Cavalleria, y em-
 »bieme la horden de lo que he de hazer, y voy a
 »poner en vatalla mis vatallones detras de los mo-
 »linos.—Besole la mano, y se fue por su camino,
 »encaminandose por el suyo el Marques.—Y viendo
 »el Marques de los Velez que los siete tercios no
 »llegavan, de su quartel embio rrecado al Marques
 »por el Ayudante Don Bartolome Portillo que se
 »fuesse poco a poco, par dar lugar á que llega-
 »sen.—Hiço alto un poco el Marques y mientras
 »hiva llegando Don Fernando de Rivera con su
 »esquadron Volante y travado pequeñas escaramu-
 »zas.—Las mangas que había sacado el Conde de
 »Tiron y que hivan ganando puestos mando el
 »Marques de Torrecusso a los Ayudantes del the-
 »niente de Maestre de Campo General D. Gabriel de
 »Sossa y Damian Manzano á uno que fuese a buscar
 »al Duque y le digesse que immediato veia que ya
 »estava con la gente a la postrera colina, adonde se
 »havian de encaminar los ataques al fuerte, el, con
 »su cavalleria se viniessse por un tal camino, seña-
 »landole qual ora, para empedir el socorro si es
 »que intentavan ponerle al fuerte, y al otro que
 »fuese á solicitar las escalas, que de veinte que se
 »havian hecho, de alli a tres oras no embiaron mas
 »que cinco, y essas llevadas de unos cavallos lige-
 »ros ni las llevaron donde havian de hir, mas en el
 »puesto donde estava Don Fernando de Rivera, el
 »qual por el Ayudante de Theniente de Maestre de
 »Campo General Varrientos, embio á decir que no

»se fiava, obrar con aquellas escalas con la gente
 »que tenia en el esquadron Volante, sino venia su
 »tercio.=Lo cierto es que su Esquadron Volante,
 »era compuesto de la flor de la gente del Ejercito y
 »entre ellos buena parte de los de su Regimiento.=
 »Acavado de dar las referidas ordenes, dio la a que
 »se acometiesse el fuerte, y en un instante fue ga-
 »nada una tenaza, que la ocupavan Catalanes, que
 »los vivos que quedaron de ellos, por un camino
 »encubierto, que havia, se fueron la buelta de Bar-
 »celona. Luego se llevo á la plaça de Armas, que
 »en forma de media luna tenian hecho delante del
 »fuerte, que en un instante quedo despejada.=

»En este interin hirieron al conde de Tiron, que
 »fue forçoso rretirarse, y que fue caussa que los
 »Hirlandeses, que antes empezaron mui valiente-
 »mente apelear, se desanimassen y acudiessen mas
 »a su Maestre de Campo que a pelear.=El buen Ca-
 »vallero antes de retirarse pidió licenzia al Marques
 »de Torrecusso para hacerlo, y le dijo que le pessa-
 »va que quedasse tan solo alla.=Murió este cava-
 »llero de ai a dos dias. Luego el Marques de Torre-
 »cusso dio orden al Thiente de Maestre de Campo
 »General D. Francisco Carnero, que la diese al pri-
 »mer Maestre de Campo de los tercios que mas
 »avanzados estaban, para que se fuesse á encargar
 »del esquadron Volante=y toco al Maestre de Cam-
 »po Don Simon Mascareñas, que cierto hizo quanto
 »pudo con su perssona el rrato que peleó con los
 »del fuerte, peleose mui bien a señas que entro
 »confussion entre ellos y dejaron de disparar, y los

»que disparaban por encima de la torre se va-
»jaron;

»Entendiendo los Maestres de Campo que estava
»ya ganado todo por tener parte en la faccion, sin
»otra orden, empezaron con sus tercios a correr a
»toda diligencia la buelta del fuerte—qual confus-
»sion causassen, no solo quien lo ha visto en seme-
»jantes ocassiones, mas quien tiene muy poco juicio
»puede considerarlo: ni vastaron las voces del Mar-
»ques de Torrecusso, ni las ordenes que les em-
»viava; Doy por testigo al Theniente de Maestre
»de Campo General Don Alonso de la Camara que
»las llevava, no solo no las obedecieron, mas hubo
»quien se puso a voçear contra el mas de lo que
»se devia.—Gente Vissoña y mas vissoños algunos
»capp.^{es} puesta en confussion juzgasse lo que se
»vio al rrededor de aquel fuerte. Disparavan y no
»savian a quien; que buena parte de los muertos y
»heridos, fueron muertos y heridos delos nuestros
»mismos.—Salio un susurro que de la puerta de San
»Antonio salia socorro, en esto passo palabra, Un
»maldito Sargento Valon, cavallería francesca viene
»y nos cortan fuera: Esta no fue palabra, mas hira
»de Dios, que empezaron a volver las espaldas, de-
»jando Armas y vanderas, hiriendose unos a otros
»con las picas y no corrian mas los soldados, que
»algunos cavos que los mandavan que obligavan al
»Marques, para que se detuviessen y tambien para
»que con la furia no le pussiessen devajo, poner
»mano a su pistola y tirarles un pistoletazo.—Como
»los del fuerte vieron lo que nuestra gente hizo—

»empeçaron acargar con mosquetazos y no gritar.»

«Juzgo el Marques que aquello estava en estado,
 »que para ganarle necesitava de Artilleria, embio
 »por ella y a quejarse con el Sr. Marques de los
 »Velez, que no era lo concertado lo que se havia
 »hecho con el, pues ni las escalas se embiaron, ni
 »en cantidad ni a tiempo, ni los siete tercios se em-
 »biaron a obrar por la parte que havian de obrar,
 »que si hubieran hido, no solo huvieran compare-
 »cido los treinta ó quarenta que salieron de San
 »Antonio, la buelta del fuerte, mas ni a la puerta se
 »huviesse asomado perssona.==Luego dio orden el
 »Marques de los Velez marchassen algunos quartos
 »y medios, la buelta del fuerte y que se embiasse
 »a llamar al Theniente de Maestre de Campo Gene-
 »ral Don Antonio Gandolfo, que a cuidar de unos vi-
 »veres ó enfermos le havian dejado en Martorel,
 »cque Garay mejor papel huviera hecho asistiendo al
 »Exercito que ocupando perssona de tales partes en
 »lo rreferido, Pidase a Don Antonio Gandolfo que
 »diera la caussa porque se hacia tal estimacion de el.
 »Vino Don Antonio, y el Marques de los Velez le
 »embio sobre la colina hasta que el Marques que
 »estaba arriva con algunos quartos y que los hivan
 »siguiendo algunos medios. Estando en esto recibio
 »un rrecado el Marques de Torrecusso del Marques
 »de los Velez que se lo llevo el Theniente de Maes-
 »tre de Campo General Don Alonso de la Camara
 »que la Artillería se volviesse, pues la Infantería
 »havia dejado los puestos: y otro rrecado vino al
 »Marques de Torrecusso del Marques de los Velez

»que le truxo Don Alonso de Moscosso y era man-
 »dasse rretirar la Infanteria en puestos seguros a
 »estas ordenes se vajo el Marques a buscar al Mar-
 »ques de los Velez. La Artilleria se vajo; quien fue
 »a dar orden se vajasse la Infanteria el Maestre de
 »Campo Don Fernando de Rivera, su Sargento ma-
 »yor, y el sargento mayor Clemente Soriano que se
 »hallavan alla lo podran decir.»=

»Por Curiosidad se podran hacer las siguientes
 »preguntas a los Maestres de Campo, quien les dio
 »la orden, para hir alrededor del fuerte de Menjui
 »con sus tercios=y desde alli quien se la dio para
 »que se rretirassen, y á los que huieron y dejaron
 »los puestos=y que Enemigo les obligo a dejarlos y
 »a huirse.=Por que lo cierto es, que no vieron otro
 »Enemigo, que el françes que estava dentro del
 »fuerte, y algunos treinta ó quarenta Catalanes,
 »guiados de un fraile.=

»Despues de herido el Conde de Tiron se murio;
 »quedo herido el Maestre de Campo Don Simon
 »Mascareñas, y muerto de los nuestros mismos,
 »(assi lo certifica el Sargento Mayor Clemente So-
 »riano,) el sargento mayor Don Diego de Cardenas
 »y algunos Capitanes y Oficiales que no huian mas
 »muertos que vivos=y por relacion del trompeta
 »que embio el Marques de los Velez a saver del Go-
 »bernador de Menjui, si en estos muertos estaria el
 »hijo de Don Gonçalo Faxardo; se suppo que los
 »que vio en aquel suelo llegarían de ochenta a
 »ciento.=Lo rreferido es lo que sucedio en el asal-
 »to que se dio en las fortificaciones de Menjui, y

»de lo rreferido soi testigo de vista y por rrelacion
»verdadera dire lo siguiente.»

«Este exercito esta compuesto de dos generos de
»cavalleria. La una llamase la de las Ordenes, cuyo
»Theniente General es Don Alvaro de Quiñones=
»La otra es la que se a juntado en Aragon, cuyo
»Theniente General lo era el Duque de San Jorje.=
»La primera tuvo orden se pusiesse en vatalla, en
»unas eminencias a la mano izquierda, algo aparta-
»da de la de el Duque=La qual se puso detras de
»unos molinos a lo llano de la puerta de Barcelona
»en paraje que unas piezas, que estaban a la media
»luna fuera del rastrillo, y algunos sagres que esta-
»van en unas torres, no pudiese ser ofendida=En
»este interin la cavalleria francesca mezclada con
»algunos cien cavallos Catalanes, formada de siete
»vatallones, que juntos serian seiscientos cavallos,
»salieron de la puerta de Barcelona y avanzandose
»hivan guarniziendo un estradon con Mosqueteria,
»de la qual venian offendidos los vatallones del
»Duque=el qual hizo avanzar alguna mosqueteria,
»de la qual recibiendo daño la del Enemigo, fue
»rretirandose=y preçediendo orden de Don Juan
»de Garay dicen; y despues de su orden de dicho
»Don Juan, diosela en su nombre el Theniente de
»Maestre de Campo General, el Varon de Amatto,
»que no niega haversela dado, como no niega ha-
»ver hido a darla a Don Alonso de Quiñones que
»cargassen a la del Enemigo, cada uno por su par-
»te, obedeciendola el Duque, la embio a Filippo
»Feleuchier (Filangieri) para que lo hiçiese con su

»vatallon, como lo hizo con parte de el y luego que
 »vinieron a las manos, le mataron el cavallo, y en
 »el suelo le hirieron de pistoletazos y de cuchilla-
 »das.—Visto esto el Duque cargo con el suyo y
 »obligo al Enemigo a conocida huida, el qual juz-
 »gando los cavos que no le abririan la puerta para
 »entrarse con ella en Barcelona, volvieron á hacer
 »roostro y despues de haver muerto al cavo de ella
 »por su propia mano el Duque, y por testigos de
 »vista ocho o diez que vastante señas de ello dava
 »la espada, que hasta espirar no dejo—y haviendo-
 »se degollado muchos franceses fue servido Nues-
 »tro Señor que recibiese seis pistoletazos de los
 »vatallones franceses, que no fueron cargados, que
 »si lo huvieran sido se huvieran mezclado con la
 »cavalleria del Duque desordenados: los quales ha-
 »llando el vatallon del Duque en desorden por ha-
 »ver peleado, les fue facil hacer sus descargas a
 »punto fijo. Para encaminar la buelta al cielo al Du-
 »que vastava uno de los seis pistoletazos—Dijo el
 »duque soi muerto, llamenme un confessor: esso lo
 »dice el Capitan Lucio Manganelo, el qual le hizo
 »poner a la grupa de el cavallo un Ayuda de Cama-
 »ra que le acudia—el qual dice que llevandole
 »abrazado le pregunto si su cavalleria entrava en
 »Barcelona y que le rrespondio hiva entrando y
 »que el duque le dijo que no le parecia aquello
 »modo de entrar, de este infeliz suceso, quedo
 »aturdida la cavalleria, por ver su caveza muerto—
 »y la del Enemigo mientras ninguno la picava, se
 »entro en Barcelona, procuraron rrehaçer nuestros

»vatallones=Con el usó Nuestro Señor su miseri-
 »cordia en dar lugar que se confesasse y assiguran
 »todos los que le asistian que mas de una vez pre-
 »gunto si aviamos ganado y el confessor que es el
 »de Felippo Felanchier, dice que viendo que hiva
 »acavando, le dijo Señor Duque le advierto que ya
 »se muere, y otras palabras para ayuda de bien mo-
 »rir, y que le rrespondio, Tenga de mi muerte al-
 »gun provecho el Rey, y dandole á bessar una
 »cruz forcejo en levantar la caveza, estando ten-
 »dido en el suelo, y bessandola con gran devocion,
 »al punto se fue al cielo quedando con un rostro
 »de santo: alavado sea Dios.»=

«Por curiosidad se podrian hacer las siguientes
 »preguntas, si tuvieron o no ambas cavallerias or-
 »den de cargar al enemigo; si no la tuvieron pre-
 »guntar si la de las Ordenes se movio donde estava
 »puesta en vatallon, y si la tuvieron preguntar qual
 »de ellas deajo de cargar al enemigo, y si el haver
 »dejado de cargarlo, fue por haver recibido segunda
 »orden, que ay opinion se la haya llevado el The-
 »niente de Maestre de Campo General el Varon de
 »Amatto, que hiciesse alto y no se emprendiesse.
 »Lo cierto es que lo ha dicho el Varon de Amatto
 »en la forma rreferida en pressencia de algunos, y
 »en particular en pressencia del Capitan de Cava-
 »llos Fabricio Priñano. Segunda pregunta, mientras
 »havia Artilleria en el Exercito, porque no avanza-
 »ron algunas piezas, que tirassen a la media luna,
 »rrastrillo, torres: Otra pregunta. Responda quien
 »mandava lo de avajo, que le movio el no embiar

»los siete tercios, que por el otro lado havian marchado para atacar por la otra parte el fuerte y impedir el socorro, si es que intentavan ponerle en el fuerte.»=

«No eran las quatro de la tarde que estava hecha toda esta fiesta, y quando entendia el Marques de Torrecusso, que a la noche se havia de poner la Artilleria en sus puestos para el dia siguiente vaticar el fuerte de Menjui, empeçosse un discurso, de retirarse el exercito, y quanto mas hiva anocheciendo, mas entrava el cuidado de aquartelarse= y detras del Hospitalet el Marques de Torrecusso, no obstante estar como se puede juzgar estaria, avieendosele apagado la lumbre que alumbrava su perssona y cassa.=Dijo estas palabras, haciendo señas con el dedo, Marques este Ejercito se a de poner por la noche alrededor de aquella colina, y que la Cavalleria la cubra para poder mañana obrar con ella contra el fuerte; que yo me obligo con dos mill hombres y la Artilleria, en quatro oras darselo mañana: llamo por testigo de esto a Don Antonio Gandolfo, el qual dijo al Marques de los Velez: Señor, es gran menosprecio de las Armas de Su Magestad aquartelarse en aquellos agujeros, detras del Hospitalet este Exercito=y prosiguió, aquí no vemos Enemigo, quando lo huviese que Exercito tiene para poner en cuidado al nuestro=Siguió su discurso diciendo pongamosle enfrente de vanderas, y que la Cavalleria saque sus vaticadores en orden, que esten con cuidado y mañana resuelva V E lo que mas convenga: No por parecer de Don An-

»tonio Gandolfo, mas por haver sobrevenido la no-
 »che, se hizo frente de vanderas, y dieron la orden
 »para ello, y se fueron cada uno á su cassa en el
 »cuartel del Hospitalet. Eran mas de las ocho, que
 »llamaron al Marques de Torrecusso que fuese á
 »una junta, los que concurrieron en ella hiran nom-
 »brados al fin de esta relacion. Al Marques de los
 »Velez seguia inmediato D. Juan de Garay y el pos-
 »trero de todos era el Marques de Torrecusso. Pro-
 »pusso el Marques de los Velez con quatro palabras
 »lo que se havia de tratar, remitiendose a las rrazo-
 »nes que diria Don Juan de Garay.==En fin convi-
 »nieron todos en que se rretirase el Exercito. Man-
 »do el Marques de los Velez al de Torrecusso, que di-
 »jese su voto==El qual rrespondio, que con el suyo
 »no seria poderosso á deshacer lo que havian con-
 »cluido quinze votos, y de perssonas de quien se te-
 »nia tanto credito, y que supuesto esto no queria te-
 »ner parte en ello==Quando entendio esto el Marques
 »de los Velez dijo que se llamassen los demas cavos
 »del Ejercito, para tomar su voto. Vino Gere de la
 »Arena y otros tres ó quatro Maestres de Campo y
 »de nuevo el Marques propusso lo de antes y avien-
 »dose de nuevo remitido a Don Juan de Garay, dijo
 »a los que no lo havian entendido lo que antes ha-
 »via dicho, añadió que todos los demas havian vo-
 »tado que se rretirasse el Ejercito==Respondio el
 »Marques de Torrecusso, yo no he votado tal, y el
 »Marques de los Velez ataxo y dijo: El Marques no
 »ha querido dar voto, empezaron a votar los que
 »llegaron ultimos y uniformaronse con los prime-

»ros, ya se levantava el Marques de los Velez y el
 »Marques de Torrecusso dijo, Sirvase V E de escu-
 »charme dos palabras. Ya yo se lo havia dicho, diga
 »todo lo que le pareze. Dijole Señor Marques, yo no
 »trato de las conveniencias del servicio de su Ma-
 »gestad, pero como servidor de V E dire algunas de
 »su servicio. Dijo habra V E considerado, si un Ca-
 »pitan general despues de tomado y sitiado una
 »plaça en España puede quitarle sin orden de su
 »Magestad, sin ponerse a peligro de ser capitu-
 »lado. Respondio que aquello no era haver puesto
 »sitio y que siempre havia propuesto el servicio de
 »su Magestad a sus conveniencias, prosiguió dicien-
 »dole que no habria disculpa vastante a un tan mal
 »sucesso que se seguia, y que no vastava decir
 »que no havia pan, pues se le preguntaria si lo
 »havia cuando puso el sitio y quanto duro y si
 »no lo havia porque se puso en el. Y por lo que
 »loca a verse acovardado el Ejercito no era ex-
 »cussa bastante para no continuar lo empezado
 »quanto mas que pelearon bien por un rrato, y que
 »la flaqueza que hicieron, fueron culpa de ello al-
 »gunos cavos de Infanteria, que mandavan, que no
 »fueron para detenerla del miedo, por la voz que
 »corrio que la Cavalleria del frances les cortava=y
 »lo cierto es que se apresuraron algunos cavos, mas
 »que los mosqueteros. Dijo que el Ejercito no tenia
 »causa de ser pertinaz en flaquear, pues no havia
 »visto otro Enemigo que de el fuerte, que nunca
 »surtio de el: no fue rrotto=no vio perdida la Ar-
 »tilleria, no le offendia la de el fuerte, pues no la

»havia, no vio degollada un sin fin de gente, pues
 »lo mas que dice quien quiere abonar la rretirada,
 »fue decir que llegaron a ciento los muertos, que
 »de verdad no fueron sesenta ó setenta, y la mayor
 »parte de ellos fueron muertos de los nuestros mis-
 »mos==y que el ejemplo lo teniamos delante de los
 »ojos, y fue que el lunes 21 de dicho mes, que por
 »las cumbres de Martorel se acomitio al Enemigo,
 »que era un compuesto de doce mill y mas Infan-
 »tes, como por rrelacion del Sargento mayor, que
 »les mandava, que le hizo prisionero el Duque de
 »San Jorge.=Despues de rrotos no solo se huie-
 »ron, mas el miedo les obligo á hechar a nado en
 »el rio.=No por esso el sabbado 26 los mismos
 »dejaron de pelear contra nuestra Cavalleria de la
 »muralla de Barcelona. Y por lo que toca a la otra
 »propuesta, que fue decir, que el Duque de Lui ha-
 »via llegado ó llegaria aquella noche, con seis mill
 »franceses y mucha Caballeria á Barcelona, pues si
 »esso no era sino presupuesto, porque no havia
 »ninguno que los huviese visto==que deviamos nos-
 »otros presuponer que no havia Duque de Lui en el
 »mundo ni franceses.=Y que por lo que toca rreti-
 »rar el Ejercito arrefrescar a Tarragona, quedo
 »quemado el Pais, y que de Pais quemado no havia
 »que esperar rrefresco el Ejercito==rremato su dis-
 »curso y dijo Señor Marques mire V E lo que hace
 »que si V E quiere me encargo de darle mañana el
 »fuerte de Menjui, dandome solo dos mill infantes,
 »si esta noche se suve la Artilleria a los puestos=
 »Fuele rrespondido que en casso que se huviesse

»tomado, era fuerza dejarle por falta de vastimen-
 »tos y prosiguió su discurso el Marques de Torre-
 »cusso, dixo, para un dia, y aun pasados bien ha-
 »vra pan y quando no lo haya, ay carne, y quando
 »no la huviesse, se a visto en Alemania, mantener-
 »se el Ejercito con los cavallos y vorricos que mo-
 »rian, y quando faltasse todo, la hambre por un
 »dia no matta Añadio y despues de tomado el fuer-
 »te, no, conviniendo, o no teniendo modo de sus-
 »tentarle, se demoliesse, juntamente con la torre,
 »y despues de ejecutado esto, embiar al Enemigo
 »de adentro un trompeta, exortando'le a gozar el
 »perdon de S. M. que esta con los brazos aviertos
 »para rrecivirles, que quien save se huviera salido
 »con el intento, supuesto las verdaderas noticias
 »que se havian tenido de la confussion que havia
 »dentro, por los gritos de las mugeres, y que a to-
 »da diligencia se hechavan por la muralla los sol-
 »dados, y quando su pertinacia huviera sido tan en-
 »demoniada=El dia siguiente con gran des enfado
 »podria marchar el Ejercito campeando, no, la buel-
 »ta de Tarragona, que les habria parecido rretirar-
 »se, mas por el camino de Girona. De lo que se hu-
 »vieran conseguido un sin fin de conveniencias,
 »como entrar el Ejercito en Pais fresco, que halla-
 »ria en el mucho que comer, huvierase procurado
 »reducir aquel Condado, y se huviera dado la mano
 »con el otro Ejercito, y juntos empedir la entrada
 »del frances en Barcelona y huviera quedado sin
 »comunicacion, si no es por la parte del mar y no
 »haviendo frances en Barcelona, con facilidad se

»huviera reducido, lo de Lerida, y quedara cuvierto
»Aragon y Castilla.»

«Despidiosse el Marques y se fue á su cassa, don-
»de no estuvo dos oras que fue el Theniente de
»Maestre de Campo General Don Alonso de la Ca-
»mara a dar voçes que se saliesse apriessa el vaga-
»je, y que el Marques de los Velez ya estava a ca-
»vallo, fue a buscarlo el de Torrecusso, que no le
»parecia nada la rretirada, que se hizo de Borgoña
»a Baviera, que de noche y de dia, nuestra rreta-
»guardia, peleava con la manguardia del Duque de
»Veymar.»

«Por curiosidad se podria preguntar, si, nuestra
»rretaguardia vio cara de Enemigo, y si en toda la
»marcha hubo sombra del? Segunda pregunta, si ha-
»bria pan para uno ó dos dias estando el Ejercito
»en Menjui=y de que vivio el tiempo que passo de
»Barcelona á Tarragona que fueron ocho dias? Ter-
»cera pregunta, si con rretirarse con priessa el Ejer-
»cito quedo algun poco pan en algunos lugares,
»esso se podria preguntar al Ayudante de Maestre
»de Campo General Ribas.=Quarta pregunta, si vino
»pan con las galeras, y que fue la caussa no yiniesse
»antes, y si para quando havia de venir, hubo algun
»concierto, entre el Marques de Villafranca.=Don
»Pedro de Santa Ceçilia, Don Juan de Garay y Don
»Fernando de Tejada, y de lo que hablo el Marques
»de Torrecusso en la junta doy por testigos=El
»Marques de los Velez=Don Juan de Garay=Fran-
»cisco Antonio de Alarcon=Don Alvaro de Quiño-
»nes=Don Juan de Venavides=Don Fernando de

»Rivera==Don Diego de Toledo==Don Luis de Con-
 »treras==Don Martin de Azlor==Don Pedro Cañave-
 »ral==Don Gonzalo Faxardo==Don Luis de Rivera==
 »Gere de la Arena==Pedro de Lissaca==Don Alonso
 »de Calatayud==Don Bernardino de Salazar==El
 »Marques de Torrecusso.»

Comparada esta version con la de Melo, observará el lector qué de diferencias y cuán graves existen entre una y otra. Y ¿á quién dar fe? Nosotros no vacilamos un punto en darla al códice, pues aún obrando por causa propia, es imposible que Torrecuso ó su secretario adujesen argumentos y datos que, de no ser verdaderos, destruirían su reputacion como hombres de honor, convirtiéndose en falaces y calumniadores.

Es difícil hallar documento más importante para la historia de la sublevacion de Cataluña; la conducta de cuyos habitantes, si acredita el valor, por nadie puesto en duda, de ellos, revela hasta dónde llevan las pasiones una vez despiertas en el pueblo; hasta llamar en su auxilio al extranjero para evitar el castigo, de otro modo ineludible, de sus rebeldías, sus demasías y crímenes.

Torrecuso recibió por la irreparable pérdida de su hijo la mayor recompensa que puede recibir un súbdito leal en todos tiempos y en ocasion tan extraordinaria y dolorosa, lenitivo único para él en su desgracia inmensa.

Héla aquí:

«✠ Marques, nome e contentado con menos de-
 »mostracion en la perdida que avemos hecho de

»vuestro hijo yo y vos sino con decíroslo de mi
 »mano y aseguráros que tengo por mayor mi per-
 »dida, y que para el reparo de la vuestra me teneis
 »aquí con quanto puedo en aliento y consuelo de
 »vuestra persona y caussa esperando de vos en las
 »ocasiones que me hallo y os he menester no me
 »faltareis y assí os lo mando y fio, de Madrid á 12
 »de febrero 1641.=Yo el Rey.»

VI.

Ya en Tarragona, el marqués de los Velez procu-
 ró atraerse de nuevo á Torrecuso para que volviese
 al desempeño de su difícil cargo. Sus reflexiones
 llegaron hasta la de representarle *como acabado de*
perderse el exercito, faltándole la asistencia de tal
jefe. Todo en vano; y en vano tambien el ruego de
 Federico Colonna, sucesor del de los Velez, con
 igual objeto, hasta que nuestro héroe recibió la que
 tambien estampamos Real órden de nueve de Abril
 de 1641, que muestra lo mismo que el poderoso in-
 flujo de la corona, los resortes que han de tocarse
 para herir las fibras de un corazon noble en tales
 ocasiones. Dice así:

«El Rey=Maestro de Campo General, Marques de
 »Torrecuso de mi Consejo de Guerra. En la junta de
 »Ex.^{on} se ha visto el papel que distis al Condesta-
 »ble de Nápoles mi lugar Theniente y Capitan Ge-
 »neral del principado de Cataluña en que Referis

»las Raçones que os mobian para no continuar el
 »servir el puesto de Maestro de Campo General, y
 »habiendoseme Consultado sobre ello a parecido
 »adbertiros que el tiempo ni las ocasiones no es
 »para escusarse de mi servicio en particular persona
 »como la Vuestra y de quien tengo tan particular
 »satisfaccion, pues no es justo que a quien le coren
 »tan particulares obligaciones, sea parte del aun-
 »que la ocasion de sentimiento que teneis de la
 »muerte del Duque vuestro hijo sea tan legítima, y
 »asi os ordeno que sin embargo de lo que represen-
 »tais no os escuseis de exercer el cargo por lo que
 »combiene a mi servicio, esperando que Vuestra
 »Respuesta sera darme cuenta de como estais sir-
 »biendole.==De Madrid a nueve de Abril de 644.==
 »Yo el Rey.==Por mandado del Rey nuestro Señor==
 »Don Fernando Ruiz de Contreras.==V. M. manda al
 »Marques de Torrecuso no se escusse de servir su
 »cargo en el exercito.»

A este despacho siguen en el códice ocho cartas del Conde Duque, de las que vamos á copiar una tan sólo, de la misma fecha, escrita con igual objeto, y que sirve perfectamente para demostrar la grande opinion y la particular estima de que Torrecuso gozaba en la corte.

«Señor mio, dice, V S. sabe lo que yo le quiero
 »y tambien lo que le desseo y he deseado siempre.
 »Veo que V S. está fuerte en admitir el manejo de
 »su puesto en ese exercito, y aunque yo me puedo
 »engañar mucho hasta que lo vea, no he de creer
 »que teniendo el Rey nuestro Señor, Dios le guarde,

»necesidad de que V. S. le sirva en ese puesto, VS
 »le ha de faltar, pues no lo ha hecho nunca, ni es
 »cossa de hombre tan grande como VS, salir de
 »la barca el dia que se corre tempestad y tempes-
 »tad tan deshecha como la que estamos viendo, y
 »que le parezca que V S cumple con decir que to-
 »mara una pica, porque de esto tenemos y tendre-
 »mos quanto sea menester, pero de lo otro no como
 »V S. lo esta mirando, y en quanto a que V S se
 »halla quebrantado y rendido de los travaxos y per-
 »didas no me maravillo, sino que ántes confieso
 »que es milagro que no sea mucho más, pero a esto
 »se obligan los hombres grandes en el mundo, yo
 »espero firmemente que quando no interviniera el
 »servicio del Rey nuestro Señor, Dios le guarde,
 »que es lo mas, por mi solo y por no desamparar-
 »me se esforçara V S. a padecer quanto fuese me-
 »nester y a no dexar de obedecer á su Magestad
 »que tanto lo dessea y a lo que es mas que tanto lo
 »ha menester y yo mas que todos con que no me
 »queda duda. Dios guarde a V S. como desseo de
 »Madrid a 9 de Abril 1641.»

Despues añade de su puño y letra=«Señor mio,
 »la ocasion no es de calidad que escusse con nin-
 »gunos males a hombre que nacio como V. S. y que
 »ha procedido siempre como V S.=Juan Gaspar de
 »Guzman= Sr Marques de Torrecusso.»

Que obedeció al Rey, y que, á la vez, defirió á los
 deseos de Olivares, se conoce por otra carta del
 Valido, en que daba á Torrecuso la enhorabuena
 por haber socorrido una plaza, que debió ser la de

Tarragona, por la fecha, que es la de 19 de Julio de aquel mismo año de 1641. Pero despues de la carta de 9 de Abril, en 8 de Junio aparece una comunicacion de Federico Colonna, en que se trasmite á Torrecuso la licencia que el Rey le concedía el 3 de Mayo para atender á su curacion. Es verdad que al pié de esa comunicacion se encuentra un autógrafo del Marqués en respuesta á ella, en que se manifiestan escrúpulos de abandonar á Tarragona hallándose sitiada; pero tambien por el documento que á éstos sigue, se presume que no dejó aquella plaza, que procuró su socorro, y que, considerándosele necesario en la frontera para la *recuperacion de los puertos de Palamos y Cadaques y para abrir la comunicacion de Colibre á Perpiñan*, se le destinó á las órdenes del Marqués de Villafranca que operaba en los Condados.

Grandes fueron las dificultades que hubieron de vencerse para llevar á cabo la expedicion. Son puede decirse que innumerables las órdenes que constan en el códice, dirigidas al embarque de los 6.000 infantes y 500 caballos que debían componer el ejército de socorro al Rosellon, tan oprimido por los franceses que parecía imposible llegara Torrecuso á tiempo de salvarlo. Son importantísimas esas órdenes, y, por no fatigar á nuestros lectores, dejamos de publicar una en que se enumeran las fuerzas que entónces guarnecían las plazas de la frontera ó campeaban contra los catalanes y sus auxiliares.

Torrecuso llegó, vió y venció. Fueron largos los

preparativos en Tarragona, á pesar de su actividad y de la casi increíble que para el embarque de las tropas desplegó la corte, alarmada con las noticias que la llegaban, más y más apuradoras á cada instante. Pero á los pocos dias de haber tomado puerto en la costa del antiguo Condado, las plazas se vieron libres, y el ejército frances, dividido con tanta atencion en Cataluña y en el territorio que en último término quería arrebatarnos, se encontró débil y en la necesidad de abandonar la ofensiva.

Tan decisiva fué la accion del Torrecuso, que á corto tiempo despues se le llamaba al centro de la Península, manifestándosele la cada dia mayor necesidad que el Rey experimentaba de su persona *para que no dilatase una ora más su partida.*

Esto se hacía en 24 de Mayo de 1642; pero dos meses ántes de expedírsele órden tan apremiante, había él recibido otra á no poder ser más lisonjera y honrosa. Por lo curiosa en la revelacion del espíritu de aquellos tiempos, como para que se sepa la alta merced á que se consideraba acreedor al Torrecuso por sus servicios en el Rosellon, vamos á estamparla inmediatamente. Dice así:

«El Rey=Marques de Torrecuso, de mi Consejo
 »de Estado, Capitan General de la gente que está al
 »socorro de Rosellon, vuestra carta de dos de He-
 »brero se ha recibido en que me dais cuenta de lo
 »que aveis obrado con las Armas que llevastes a
 »vuestro cargo a esos Condados, y decis lo que
 »aviades hecho en las seis veces que peleastes con
 »el Enemigo hasta aquel dia, que avia sido obra de

»Dios a quien se devian dar las gracias y que en
 »nombre mio offrezistes çinco mil misas a las ani-
 »mas de Purgatorio, y lo demas que referis de vues-
 »tras disposiçiones y resignaçion á mi servicio, y
 »haviendoseme consultado sobre todo, ha parecido
 »advertiros que en primer lugar e mandado se den
 »generalmente muchas graçias a Dios por los bue-
 »nos suçesos que aveis tenido y particularmente en
 »mi Capilla; pues son como de su poderosa mano, y
 »a quien devemos atribuirlos, y que las çinco mil
 »missas que offrezistes en mi nombre, sean veinte
 »mil, pues este medio parece sera siempre el que
 »mas favorezca mis justos intentos, y aunque es assí
 »que todo se deve atribuir a nuestro Señor, los me-
 »dios humanos tienen su parte de mérito, pues los
 »elige para tales suçesos, y por lo que haveis obrado
 »y por el modo con que me servís os doy muchas
 »graçias como lo mereçe quien tan singularmente
 »proçede en casso que ba tanto amí serviçio, y para
 »que esperimenteis la estimaçion que hago del que
 »en este socorro haveis hecho y Espero continuareis,
 »os hago merçed de Cubriros para que seais grande
 »de Castilla, por vuestra perssona con que se mani-
 »fiesta la gratitud con que tengo memoria de vues-
 »tros meritos y buenas partes. De Madrid á onze de
 »Marzo demill y seiscientos y quarenta y dos años=
 »Yo el Rey.»

Los avisos y órdenes para que Torrecuso se pre-
 sentara en la corte no cesaban, y á cada momento
 parecían más urgentes. En la del 28 de Mayo, escrita
 en Cuenca, dice el último párrafo de una carta del

Conde Duque: «Vuelvo á suplicar á V. E. se sirva de
 »no dilatarla (la ejecucion del viaje) un punto, supo-
 »niendo que por horas le estaré aguardando por la
 »falta que V. E. haze y lo que necesitamos de
 »su persona que guarde Dios muchos años como
 »deseo.»

¿Qué podía hacer tan urgente la presencia de Torrecuso en la corte? Se hallaba ésta en camino hacia dias, pues hay órdenes fechadas el 24 en Tarancon; pero tan despacio se hacía la marcha, que muy pronto se verán del 8 y 26 de Junio en Cuenca, del 30 en Molina de Aragon y de Agosto en Zaragoza.

Y era que dos gravísimas atenciones absorbían principalmente la del gobierno de Felipe IV: la de la sublevacion, aún subsistente, de Cataluña, y la no ménos importante del movimiento, comenzado á favor de aquella, en Portugal. Lo que en su principio daba ocasion al inepto Olivares para dirigir plácemes al soberano por imaginarias y miserables y ruines ganancias, iba tomando proporciones que concluirían por causar la emancipacion de aquel antiguo reino, conquista la más importante del anterior siglo.

Sin embargo, al grito de independendencia dado por los portugueses el 1.º de Diciembre de 1640 y á la noticia de los progresos que instantáneamente había hecho la sublevacion, no había contestado el Gobierno español más que con protocolos y conspiraciones. Contestados aquellos y sofocadas éstas por la fuerza de una situacion que con el trascurso

de cada día se consolidaba más y más y adquiriría nuevos prosélitos y alianzas poderosas, no se había aún recurrido al argumento de las armas. Se hallaba muy preocupado Felipe IV con la cuestión de Cataluña para distraer sus fuerzas de ella; y, aunque lentamente, según acabamos de decir, para atender á los manejos en que su Valido le hacía confiar para el restablecimiento de su autoridad en Portugal, iba aproximándose al Principado, con la esperanza siempre de que, una vez dominado, podría revolverse rápida y ejecutivamente contra los rebeldes del otro lado del Guadiana.

Pero cuando con mayor insistencia se llamaba á Torrecuso para dirigir, sin duda, las nuevas operaciones que se proyectaban en Cataluña, sábese que los franceses han emprendido con grandes fuerzas y mayor furia que ántes el sitio de Perpiñan.

La noticia hace variar todos los proyectos anteriores. Es necesario *aplastar*, esta es la frase de las correspondencias, al ejército de M. de la Mothe, que, impelido por su gobierno á una acción decisiva, acude al Rosellon con el propósito de arrebatarlo para siempre al dominio español.

Torrecuso, que se hallaba en Tarragona, recibe la orden de trasladarse á Vinaroz, donde ha de reunirse y embarcarse el ejército, cuyo mando se le confía con el título de Capitan General que consta en el código.

Desde la fecha de su nombramiento, que es del 8 de Junio de 1642, hasta primeros de Agosto en que tuvo lugar la capitulación de Perpiñan, Torre-

cuso no logró, á pesar de su acostumbrada diligencia, terminar sus preparativos de embarque. Ni aun despues, apremiado por órdenes del Rey y por cartas de Olivares, en que se ve retratada la ansiedad de la Corte porque se neutralizase aquella grave pérdida con alguna accion brillante, se pudo llevar á cabo la expedicion, teniendo, así sus tropas como las de Mortara, que emplearse en la defensa de nuestro propio territorio. Perdióse así el Rosellon para siempre, y se prepararon las tambien irreparables rotas del Montijo y Rocroy, que vinieron á revelar la emancipacion futura del Portugal y el anonadamiento de nuestros ántes irresistibles tercios.

Torrecuso hubo de volar á la reconquista de Lérida, ganada por los franceses; y en el camino fué alcanzado por el decreto de 20 de Setiembre, en que se le mandaba ponerse á las órdenes del marqués de Leganés, Maestro de Campo general de España y Capitan General nombrado del ejército de Cataluña.

Debió el Marqués sentir profundamente esta providencia, porque así lo pone de manifiesto con toda claridad la respuesta que por ella dió al Rey el 29, desde el campo ya de Lérida. Vamos á copiarla; pero precedida, además, de la Real órden sin fecha á que á la vez contesta y donde se ven estampados los cargos de que procura sincerarse. Las dos son de una gran importancia histórica, y se complementan en el estudio de los sucesos á que se refieren.

Dice la Real órden:

«El Rey=Marques de Torrecuso, de mi Consejo
 »de Estado y Capitan General del Exercito que pa-
 »sava al socorro del Rosellon, Hase visto vuestra
 »carta de 17 de Septiembre en que deçis como ha-
 »viades resuelto yr la buelta de Lerida, que havien-
 »do considerado la ymportancia de Tarragona avia-
 »des acordado con comunicacion de los cavos que
 »quedasen en ella de guarnizion tres mil ynfantes y
 »treçientos cavallos, que por la falta que os aria
 »esta gente escrivistes al Príncipe Juan Carlos me-
 »tiese en Tarragona de la Armada dos mil ynfantes
 »y municiones que el savado siguiente marcharia-
 »des á Valls, que luégo yriades a ocupar con todo
 »el grueso el Col de Cabra y siguiades la marcha
 »a Monblanc y Poblett y de allí a Arbeque. Y ha-
 »viendose considerado lo referido y todo lo demas
 »que escrivis, ha pareçido adbertiros que en las ór-
 »denes que teniades ántes de saver el suceso de
 »Perpiñan allareis campo largo para que no huvie-
 »ran estado paradas y ociosas las acciones de ese
 »exercito hasta que fuese la resolucion que pedis-
 »tes. En quanto a la falta de gente con que deçis os
 »allais es preciso volveros á repetir que el exercito
 »de Vuestro cargo con las reclutas de Tortosa pa-
 »sava de 7.000 infantes efectivos 2.500 cavallos y
 »500 dragones sin lo que havia llegado, etc.: que
 »el Marques de Mortara tendria 7.000 infantes con
 »lo que se le añadio a la postre 2.500 caballos y
 »500 dragones, etc.

»y por si acaso se huvieren desecho estas tropas,

»que no se cree, se os acuerda que si hubiese su-
 »zedido havra sido en ocho dias sin haver marchado
 »ni hecho accion siendo asi que el exercito a pasado
 »desde 3 de Septiembre asta 18, y en este tiempo
 »ni se a buscado al enemigo ni hecho accion ni mas
 »que consumir los vastimentos. Y respecto que no
 »se sabe las fuerças del enemigo hace novedad no
 »aviseis del numero de gente que tiene en su exer-
 »cito, y asi mismo que se rezele sitio en Tarragona
 »no teniendo el enemigo una barca en la mar y nos-
 »otros la Armada tan poderosa que se save, y la
 »confianza con que estoy de lo que haveis de obrar
 »es de manera que havia llegado a pensar que la
 »tardanza consistía en no querer avisar de nada
 »asta estar dentro de Barzelona.»

«Por lo que escrivis Veo que se a tomado resolu-
 »cion de venir á Arbeque y si vien deve de ser lo
 »mexor pero el comun sentir y el de los Provincia-
 »les, era ocupar a Zervera por no tener fortifica-
 »cion y ser de los puestos mas a proposito, y aunque
 »esto no sea fijo porque se quiere respuesta toda-
 »vía os lo he querido avisar, Y tambien que al Mar-
 »ques de Leganes se le a adbertido de lo que escri-
 »vis para que disponga lo que combiniere y asi exe-
 »cutareis en todo y por todo lo que ordenare. En
 »quanto a la gente que ha venido de Perpiñan, te-
 »nía resuelto que viniese á Vinaroz, para que se
 »aquartelase y reparase para cuio efecto se embian
 »las ordenes necesarias aora, de que ha perecido
 »adbertiros para que lo tengais entendido y para
 »que los soldados lo pasen mejor he mandado se

»provean 8.000 ducados (?) para que se de á esta
 »gente una paga entera.»

«En lo que escrivis de los hombres que haveis
 »pedido al Príncipe Juan Carlos, no se save como
 »os haveis querido valer desta gente respecto que
 »en Tortosa ha de yr entrando la que fuese llegando
 »de Castilla y que el Príncipe Juan Carlos ha de
 »executar las ordenes que tiene mias... de
 »a de de 1642.—Al Marques de Torrecuso

»Respuesta.»

(Esta órden fué enviada en copia por el secreta-
 rio del Marqués de Leganés, Antonio de Frias y Es-
 trada).

La contestacion de Torrecuso dice así:

«Por copia me hallo con una carta de V. Mage-
 »stad que iba en el pliego que me remitió el Marques
 »de Leganes con un propio que me allo marchando
 »la vuelta de Lerida Domingo 28 del corriente.»

«Señor—á lo que se me dice, digo que las ins-
 »trucciones que me dió V. M. y los consejos de
 »tanta calidad y cantidad me obligaron á hacer alto
 »los dias que V. M. acusa en su Real carta.—La
 »gente que alle en Tarragona, Sr., y la que fué so-
 »breviniendo yo no he podido tomarla á mi sueldo,
 »pues ni ay para que ni tengo con que, quitando los
 »muertos—enfermos y muy pocos que han huido.
 »Con los que quedaron yo salí así de infantes como
 »de cavallos y Dragones.—Los que llevo el Marques
 »de Mortara con los que se a buuelto y que hoy tiene
 »podraselo decir á V. M.—No niego, Sr., que desde
 »3 de setiembre hasta 18 se haya ni buscado el ene-

»migo ni hecho otra accion que de comerse los vas-
 »timentos.—El enemigo no nos ha venido á buscar
 »yo he procurado, deseado y replicado en las juntas
 »de irle á buscar—esta propuesta no ha servido
 »sino de hacerme tragar tragos, y sufrir lo que no
 »merecía mi voluntad y desseo mientras no venian
 »en ello. Yo solo no podia hacer nada sino pudrir-
 »me, (no sucedió así cuando fui á socorrer á Per-
 »piñan.»=

«No he dexado Sr. de dar quenta á V. Magestad
 »en alguna carta de la fuerças del enemigo, en
 »otras muchas si, que no lo he hecho pues esta ma-
 »teria de espías, correspondencias y avisos siempre
 »ha corrido por el Marques de la ynojossa, cuyas
 »materias me diçe haverse siempre dilatado en sus
 »cartas y por cuya mano ha corrido el poco de
 »gasto secreto en estas materias»=

«Importa tanto, Sr., que este por V. Magestad
 »Tarragona, que nunca ha sido vastante el recelo
 »que he tenido de aquella ciudad, ni queda asegu-
 »rada con estar su Real poderosa Armada en Rosas
 »ó navegando que las fortificaciones de la plaça
 »son tales y las municiones y guarnicion tan tenue
 »que si en el estado que se halla tuviese enemigo
 »de resolucion los Vurgos, marina y algo mas en
 »dos oras seria suyo»=

«Sr. si no he dado aviso á V. M. desde dentro
 »Barcelona tampoco lo ha tenido V. M. que yo
 »haya perdido un tilde de su Real exercito.

«En Tarragona pleiteando yo que fuesemos á
 »Santa Coloma á buscar el enemigo concluyo la

»junta que el verdadero romper el enemigo era ir
 »á Cervera, y con esto cubria Lerida=Quando jun-
 »tava para ir á Cervera, todo lo bueno qua havia
 »de suceder havia de depender se tomase Arbeca y
 »de allí dexarse caer en Cervera.»=

«Sabe Dios con que voluntad hacia lo que aconse-
 »javan. Ponemonos en Poblett y por llegar tem-
 »prano a tomar los puestos todos saben la confussion
 »que hubo y que suerte pudo hacer el enemigo
 »aquella noche=Y llegado que hubo la Artillería
 »entendiendo yo que haviamos de poner las bate-
 »rias para apoderarnos de Arbeca o ir a buscar al
 »enemigo en Belpuch adonde tenia hecho frente de
 »Vanderas=Volviome el Marques de Ynojosa con
 »respuesta de la Junta y fue que no devia empe-
 »ñarse este exercito ni en expugnar ni en hacer otra
 »cossa por la falta de Vastimentos y otros generos
 »Y que lo que se devia de hacer seria acercarnos a
 »una legua de Lerida, dar quenta de todo á V. M. y
 »escrivir al Marques de Leganes para que pusiese
 »los puentes y proveyese de Vastimentos, fué me-
 »nester que así se executase.»=

«Como tengo dicho á V. M. el domingo 28 y mar-
 »chando el exercito me entrego el pliego del Mar-
 »ques de Leganes el Capitan que lo traya, viniendo
 »en el coche cuya copia de copia de su Real carta
 »y de la del marques que va con esta vera M. Ma-
 »gestad lo que decia»=

«Pareciome proseguir mi viaje como lo hice a las
 »3 de la tarde llegue=El enemigo de Lerida devia
 »de estar tan olvidado de nosotros que nuestra Ca-

»valleria en menos de un hora hizo mas de 80 pri-
 »sioneros franceses y entre ellos un Capitan y un
 »Theniente de Cavallos y algunos Paisanos que se
 »huian en Barcelona y con ellos unos teatinos=Tu-
 »vimos noticia de la confusion que havia dentro y
 »que en la Plaça tenian 2,000 infantes los 800 de
 »ellos franceses.»=

«Yo Sr hablo con mi Rey con esta carta=Su-
 »puesto esto se ha de presuponer que es Evangelio
 »quanto he dicho y dire=Digo que aunque malo me
 »puse a cavallo y fui reconociendo y tube por maxi-
 »ma indubitable que dentro de dos oras se huviera
 »aloxado el exercito dentro en la ciudad = Tenialo
 »tanto por seguro que comuniqué dos cosas con el
 »Marques de la Ynojosa. La una que se inbiase
 »trompeta a que se rindiesen ofreciendoles (hacien-
 »dolo) perdon y quanto pudiesen pedir y castigo
 »irremisible a no hacerlo=Y lo otro que con 200
 »mosqueteros Procurasemos ganar una puente te-
 »niendo de calor otros 400 con advertenzia al cavo
 »que si se le presentase la ocasion de hacer mas
 »que de ganar la puente se valiese de ella=Ynbio
 »con toda diligencia el trompeta el Marques aunque
 »no lo hicieron ablar con los Paisanos y como un
 »Rayo el mismo fue por los 200 Mosqueteros. Pare-
 »ciome esta faccion hacerla con consejo y acuer-
 »do de todos, y me fui a donde ellos estaban=
 »Quando popuse la faccion halle al Marques de la
 »Ynojosa tan mudado de lo que antes nos haviamos
 »comunicado que fue el que mas cuido se llevo en
 »el botar=No dexé de hacer dos mil replicas lo que

»se discurrio fue en publico que lo entendio todo
 »lo mexor del exercito que para escribirlo todo
 »fuera menester que esta carta fuera muy larga=
 »Lo cierto es que los Casamura de Lerida se pinta-
 »ron otro castillo de Amberes y si V. Magestad no
 »me cree inbie V. Magestad un soldado aca a ente-
 »rarse Punto por punto de quanto le escrivo y a pe-
 »dir de quantos soldados ay en el exercito si tenian
 »por probabilisimo entrar en la misma Ciudad. La
 »misma noche el exercito por la disposicion de la
 »ciudad y offensas que podian tener de ella, mien-
 »tras disparava cada hora una pieza que parecia
 »una pistola y ordene V. M. a quien havra de venir
 »se entere si el Rio se podra esguaçar Pues mi in-
 »tento era de pasar de la otra parte 1,500 cava-
 »llos y 500 dragones=No solo algunos cavallos por
 »su gusto han esguaçado, mas lo estan esguaçando
 »aseño tal que me han dicho que de dentro les tira-
 »van piedras descalabrando a unos y prendiendo a
 »otros, esto Sr en la otra parte del Rio»=

«Quando no hallase V. M. lo que le escrivo no se
 »me quite la caveza que fue a acabar de una vez
 »mas acerme mal vivir en un calabozo.»=

«Sr no faltaron quien me dixo que esta gloria la
 »querra para el marques de Leganes y las obras
 »pareçe que lo certifican=Remate mi discurso con
 »decirles que en media hora no pensandose se gano
 »fuenterrabia teniendo al oposito 18,000 franceses
 »muy bien fortificados y que en dos oras se gana-
 »ron los quarteles de Salses con sus fortificaciones
 »guarnecidas de 8,000 franceses=que lo que yo

»les decia era se hiciese una intencion que si salia
 »bien fuera nuestra la ciudad y a no salir bien nos
 »huviera costado veinte ó treinta soldados que á eso
 »los inbia V. Magestad.»

«Esta poca estimacion que se tuvo y se ha tenido
 »siempre de mi parecer y haver de estar obede-
 »ciendo persona que no ocupa mayor puesto de lo
 »que yo me hiço resolver a apearme del cavallo y
 »entregar el exercito al marques de la ynojosa para
 »que el lo mandasse y me despedi de ellos y dere-
 »chamente fuime a tomar una pica en el Reximiento
 »del Conde Duque. Con el pase al puesto que lo
 »toco, asi continuare toda esta campaña la qual
 »acabada espero de V. M. por remuneracion de mis
 »largos servicios hecha con tanto trabaxo, volun-
 »tad y amor pues si bien con ellos no ha ganado su
 »Real servicio nada tampoco ha perdido V. M. ni
 »un hombre ni un dedo de tierra ni un dedo de fa-
 »brica, me haya de dar licencia para ir á descansar
 »estos trabaxados huesos en un yermo. Guarde
 »Dios la Catolica y Real persona de V. M. del campo
 »sobre Lerida a 29 de Setiembre de 642—El Mar-
 »ques de Torrecuso.»

La respuesta del Rey fué lo enérgica que debía esperarse á una representacion como la que acabamos de copiar, tan viva y hasta altanera.

Héla aquí:

«El Rey—Marques de Torrecusso de mi consejo
 »de estado Gentil hombre de la llave de mi camara.
 »hase entendido que sin embargo que recibistes la
 »horden que os mande embiar para que vinieseis á

»esta ciudad pues haviades hecho dejacion del car-
 »go de Capitan General del exercito que pasava a
 »Rosellon, os haviades dispuesto á servir con una
 »pica por no faltar de la ocassion, y si vien vuestra
 »persona en todas partes sera de provecho asi por
 »las experiencias adquiridas en los muchos años
 »que ha que me servis como por vuestro gran Va-
 »lor. Todavia porque vuestro empleo en otra forma
 »sera de mas combenienzia os ordeno y mando que
 »luego que reçivais esta vengais á Zaragoza a se-
 »guir mi persona para asistir en lo que fuere de mi
 »servicio executandolo luego sin poner excussa al-
 »guna porque mi voluntad es que precisamente
 »cumplais la orden que os esta dada en esta sazón,
 »y en caso de no hazerlo asi sera forçosso vengais
 »con seguridad de Zaragoza á 5 de Octubre de
 »1642=Yo el Rey=Por mandado del Rey nues-
 »tro Señor: Don Fernando Ruiz de Contreras=Al
 »Marques de Torrecuso sobre que venga á esta
 »ciudad.»

VII.

Aquí termina el códice que contiene la historia
 militar del marqués de Torrecuso en los treinta
 años que mediaron entre su primer jornada de las
 Querquenes y la de Lérida, penúltima de su vida.

En los trescientos documentos que encierra tan
 interesante libro no hay uno, puede decirse, que

no revele el concepto elevadísimo que merecía el insigne napolitano á cuantos le mandaban ú obedecían, lo mismo que al soberano y sus ministros, á los generales y á los subalternos de los ejércitos de España.

Sin pretender elevarle al rango de los grandes capitanes, bien pueden reconocerse en Torrecuso condiciones verdaderamente envidiables de soldado eminente y de jefe tan hábil como enérgico. Su constancia en el cargo de Maestro de Campo General da á conocer que era buscado para el consejo lo mismo que para la ejecución de las empresas más arriesgadas. Y cuál era la consideración de que se le rodeaba por los generales, mejor que el socorro de Fuenterrabía en que se siguió su parecer y se le confió la misión más importante, lo demuestra el sitio de Salses, donde, arrestado y todo, se le sacaba á dirigir la defensa de los reales amenazados por los franceses, y á solemnizar después la toma de la plaza con su presencia.

Para todo se consideraba necesaria su acción allí donde él aparecía; y en ninguna parte podía mantenerse inactivo, cargando con una pica cuando, por transeunte ó sin destino, hallaba en un ejército la ocasión de hacer manifiesto su valor, ya que no pudiera influir con su talento en los resultados de la campaña.

Por eso puede decirse de Torrecuso aquello de que vale tanto la biografía de ciertos hombres como la historia de su tiempo.

Si otro tomara en sus manos el manuscrito cuyas

páginas hemos hojeado tan sólo, es seguro que llegaría á retratar la época entera que abrazan sus variados é importantísimos documentos. El rey Felipe IV, el carácter de su gobierno, el de aquel fastuoso y petulante favorito, los generales de tanto y tanto ejército como en Francia y en Holanda, en Italia, Africa y América, tenían la misión de ir, como pudieran, apuntalando la ingente fábrica española que en todas partes amenazaba desplomarse, todos se presentan en ese libro con sus excelencias y defectos, con sus grandezas y miserias. Torrecuso, presente en cuantas partes se tiende la balanza de los destinos de nuestra patria en su tiempo, aparece como la piedra de toque donde se pone de relieve y aquilata el mérito de los á quien sirve ó que con él comparten el honor de la victoria ó el bochorno del vencimiento.

Generalmente le acompañó la fortuna en sus empresas hasta que la muerte de su hijo pareció, con el dolor de tamaña desgracia y las lágrimas que le hiciera verter, ofuscarle los ojos del entendimiento y arrebatarle aquella actividad y la energía que eran sus primeras cualidades.

Desde la catástrofe de Barcelona, si se exceptúa la rapidísima campaña del Rosellon en los primeros meses de 1642, no tuvo más que sinsabores. No perdió, como él decía, *ni una tilde* de los dominios del Rey; pero, aun sin culpa suya y por las dificultades militares del tiempo, vió cómo se perdía para siempre aquel florón de la corona española que tanta sangre y tan rico tesoro había costado; vió

inutilizados sus esfuerzos, quizás por sus mismos conmitones, para volver á la antigua obediencia el Principado catalan, y, más tarde, impotentes su valor y pericia contra la rebelion portuguesa, á la que otros habían dejado tomar fundamento y cuerpo asaz robustos.

«En el año de 1644 anduvo capitán general en Extremadura,» dice un apunte suelto que se ve estampado en la última página del Códice.

En los primeros meses de aquel año fuéle, con efecto, encomendado el mando de Extremadura. Grande era la necesidad de su permanencia junto al Rey, que se hallaba en Aragon dando con su presencia calor á las operaciones de la guerra contra la insurreccion catalana. Formaba parte de la Junta particular de Guerra con los condes de Oñate, de Chinchon y Monterey; pero la envidia de Garay y de otros favorecidos de la fortuna en la corte le tenían separado del servicio activo. Aragon le pedía para virey suyo, despues de hacerle un recibimiento de los más lisonjeros; había llegado al cuartel real la noticia de que en una alarma producida en el ejército de la insurreccion, M. de la Motte había dicho que miéntras no mandase las tropas reales el marqués de Torrecuso, no había por qué asustarse; pero miéntras influyesen Garay y Mortara en las decisiones del Soberano, no cabía esperanza de que nuestro héroe ni el mismo Piccolomini con todos sus servicios, su mérito y su fama obtuviesen un mando verdaderamente importante. Sólo cuando Garay cayó del favor real á impulso de

su mismo orgullo, y con la sorpresa y los temores que produjeron la rendición de Valverde, la poco posterior de Villanueva del Fresno y el sitio puesto á Badajoz, fué cuando se envió á Torrecuso á la frontera de Portugal, tan flojamente defendida por el conde de Santistéban.

Desde el momento de su llegada á Extremadura, tomó la guerra carácter y rumbo diferentes. Del puramente defensivo que presentaba hacía tiempo por la superioridad de las fuerzas portuguesas y la falta de habilidad en los cabos españoles, pasó la lucha, cuatro años hacía ya entablada, á ofrecer un aspecto de animacion y de iniciativa que bien á las claras demostraba la asistencia eficaz y enérgica de hombre de tanto talento y pericia como el Torrecuso.

No se necesitaba hacer poco para poner remedio á un estado de cosas que daba lugar á las décimas que por entónces corrieron la España entera, como prueba del infelicísimo en que se hallaban las provincias extremeñas. Así comenzaban:

«La guerra de Portugal
 »De tal suerte se gobierna,
 »Que para que sea eterna
 »Se dispone en todo mal.
 »O es falta de general,
 »O es culpa de los soldados,
 »Que unos y otros enroscados
 »En su insaciable codicia,
 »Afrentan á la milicia
 »Con robos y con pecados.
 »La viña de Extremadura

»Monterey la vendimió,
 »Y Garay la rebuscó
 »La escarda verde y madura.
 »Santistéban se apresura
 »Por dejarla descepada,
 »Y viéndola ya acabada,
 »Sin que pueda defendella,
 »Se entra el Portugués por ella
 »Como viña vendimiada.»

Pero la sola noticia del arribo de Torrecuso á Badajoz produjo la retirada al interior de los ganados y enseres, de lo que el Padre Gonzalez, de la Compañía de Jesus, llamaba *las haciendas* de los portugueses fronterizos. Todavía alcanzó el afortunado general á sorprender en los últimos dias de Marzo un grueso destacamento portugués que operaba por Campo-Maior, y arrebatarle muchos miles de cabezas de ganado mayor y menor que conducía tierra adentro.

Pocos dias despues eran 80 jinetes de los de Elvas víctimas de otra estratagemas; y en los últimos de Abril quedaba Mourão en poder de una gruesa partida de caballería que, muy reforzada por Torrecuso, salió de Llerena para sorprender aquella importante fortaleza.

Pero si él aprovechaba cuantas ocasiones podía ofrecerle su ingenio para escarmentar á los portugueses, no se descuidaban tampoco ellos en vengar las algaradas que, falto de fuerzas y sin esperanza de que se le enviasen, eran para Torrecuso las únicas operaciones posibles en aquella frontera. Su contrario el duque de Alburquerque, reuniendo un

número de tropas considerable, invadió de nuevo el territorio español por la márgen derecha del Guadiana. Torrecuso trató de llamarle la atención hácia su propio territorio, poniendo sitio á Ouguella; pero, fuese por considerar como mezquina la empresa, ó que no lograrse atraer á su enemigo, se dirigió á él pocos dias despues resuelto á combatirle.

Entónces tuvo lugar la batalla del Montijo, que si pareció indecisa por el pronto, sirvió á afirmar el movimiento de separacion del Portugal.

Entónces tambien, cual ahora, los generales pasaban como meteoros por el mando de los ejércitos. El menor reves, ¿qué decimos? una accion de éxito dudoso, áun sin importancia alguna, valía su destitucion al que la había dirigido, para á los quince dias ser destinado á otro ejército, y á los otros quince volver á aquel en que no había dado gusto á la Corte y á sus émulos ó enemigos. El Almirante, el marqués de los Velez, el de Leganés y cien otros podrían servirnos de ejemplo en el trasiego constante que se verificaba de generales de un ejército á otro en los cinco ó seis sobre cuyas filas se veían ondear las enseñas españolas; y sólo D. Francisco de Melo, el vencido en la fatal jornada de Roroy, formó excepcion de aquella que, aunque funesta, parecía regla general en España ó, por mejor decir, en sus gobiernos.

Así es que despues de la accion del Montijo, cuantas correspondencias hemos visto, y entre ellas las contenidas en el *Memorial* publicado por la Academia de la Historia, no hablan ya, al referirse al

marqués de Torrecuso, más que de su relevo del mando de Extremadura.

Al poco tiempo y sustituido, aunque por muy corto también, por Leganés, le vemos dirigirse á Italia, maltratado ya por los años y los achaques, y consumido de una tristeza que le hace desear el retiro á sus hogares y hasta la entrada en un claustro. Llámale, sin embargo, el Santo Padre á Roma para conferirle el capelo, con el objeto de que, revestido de tan alta dignidad, pueda mandar el ejército pontificio; pero, ante dificultades diplomáticas presentadas por nuestro embajador, se vuelve á Nápoles para desde allí, y solicitado en 1646 por el marqués del Viso, acompañarle al socorro de Orbitello, última jornada suya, tan gloriosa como las varias registradas con igual fecha, la del 16 de Julio, en los fastos de la historia patria.

Todas estas noticias revelan, así como la importancia que llegó á alcanzar en España la persona del marqués de Torrecuso, la del libro que conmemora los servicios de quien tantos títulos reunía para legar á la posteridad un nombre tan honroso.

Debiera serlo también perdurable; y lo que de seguro extrañarán cuantos repasen las páginas de donde acabamos de entresacar los apuntes que hemos comunicado á nuestros lectores, es que haya sido la prensa tan parca en publicar las hazañas de Torrecuso, no sudando en su elogio sino algún folleto, y ese conciso y ya olvidado.

No sucederá lo mismo cuando una pluma hábil y autorizada se emplee en trazar los innumerables

rasgos que de valor y pericia militar se hallan en cada página del Códice objetivo de este, por demás humilde y pobre, escrito.

Aquellos de nuestros historiadores que se dedican á narrar el reinado de la casa de Austria, tan simpática á los hombres de letras por haber florecido en él las españolas cual en ninguna otra época, encontrarán arsenal vastísimo de datos con que ilustrar las operaciones militares de aquella, tan gloriosa en sus principios, tan accidentada, si así se puede decir, al hundirse en las sombras del sepulcro uno de los caracteres más sobresalientes de la dinastía, tan triste y vergonzosa al terminar ésta para siempre en la gobernacion de nuestra patria.

Por eso creemos hacer un servicio, y no pequeño, á la literatura patria, dando á conocer la existencia de este Códice, y poniendo de manifiesto algunos de los documentos que encierra, tan curiosos como importantes.

UN PROYECTO ESTUPENDO.

«A 4 de Junio =Reservada=Prometí á mi Amigo el correo pasado darle una idea de la Novela Africana, y aunque será muy rápida allá va.

»Llegó el Diablo á pisar un País tras del qual suspiraba 5 años hacia: fué tan atrevido como dichoso el primer paso, y no tardó su penetrante vista en observar que podian ocuparle con mas utilidad los hombres que las estrellas, los animales y plantas. Propuso un plan, fué preciso instruirse de todas sus circunstancias, rectificarle y ponerse de acuerdo en mil detalles. He aquí la mision secreta de Don Manuel Brabo. Volvió contento, pues tubo la sesion mas original, mas interesante y peligrosa que podia tenerse con el Diablo, á cuyo S.^{or} sabido es que nadie se arrima sin riesgo. Ya iba la cosa viento en popa, ya estaba casi hecha, quando una de aquellas ocurrencias que suceden en el mundo y no se pueden contar vino á desbarajustarla. Pues señor,

como iba diciendo de mi cuento, volvióse el Diablo, que por la primera vez de su vida quedó fresco, á mirar á las estrellas, y ya iba camino del Desierto ó de los Infiernos, quando amigo de mi alma ha de saber Vm que vinieron unos Salteadores de caminos aquáticos, y se llevaron cuatro perlas, dejándonos estupefactos. *A esos picaros, á esos pícaros* grita todo el mundo, y hasta el mismo Demonio se incomodó de sus picardías, y dijo, pues Yo tambien les haré mal, sino en su corazon en el de un amigo suyo. Vuelve á las andadas, deja los telescopios, toma reglas y compases, traza nuevas líneas, pues las antiguas ya están borradas y perdidas, y prometen sus nuevos bosquejos que hará algo (aunque por distinto rumbo) que se parezca á lo antecedente, quando no en los medios en los resultados. No se puede ocultar á la penetracion de Vm lo agigantados que pueden ser, lo ventajosos y quanto interesarán á nuestro Xefe superior. Asi es que estamos en una impaciente expectacion, y siempre que por efecto de estas convinaciones llegase á Vm algun aviso muy gordo desta que un extraordinario para acelerar la buena noticia. Tiene muchísimo de probable esta empresa, aunque expuesta como todas las grandes á desgraciarse. El gran concepto que sabe Vm. tiene el Diablo en todas partes; la miserable opinion del que gobierna aquel Pais; algunos recursos pecuniarios; los que se le suministrarán de la clase indicada; su valentía, su travesura, su resolucion, su inteligencia en el arte de la guerra; sus relaciones con los Santos mas Santos, que por

primera vez parece han visto les tiene cuenta aliarse con Satanas, etc., etc. En fin hay mucho á su favor; á lo que se agrega su fortuna, que debe entrar en la cuenta para tales fazañas.

»A mi me gusta mezclar el buen humor aún en las cosas mas serias, y del mismo trabajo adolece Vm. Allá va esa nota para que nos valgamos de las frases de substitucion que indica, y rebosemos algo nuestros conceptos si en alguna caja de correos hay alguno ganado por los Ingleses como pudiera acontecer en adelante. A Dios Señor de las confusiones. Yá ván siendo menor, aunque queda alguna.»

La carta que acabamos de copiar, recibida por el general Castaños cuando mandaba el Campo de Gibraltar, necesita, para ser comprendida, una clave y toda una historia. El logogrifo, de otro modo, quedaría indescifrable para todo el mundo.

Esa clave existe, segun lo hace presumir la epístola; pero aún con ella dudamos que haya quien dé razon del grandioso proyecto á que se refiere, sin la historia bastante circunstanciada de los procedimientos que, para ejecutarlo, se hacían necesarios, y de la trama diabólica y misteriosos hilos que se usaron para llevarlo á feliz término.

No es, por cierto, ignorada esa historia en su parte más esencial, pues que el mismo autor del proyecto la ha legado á la posteridad como un timbre de gloria, y escritores de reputacion envidiable la han recordado con encomio. Es verdad que lo han hecho por las seguridades que aquel ha dado respecto á los fundamentos en que apoyaba sus pe-

regrinos cálculos, y por los datos que, en corto número, se había procurado un escritor frances, entusiasta, y es muy natural, del héroe de la empresa, y admirador, aunque por muy distintas causas, de ella.

Mr. Bausset, puesto en el secreto por el emperador Napoleon, y dueño de una parte pequeñísima de la correspondencia á que vamos á referirnos, así como nuestros compatriotas los señores Mesonero Romanos y Balaguer, siguiendo las inspiraciones de su patriotismo, han hallado elogios en su pluma para un pensamiento que tan sólo conocían por las versiones de su iniciador y las de quien tan pocos datos había conseguido descubrir respecto á él.

Nosotros, armados de nuevos y más interesantes documentos, y desde puntos de vista diferentes, muy de atras elegidos y con recientes lecciones confirmados, nos resistimos á aprobar ese pensamiento y nos atrevemos á intentar la demostracion de los errores en que se fundaba y de lo probable y lógico de su malogro.

No llegó á verse realizado, por fortuna, tan artificioso plan por un rasgo, se dice, de honradez política de que hay pocos ejemplos, pero que, en nuestro concepto, y si fuese cierto, libertó á España de los compromisos más graves á que pudo conducirle una política, tanto como torcida, irreflexiva y torpe.

Hemos dicho que la clave no basta, por sí sola, á descifrar el enigma que encierra la carta anteriormente trascrita, ni otras posteriores, obra de per-

sonaje desconocido que trataremos de identificar más adelante, ya que no por documentos irrecusables, por conjeturas de alguna probabilidad; y, para demostrarlo, vamos también á estamparla, que es, además, curiosa é interesante.

Héla aquí.

VARIANTES.

Por.

Diremos.

Africa,	América.
El Príncipe,	El P. ó El G.
Samper,	Repmas ó S.
Viagero,	Demonio.
Salmón,	Pescado.
Sanchez,	El alto.
Cañones,	Plumas.
Fusiles,	Cañas.
Bayonetas,	Puntas.
Cureñas,	Carretas.
Pólvora,	Pimienta.
Ingenieros,	Tontos.
Artilleros,	Geringueros.
Amorós,	A ó Soroma.
Solano,	Brabo ó B.
Castaños,	Chirinola ó C.
Soldados,	Frayles.
Buques de guerra,	Corchos.
Falucho,	Paxaro.
Muley Soliman,	El Pobre.
Marruecos,	La pera.
Mogador,	Guayaquil.
Tánger,	Tarma.
Ceuta,	Tucea.
El Cónsul de Francia,	El F.
El de Inglaterra,	Voltaire.
Cádiz,	Dicaz.

NOTA.

Los nombres propios que se citen se escribirán todos al revés si se quiere.

A la carta y á la clave acompaña un volante que dice: «La adjunta con cautela á su título, como todas quantas dirija por Vm, pues las que no exijan este cuidado irán por Tarifa.»

Copiamos el volante tambien por ser uno de los varios que se encuentran unidos á los interesantísimos despachos que forman la correspondencia que vamos á ofrecer al público, seguros de que, sino por la novedad del asunto, pues, como ya hemos indicado, no deja de ser conocido, llamará la atención por lo largo é intrincado de su intriga y el descubrimiento de los agentes y medios puestos en juego para llevarla adelante.

Nos es necesario, con todo, excitar aún más la curiosidad de nuestros lectores, y no hallamos, para conseguirlo, recurso más propio que el de comunicarles otra carta de tenor semejante al de la ya copiada.

Dice así:

«A 14 de Junio=Reservada=Amigo mio, No tenia duda ni la tengo del caracter de Vm en quanto á que no mezcla lo personal con lo de oficio; pero no todos son así, y no lo digo sin motivo.»

«El Diabolo no puede quajar todavía sus malignas intenciones, segun las noticias frescas. Esperaba que viniesen á llevarle en volandas los de su partido y tropezaron con otro contrario, resultando

del choque 400 muertos. A pesar de esto él se mantiene tieso, aunque solapado, y hace lo posible para realizar sus miras. Puede venir de un momento á otro la noticia de su triunfo ó la de sus honras. Tal es su situacion. Por los auxilios pedidos inferira Vm que su plan está cimentado en un número suficiente de sequaces, y que solo necesita algunas cabezas y algunos medios para hacerlos útiles. ¡Ojalá no se le hubiera cohartado la primera intentona! Las asentaderas de V. E. se hubieran visto libres del terrible desaguizado que las amenazaba, y el pobre hubiera perdido la pera sin remision, pues todos sus frayles mudaban con gusto de religion y de prior. Hay mucho que contar y sumamente gordo para la Historia, y mucho que callar y no flaco para la edad presente.»

«No indique Vm á Brabo que Yo le escribo estas noticias y cuenteme Vm lo que le diga. Han ocurrido ciertas cosas con su Tio en Sanlucar que deben serle desagradables; pero se ha personalizado injustamente conmigo. Es reo dicho Señor de algunos pecadillos político-gubernativos; quería su familia sacarle libre, y Yo tambien; pero el Pueblo ha reclamado, se ha descubierto la caca, y hay una de mil diantres. Es largo de contar, y no para escrito. Ahora comprenderá Vm mis indicaciones sobre buena armonía, etc., y como haciendo justicia á Solano se separar lo personal de lo de oficio. A Dios.»

Antes, sin embargo, que esas cartas, debió llegar á su destino otra que tambien vamos á trascri-

bir; carta sin el aliño todavía de los misterios que debería despues revelar la clave copiada, pero con el suficiente aún para que quien la sorprendiese quedara poco ménos que en tinieblas respecto al fin á que se dirigía.

«Reservada=(No tiene fecha.)=El correo pasado hablé á Vm de los artículos que había pedido el Viagero, etc., etc., y pregunté si se habían Vms puesto de acuerdo para tenerlos prontos. No estará demas decirle á Vm la clase y número de ellos. Pidió que estubiesen pronto en Algeciras ó Ceuta en 5 de Mayo los objetos siguientes:

- »Dos mil fusiles buenos con bayonetas.
- »Cuatro mil bayonetas más.
- »Mil pares de pistolas.
- »Ocho piezas de á quatro de campaña.
- »Dos id. de 12 con sus avantrenes.
- »Mil cartuchos á bala y quinientos á metralla para cada pieza.
- »Treinta artilleros y tres oficiales.
- »Dos Ingenieros.
- »Un Sargento y veinte cabos de Granaderos escogidos.
- »Tres Cirujanos.
- »Un botiquin.
- »Una banda de 40 músicos.
- »200 varas de tafetan doble encarnado.
- »200 id. verde para bandas y banderas.
- »Seis mil duros y triple cantidad de tafetanes preparada para más adelante.
- »El Sr. G^{mo} autorizó por oficio de 27 de Marzo la

preparacion y remesa de estos pedidos; y de un momento á otro puede el Viagero reclamarlos. Por esto inferirá Vm que conviene estar de acuerdo, y me dirá con la reserva de la amistad que numero de estos objetos podría Vm dirigir al Diablo (asi llamaremos al Caballero andante) en caso de que los pidiese precipitadamente, y que no los hubiese dirigido Solano. Con este no hay motivo alguno para dejar de proceder con muy buena armonía: 1.º porque tiene conocimiento de la empresa; 2.º porque la aprecia, y 3.º por su merito y circunstancias personales. Oficie Vm, pues, con él, segun lo contemple necesario, y vamos á salir bien, ya que tambien le ha entrado á Vm por el ojo derecho, sin dejar que se meta á desbaratarnos la obra el espíritu de ribalidad, emulacion, etc. Otro correo daré á Vm un resumen de la conuinacion para que vea no es descabellada, y entre con mas gusto y nociones á patrocinarla.»

«Diga Vm á Lafuente que lea la obra adjunta, y la devuelva despues bajo pliego del Ministro ó del Sr. Generalísimo.»

«Ahora me acuerdo y me rio de lo que Vm me dijo en la Posada. ¿Qué diablos de Duendes son estos? 1.º Un mal cristiano vestido de buen Moro: 2.º Un Mayor Comisionado aparente y por último un Criado fingido y Secretario del Rey en realidad. No lo entiendo..... Algun dia lo entenderás (decía Yo á mi capote) y este ha llegado. ¿No es verdad?... A Dios.»

¿A qué se dirigía intriga tan tenebrosa? ¿A dónde

se encaminaban preparativos que parecían revelar una acción esencialmente militar?

Sin la cita anterior de los tan ilustrados cronistas señores Mesonero y Balaguer, nuestros lectores quedarían sorprendidos; más aún, estupefactos, al decirles que á la conquista nada ménos que del imperio de Marruecos.

II.

Es verdaderamente admirable y duda uno á qué juicios entregarse cuando se reflexiona con algun detenimiento sobre la situación de nuestra patria en aquellos días y sobre los proyectos, á la vez, que acariciaba el que, sin freno alguno que moderase sus voluntades, la regía y gobernaba.

Habiase presentado en la corte allá por los primeros meses de 1802 un jóven catalan, de elevada estatura y elegante porte, de facciones regulares y semblante agraciado, aunque severo, y revelando un carácter tan firme como emprendedor y tenaz. Había estudiado mucho desde sus primeros años, y á los treinta le eran familiares las matemáticas, la astronomía, la historia natural, la física y la química, el dibujo, y sobre todo las lenguas orientales, á que se dedicaba con un ardor extraordinario. A los catorce años era administrador de utensilios en la costa de Granada; á los diez y nueve, contador con honores de comisario de guerra, y á los veintiseis administraba en Córdoba la renta del tabaco.

Con el conocimiento de su persona y las noticias que de él tenía, D. Manuel Godoy, irritado de la conducta altanera y arbitraria que había usado para con España el Sultan Muley Soliman, emperador de Marruecos, despues de la guerra marítima á que puso término el tratado de Amiens, creyó ver en D. Domingo Badía y Leblich y en su deseo de viajar por Africa un instrumento, el más útil, para su venganza y para la satisfaccion de sus miras políticas. El disgusto general, cada dia más patente, por el favor de que era objeto, le estimulaba á, con ventajas cuyo logro nadie pudiera negarle, ganarse las voluntades, tan encontradas, de los españoles y el respeto, ya que no la estimacion, de los gobiernos que por torpe é inofensivo le tuviesen. Y para que un dia brillaran con fulgor que á todos deslumbrase su habilidad y su poder, traía entre manos, además de las negociaciones entabladas por D. Eugenio Izquierdo en Paris para procurarse un principado independiente, el proyecto de reconquista de Gibraltar, tal como en otro artículo ya publicado revelamos, y el inmenso y trascendental de la anexion de una parte considerable, por lo ménos, de Marruecos, proyecto que vamos á explicar inmediatamente á nuestros lectores. En la serie de obstáculos que hallaba en su camino para acreditar el engrandecimiento ya alcanzado, y los que iba descubriendo en la marcha tortuosa de su política, no hacía sino extender la vista á todas partes, anhelante por encontrar una prenda ó un trofeo con que engalanar sus ambiciones y justificarlas. La recuperacion de

Gibraltar sorprendería á todo el mundo y haría se le perdonasen sus anteriores torpezas; la conquista de Marruecos dejaría atónitos á todos los Gobiernos y formaría el orgullo de la nacion española recordando las últimas voluntades de la Reina Católica, tan fácil y rápidamente así ejecutadas; y la corona que ya veía brillar en sus sienes no sería sino una recompensa merecida, justa y universalmente alabada.

¡Ensueños de oro que sonreían á una ambicion desacordada! ¡Castillos en el aire fundados sobre la base deleznable de un favor inmerecido y de un talento y de un carácter algo ménos que problemáticos!

La guerra declarada era imposible, pues que saldrían á favor del Sultan los ingleses, los más calurosos defensores del Islamismo en derredor del Mediterráneo. El paso de la primera expedicion armada á las costas de Berbería, habría de ser la señal de otra guerra más encarnizada aún que la recientemente concluida, con la diferencia de que no era fácil que por tal causa se reanudasen las alianzas antiguas entabladas con muy distinto objeto y para fines bien diferentes.

Era, pues, necesario dar un golpe tan ejecutivo como hábil é impensado, de manera que al sentirse en Europa fuese ya irremediable.

Una intriga sorda y encubierta que hiciera pasar la soberania de Muley Soliman á las manos de un otro descendiente del Profeta, príncipe ilustrado y magnánimo que hubiera sabido conquistarse los

corazones tan inflamables de los marroquíes, no era muy difícil con agente tan diestro como Badía; y, una vez llevada á feliz término, nada más hacedero que la anexión á España. Y que estas eran las esperanzas de Godoy y estos los cálculos que se forjó al escuchar los proyectos, en un principio muy otros, del aventurero catalán, lo demuestra la por demás ingenua confesión que de ellos hace el Príncipe de la Paz en sus Memorias.

«Pronto, no obstante, dice, se nos vino á la mano la ocasión de una guerra, bajo todas luces justa. Muley Soliman, cuya moderación y cuya paz mientras duró la lucha con la nación inglesa, nos costó algunas parias bajo el nombre de regalos, como hubiese cesado había ya más de un año este *tributo inicuo*, se nos atrevió á pedirlo como un derecho ya adquirido, y del recuerdo pasó luego á la amenaza de interrumpir nuestro comercio en sus estados. Negados los presentes se mostró su despecho á poco tiempo impidiendo comprar granos en sus puertos y retirando enteramente su protección á nuestros buques. Tras de esto se siguieron los amagos contra nuestros presidios, y vejaciones y durezas ejercidas con los negociantes españoles, violando á cada paso los tratados y las costumbres recibidas. Sobraban los motivos para tomar satisfacción á mano armada é invadir los estados de aquel príncipe; mas siguiendo mi pensamiento y mis deseos también de que en el caso de una guerra se hiciese esta con acierto y con muy pocos sacrificios, concebí el raro medio de que Badía pasase á aquel

imperio, no ya como español, más como árabe, como un ilustre peregrino y un gran príncipe descendiente del profeta, que habría viajado por la Europa y volvería á su patria dando la vuelta al África y siguiendo á la Arabia á visitar la Meca. Su objeto principal sería ganar la confianza de Muley, y presentada la ocasion, inspirarle la idea de pedirnos nuestra asistencia y alianza contra los rebeldes que combatían su imperio y amenazaban su corona. Si esta idea era acogida, debía ofrecerse él mismo para venir á negociar acerca de ella en nuestra corte con poderes ámplios. Si no alcanzaba á persuadirlo, debía explorar el reino con achaque de viajero, reconocer sus fuerzas, enterarse de la opinion de aquellos pueblos, y procurarse inteligencias con los enemigos de Muley, por manera que entrando en guerra pudiésemos contar con su asistencia y obrar de un mismo acuerdo en interes recíproco bajo las condiciones ya apuntadas, pero en mayor escala para poder hacernos dueños de una parte del imperio, la que mejor nos conviniese. Badía era el hombre para el caso. Valiente y arrojado como pocos, disimulado, astuto, de carácter emprendedor, amigo de aventuras, hombre de fantasía, y verdadero original de donde la poesía pudiera haber sacado muchos rasgos para sus héroes fabulosos, hasta sus mismas faltas, la violencia de sus pasiones y la genial intemperancia de su espíritu, le hacían apto para aquel designio. Tales fueron las veras con que aceptó mi encargo, que sin consultar con nadie y de su solo acuerdo, osó circuncidarse, sola cosa que

le faltaba para el papel difícil y arriesgado que debía hacer entre los mahometanos. Él debía partir solo, que si bien Rojas pudiera haberle acompañado como amigo ó dependiente suyo, no le era necesario, ni aquel tenía su atrevimiento, ni convenía exponerlo, jóven de grandes prendas y de ricas esperanzas. Quedó en España miéntras tanto y le ocupé con buen suceso en recorrer las Alpujarras y formar su estadística.»

Hemos subrayado lo del tributo inicuo, porque no atribuyendo más que á Godoy cuanto se hizo en España desde la caída del conde de Aranda, sólo á él podemos devolver un calificativo como el que da al precio con que se compró en la guerra marítima la neutralidad del Sultan de Marruecos.

Ni puede, por lo demas, darse declaracion más sincera de los proyectos de Godoy, ni confesar más paladinamente sus torpezas políticas. Porque no puede imaginarse mayor que la del pensamiento de conquistar el vasto imperio contrapuesto á nuestras costas del Mediodía á raíz de un tratado que tanto rebajaba nuestro nivel como el de Amiens, sino es la de intentar realizarlo por los medios que tan propios y fáciles consideraba el presuntuoso valido de Cárlos IV.

¡Y aún tiene valor de asegurar en esas mismas Memorias que la honradez de aquel soberano fué el único estorbo á proyecto tan premeditado y maduro! No sería sólo la honradez de D. Cárlos la que, de ser esto cierto, viniese á estorbarlo, sino su buen sentido, que le haría observar, aun cuando pareciese

que no veía por otros ojos que los de Godoy, los peligros á que exponía la nación, el deshonor y el ridículo que caerían sobre ella y sobre su gobierno de descubrirse manejos tan bochornosos.

Porque es necesario estar ciego para, con la Inglaterra ó sin la Inglaterra enfrente, no comprender la temeridad de una empresa tan trascendental en los momentos en que las naciones que se disputaban el dominio de los mares tenían puestos los ojos en el Mediterráneo. La lucha no hacía mucho tiempo terminada de Egipto; la ocupacion de Malta, no abandonada por los ingleses á pesar de las cláusulas terminantes del tratado de Amiens, y el ejercicio de las influencias que se cruzaban en Constantinopla, ¿no eran bastante significativas para que nuestro gobierno dejara de presumir el incendio que había de provocar en Europa nuevamente y los peligros á que iba á exponerse?

Godoy no debió creerlo así, y formado su plan tal como han visto nuestros lectores, sin dar conocimiento de él más que á muy contados amigos ó agentes, se dedicó con el entusiasmo de su ambicion, tan personal en eso como patriótica, y las esperanzas de su buena fortuna, á una obra que habría de elevarle á la mayor altura como hombre de Estado, haciendo olvidar los motivos verdaderos de su favor en la corte de España.

«Hé aquí, pues, como él dice en sus Memorias, Badía partir para Marruecos, su genealogía bien compuesta y bien completa, sus papeles en regla, hijo de Othman-Bey, príncipe Abasida, pariente del

profeta de la Arabia.» Y el 29 de Junio de 1803, esto es, el día 9 del mes rabiulagnal del año 1218 de la Hegira, se presentaba nuestro aventurero al kaid de Tánger, comenzando allí por representar su papel con la celebracion de *El Mouloud*, la fiesta que recuerda á los creyentes el nacimiento de Mahoma.

III.

Quien siga al intrépido catalan en Marruecos con su libro de viajes por guía, no encontrará una sola frase que se refiera á su mision política, una alusion siquiera á los proyectos de que se había constituido en auxiliar, en agente, por mejor decir, el más importante, y de quien debía, despues de todo, esperarse la mayor parte, si no el éxito completo, de aquella tenebrosa intriga.

Fuese por disimular sus miras, ó bien para conaturalizarse, ántes de penetrar en el interior, con el habla, las costumbres y el modo de ser de los habitantes de Marruecos, país tan distante del que proclamaba como originario suyo, Badía se mantuvo en Tánger hasta Octubre, en cuyos últimos días emprendió su marcha á Mequinez y Fez. Mas para entónces ya la admiracion de su sabiduría había traspasado el recinto de la ciudad tingitana y extendiéndose por toda la provincia y hasta lugares muy remotos; había el sesudo á la vez que impertérito y disimulado viajero hecho el conocimiento y áun

ganándose la estimacion del Emperador moghrebino; y, como el Sultan y su hermano, el ciego Muley Abdsulem, los principales dignatarios, la corte toda, se disputaban el afecto, la consideracion y los regalos de nuestro compatriota.

Con recordar el obsequio que Badía hizo al Emperador, se comprenderá que no iba desprovisto de recursos. Fusiles en gran número, mosquetes, pistolas, piedras de chispa, pólvora, proyectiles y arneses de cazador correspondían á la parte militar, allí tan estimada. Componían la de boato las muselinas, las joyas y los dulces y esencias; y una y otra fueron ofrecidas á S. M. sherifeña en cajas y bandejas de lujo cubiertas de damascos y bordados de mucho valor.

Y el Sultan, como sus súbditos, cayó en el lazo diestramente tendido, recibiendo al impostor como á un verdadero descendiente del Profeta, sabio astrónomo, político profundo, creyente fervoroso, sin otro fanatismo que el de su lealtad mahometana ni otra ambicion que el honor y la mayor gloria de su antigua y veneranda raza.

Así es que cuando Muley Soliman se volvió á Mequinez ya quiso llevarse consigo á Badía, quien hubo de declinar aquella honra, necesitado de tiempo para hacer en Tánger las últimas observaciones que se había propuesto y preparar su jornada.

Ya tenemos á nuestro viajero, como le llama siempre la correspondencia cuyo juicio forma el objeto del presente escrito, engolfado en su arries-

gada empresa, recorriendo ahora la costa en que descubre las flotas que el editor de su obra con un *sans-façon* admirable dice ser las que riñeron el funesto combate de Trafalgar que, como todos saben, tuvo lugar dos años más tarde, y examinando en ella y despues hasta Mequinez cuanto digno fuera de observar en el objeto que le llevaba á aquel país semi-salvaje y casi desierto. Aquí un aduar le daba la idea de la miseria y de la índole de sus habitantes, sumidos, á la par que en una crasísima ignorancia, en la arrobadora suspension de todos sus sentidos, en el éxtasis que caracteriza á aquella raza tan indolente por hábito como enérgica en ocasiones, más estúpida en ciertos lugares que poética por su origen y creencias y tradiciones. El paso de un rio; el espectáculo de aquellas márgenes cubiertas de una vegetacion exuberante, abandonada, empero, y sin cultura; el tránsito por las poblaciones rarísimas, sucias y repugnantes que hallaba en su camino, casi borrado en aquel abrasado suelo; todo debía ponerle de manifiesto la dificultad insuperable de introducir allí la actividad europea y de sacar fruto alguno del con que á manos llenas parecía derramar la Providencia, inútil, sin embargo, y como despreciado hacia tantos siglos.

Pero, sobre todo, ¡á cuántas reflexiones no se entregaría al cruzar el campo de batalla

«en cuya seca arena
»Murió el vencido reino lusitano,
»Y se acabó su generosa gloria!»

.....

No menciona Badía la fatal jornada de D. Sebastian al atravesar las calles de la que le pareció *triste y monótona* ciudad de Alcázar-Kibir, ni al cruzar las ensangrentadas aguas del Luccos; pero de seguro que no hallaría su memoria de feliz agüero. ¿Por qué, pues, no la recuerda en su libro?

Obsequiado régiamente en Mequinez, no pudo, con todo, permanecer allí más que los días 2, 3 y 4 de Noviembre, teniendo el 5 que acompañar al Sultán en su viaje á Fez, distante 55 kilómetros tan solo de aquella ciudad importante, morada habitual de los sultanes y sitio destinado al depósito y guarda de su tesoro.

Ya en Fez, tuvo que sostener una lucha verdaderamente desigual con antiguos favoritos del Sultán, que se empeñaron en que no se arraigase la influencia que veían escapárseles desde los primeros días en que fué presentado á la corte el sabio, el espléndido y valeroso Abasida. De todos venció, y supo allanar cuantos obstáculos era natural se le opusiesen hasta fascinar por completo al de quien se había propuesto hacer su presa, apoderándose de su corazón.

No era el de Soliman lo duro que nos lo describe el Príncipe de la Paz: todo lo contrario, Ali-Bey pinta al Emperador de Marruecos *como el más moderado de cuantos scherifs habían ocupado el trono hasta entónces*. Era hombre muy instruido en la ciencia religiosa, sóbrio y modesto hasta la exageración de rechazar el uso de los placeres más inofensivos y de prohibir el comercio, por cuyo vehículo

temía pudieran introducirse aquellos y aclimatarse con el lujo y las comodidades. Astuto nuestro compatriota, y halagando en un principio aquellas que en un musulman es necesario llamar virtudes y excelencias, llegó muy pronto á abrirse ancho paso en el favor del temible soberano. Así es que cuando, despues de visitar á Rabat, Dar-el-Beida y Azamor en la costa del Océano, y dando, por consiguiente, el inmenso rodeo del llamado *camino imperial* para evitar el cansancio, las incomodidades y los peligros del camino directo, senda asperísima interceptada por las tribus más inquietas; cuando, tras un viaje de veinticuatro dias, esto es, desde el 27 de Febrero al 21 de Marzo de 1804, llegó á Marruecos, la rivalidad con el fingido Abasida era el mayor de los riesgos á que podía ofrecerse el súbdito más leal y más entusiasta del Emperador.

No entra en el objeto ni en las proporciones de este escrito el pormenor de las artes usadas por Badía para conseguir tamaño resultado, y el sacar de nuevo á luz las envidias que suscitó y los manejos que contra él emplearon sus más que enconados sorprendidos émulos. Lo que importa saber es que si hombre alguno ha alcanzado el favor de un monarca, nadie con muestras más elocuentes y sinceras y dignas que las prodigadas por Muley Soliman á nuestro ilustre compatriota. La alegría que manifestó al verle en Marruecos; la magnificencia de los presentes que le hizo durante el año de su estancia en aquella capital, entre los que los había de vastas posesiones, quintas pintorescas y hasta

mujeres de su propio harem; y las confianzas que llegó á hacerle sobre el gobierno y porvenir de su imperio, lo demuestran á un punto que, sin datos auténticos, se tendría por destituido de fundamento y de verdad, por consiguiente.

Todo esto hace creer que Badía, llegando á sorprender los pensamientos, para los demas reservados, del Sultan, pudo calcular con no pocos datos y entero conocimiento el plan de operaciones que debiera llevarle al cumplimiento de la árdua mision en que tan atrevidamente se había comprometido.

Pero de colocarse en esa situacion, que tanto dice en favor y elogio de Badía, á destronar á su favorecedor, por más armas que le diera con su propia y ciega confianza en él, y á sacar fruto de ya tan extraordinario resultado para, por sí mismo ó por una dinastía nueva, producir la alianza más estrecha, sino la anexion, del Imperio á España, había una distancia inmensa.

Un hombre solo, si bien dueño de vastos conocimientos, en un país ignorante hasta la barbarie, y fingiendo origen y conexiones las más respetables para el patriotismo y las creencias de los habitantes; solo, repetimos, y despertando á cada paso, donde no envidias y rencores, los recelos más fundados, ¿cómo había de manejarse para iniciar una revolucion tan trascendental? Su primera palabra, por encubierta que llegase á los oidos de un marroquí, lo comprometía sériamente; y á la sospecha, bien se le alcanzaba á Badía, como á la luz el rayo seguiría su desgracia. Y no ya la pérdida del favor

obtenido con tanta maña y perseverancia ni el destierro siquiera y el desprecio general y la miseria, sino la muerte inmediata por muchos deseada y por todos aplaudida, como impuesta á un extranjero, á un traidor, asesino y espía.

¿Llegó Badía á exponerse á tan verosímil, si no seguro, peligro?

Si nos atenemos á sus Memorias; si apelamos á las consideraciones que acabamos de exponer, asquibles á los entendimientos ménos despiertos, podríamos decir que nó rotundamente. Pero registremos la correspondencia secreta á que nos venimos refiriendo, y habremos de creer que algo llegó Badía á conseguir de sus manejos en la conspiracion que había emprendido, ó que, viéndolos frustrados, no quiso, sin embargo, darse por vencido ante el irreflexivo ministro de Cárlos IV.

Éste, despues de trasladar á sus Memorias la conversacion en que el monarca rechazó por contrario á su rectitud el proyecto sugerídole tan impremeditadamente, dice: «Grande fué el compromiso de Badía, que se hallaba ya medio á medio del camino peligroso donde se había lanzado más aprisa que conviniera, y el secreto partido ya entre muchos. Su admirable sagacidad halló manera de contentar los conjurados con esperanzas y promesas hasta que le fué dable retirarse sin que ninguno le vendiese. Muley, al fin, años despues, desfalcado su imperio y dividido en bandos, se vió obligado á desceñirse la corona y abdicarla en favor de Abderramen, sobrino suyo. Ninguno de sus hijos pudo haberla.

Sydy-Hescham fundó un Estado independiente con las conquistas que había hecho sobre Sus y otras provincias inmediatas. La ocasion malograda era segura: yo no me había engañado.»

Estas palabras, que han extraviado la opinion á punto de que se hayan creido fundadas en verdad y en cálculos prudentes, son, además de una terminante manifestacion de ignorancia, muy rara en un hombre de Estado, una de tantas inexactitudes tambien como padece el célebre favorito al sincerarse de sus innumerables errores políticos. Sólo la falta absoluta de documentos podía alucinar á personas tan entendidas como las que han considerado exactas y ciertas esas palabras, para encontrar, como algunos han encontrado, con buen cimiento y de éxito más que probable el proyecto de Godoy.

Y si no, confrontemos las fechas.

Alí-Bey debió salir de Marruecos en los primeros dias de Abril de 1805, segun lo que de su libro se desprende. La noticia de haber abandonado la corte de España sus proyectos sobre aquel imperio, noticia que Godoy da como llegada ya al célebre viajero y produciendo los compromisos que se dice haber eludido á fuerza de promesas engañosas, y su salida de la capital del Moghreb, debió por consiguiente expedirse de Madrid al comenzar aquel año, áun calculando una facilidad de comunicaciones casi imposible si había de guardarse el debido secreto y no prescindir de las precauciones más indispensables. Es así que las cartas trascritas, que

revelan y aún demuestran que se estaba muy léjos de echar al olvido planes que, por el contrario, halagaban extraordinariamente, son del 4 y del 14 de Junio; luego hay en las Memorias del Príncipe de la Paz ó error ó cálculo manifiesto que necesariamente habrían de extraviar la opinion en los que no tuvieran á la vista datos que él consideraría quizás perdidos para siempre.

Aun suponiendo que la *corte marroquí* fuese Fez y no Marruecos, la equivocacion es innegable, pues que el Abasida la abandonaba el 30 de Mayo.

Pero todo esto demuestra que en la ejecucion del temerario proyecto de Godoy hubo dos períodos; uno el que menciona con orgullo el Príncipe en sus Memorias, como interrumpido por Carlos IV, y otro que no sabemos por qué no quiere recordar, y que se desprende de los documentos cuya publicacion forma el objeto de nuestro escrito.

«¡Ojalá no se le hubiera coartado la primera intentona!» se dice en una de las cartas que acabamos de transcribir; y esto y las notas de Godoy á la relacion de M. Bausset, señalando la fecha de Junio de 1804, como la en que se hicieron suspender las gestiones de Badía en Marruecos, vienen tambien á probar la interrupcion y el término del primer período.

Pero, ¿por qué Godoy no trae á la memoria ese segundo período? ¿Por qué da por acabado el asunto con la órden del Rey que parece obedecer ciegamente?

¿Por olvido? Imposible, existiendo corresponden-

cia tan larga, y habiendo tenido lugar procedimientos como los que en ella se ponen de manifiesto. ¿Por vergüenza del fracaso y con la esperanza de que no pareciesen unos documentos que habrían de revelar su desobediencia al mandato expreso del Rey y lo torpe y arbitrario de su conducta ulterior? Quizás sea lo más probable.

Todo será objeto de observaciones posteriores cuando, enterados nuestros lectores del resto de la correspondencia, salvada, como tantas otras importantísimas, en el archivo de los duques de Bailén, se encuentren provistos de los suficientes datos para apreciar el juicio y las consecuencias que de ella se desprendan.

IV.

Son diez y ocho, y algunos con tripas, como vulgarmente se dice, los documentos conservados de tan curioso expediente; y aún cuando no hay uno que se pueda considerar como de trámite tan sólo, ó falta de interes, habremos de ser parcos en su publicacion para no fatigar y aburrir á nuestros lectores. Cuantos más presentáramos, más y más datos tendríamos que aducir para ir desentrañando las causas de las consultas en ellos reveladas, de las órdenes que, en consecuencia, se dictaban y de los resultados que producían. Lo que siempre y en todos aparece evidente, es que por parte del Príncipe de la Paz no hubo un momento de vacilacion sobre

la bondad del proyecto, que lo consideró cada día más capaz de resultados pronto, seguros y gloriosos, y que, por lo mismo, lo impulsó con toda la energía de su carácter. Esto, si no favorece á la idea de sus talentos y de su prevision, dice mucho en favor del patriotismo suyo, y, en último caso, del deseo que le aguijoneaba de justificar su encumbramiento.

Uno de esos despachos, acaso el más importante por ser tambien el único que proceda de Badía en el período final de su arriesgada mision, es el siguiente:

«Muy reservada. = Excmo. Sr. = Con fecha en Ushdá de 29 de Junio próximo pasado me escribe el consavido sujeto, encargándome que traslade á V. E. lo que, despues de descifrado, literalmente copio: «Hace 21 dias que estoy aquí; pero estas tribus se hacen la guerra mutuamente; ha habido dos muertes casi delante de mí, y son unos diablos irreconciliables. = Tengo por míos el *Cheik Soliman* y demas principales de Ushdá, y el *Cheik de Boanáni*, que es el campo inmediato. Todos desean la nueva Constitucion para salir de la horrible miseria en que están; pero sus fuerzas son cortísimas, y el País absolutamente abierto para sostener un primer ataque. Por esto, nada puedo hacer sin saltar á las Montañas, lo que estoy negociando. = Tengo á la vista las Montañas de *Benisnuz* y de *Benisnasan*, y si puedo conciliar á estos malditos (para lo qual ha ido alla el Boanáni), saltaré á ellas dentro de tres, ó quatro dias. En tal caso, si no soy atacado antes

de un mes, la Campaña es mia; pero si me atacan ántes, no sé cómo escaparé el pellejo.—Benisnasan está inmediato al Mar, y lo conceptuo de 10 á 14 leguas al E. de las *islas Chafarinas*. En virtud de esto, soy de dictámen que pasen inmediatamente á Melilla todos los auxilios de armas, municiones, efectos, hombres, dinero, etc.; pues si rompo el fuego, quinze dias de tardanza en los auxilios puede causar un mal inmenso; y si soy tan desgraciado, que, ni aquí, ni mas adelante puedo lograr nada, poco se pierde en dicha conduccion.—Por ahora no pensamos en hostilidad Española ninguna manifiesta, pues, al nombre de Cristianos, se armaria toda la Nacion contra Ustedes y contra mí; y á mi nombre solo tengo la mejor parte del Imperio á mi favor.—Muley Absulem acaba de escribirme con la mayor finura; pero su hermano envia acá mil caballos con el pretexto de observar las revoluciones de Argel, Oran, etc. que estan con las armas en la mano; é yo no dudo que dichos mil hombres traygan comision secreta de observarme.—Los caminos estan llenos de bandidos, que abren todas las cartas por registrar si traen dinero.—Si puedo pasar á *Benisnasan*, al instante escribiré á Melilla; por lo qual será bueno que Sanchez marche inmediatamente allá para instruir á aquel Gobernador y cooperarme.—Cuidado no intenten algo los Ingleses, de acuerdo con Sóliman, contra Ceuta, que eso mucho me lo temo.—No tengo limon (¿dinero acaso?)—Agréguese á las Señales que al acercarse el Barco, yo quitaré y pondré dos vezes mi banderola encar-

nada.==Mientras no hay Artillería por aquí, los Barcos pueden acercarse con seguridad hasta tiro de Escopeta, si el fondo lo permite, A Dios.»=Cumplido con lo prevenido con pasar á noticia de V. E. lo que antecede.=Dios guarde la vida de V. E. muchos años.=Tanger 15 de Julio de 1805.=Excmo. Sr.=Antonio Gonzalez Salmon.=Excmo. Sr. D. Francisco Xabier de Castaños: Algeciras.»

Castaños debió manifestar al Generalísimo que á consecuencia de la comunicacion precedente había oficiado al Marqués de la Solana para que hiciese remitir á Melilla los efectos pedidos, los que fuesen más urgentes, que á él le parecía serían armas, municiones y dinero. Y para verificar el envío sin ruido y con seguridad, indicaba Castaños á su colega de Cádiz los medios más propios, que debieron ser aprobados en Madrid por lo que aparece en la siguiente orden firmada, como tantas otras de esta correspondencia, por el Príncipe de la Paz.

«Reservada.=Quedo enterado de la carta de V. E. de 16 del corriente y una vez que ha escrito al Marqués de la Solana, sobre la pronta remesa de auxilios al Viagero, él habrá dicho ó dirá á V. E. si han de salir algunos de Algeciras para Melilla; en cuyo caso estoy muy seguro de la prontitud con que concurrirá V. E. á que se verifique. Haga V. E. que pase luego la adjunta al Cónsul de S. M., y esté á la mira ahora más que nunca de lo que puede ocurrir en Marruecos.=Dios guarde á V. E. muchos años. Madrid 20 de Julio de 1805.=El Príncipe de la Paz.=Sr. D. Xavier de Castaños.»

Al día siguiente de recibida esta orden, esto es, el 25, la contestaba el general Castaños con la noticia de llegarle una parte del material destinado á Badía, que cuando se halle todo reunido, promete remitir á Melilla, *pero con despachos y oficio para Zenta para que si fuesen apresados los Barcos por los Ingleses ignoren el verdadero destino.*

Aquel mismo día, el marqués de Medina, jefe sin duda de la artillería en Cádiz, daba relación detallada de las piezas, municiones y demas pertrechos que debían dirigirse á Melilla, y el 2 de Agosto oficiaba el de la Solana á Castaños que el día anterior había todo salido por el río de Sancti Petri, con oficiales y tropa del arma para el servicio de las piezas y los Profesores de la Armada y el botiquin *para las operaciones facultativas que pudieran ofrecérseles.*

Y concluía el oficio del marqués de la Solana con estas palabras: «Sobre todo recomiendo la pronta remision de dichos efectos á Melilla, pues sabe muy bien V. E. lo que estrechan las órdenes de la Superioridad para que así se execute.»

De manera que no sólo ántes de salir de Fez, sino cuando ya Badía se encontraba en Vudxdah ó Ouschda, como la llama en su libro, ni Godoy cejaba en sus proyectos ni el Viajero parecía dejar de ayudarle en ellos.

En vez de suspenderse las que despues calificaba Godoy de combinaciones del seudo-Abassida, las precipitaba en lo posible, á punto de producirse en Madrid un casi rompimiento con una autoridad que,

en nuestro concepto, debió ser la que representaba el marqués de la Solana.

La corte, como todas las en que influye un privado, sin merecimientos sobre todo, hervía en chismes y en intrigas. Godoy tenía en su contra un partido que le hostilizaba con tanta más ventaja, cuanto que realmente se componía de lo mejor conceptuado en el país, y del sinnúmero, además, de envidiosos que pululan en derredor de todos los tronos y de todos los poderes. Cada providencia suya encontraba, pues, inmediatamente críticos, y cada proyecto émulos ú opositores.

Que debió hallarlos, y en verdad que con justicia, en el de Marruecos, se ve inmediatamente en los volantes á que, al principiar este escrito, nos referimos.

No era grande ni difícil de preparar el material de guerra que debía remitirse á Melilla; y, sin embargo, todo eran obstáculos para su reunion y envío. En Junio se había ordenado; y sólo en Agosto, y gracias á la actividad de Castaños, se disponía su embarque en Algeciras. Pero á cada dilatoria cuya noticia llegase á Madrid, podía observarse una explosion de disgusto y de ira en los que ayudaban á Godoy en su proyecto.

A Solana se conoce que no se le escaseaban los apremios, y de ello es prueba el párrafo últimamente transcrito de su oficio del 2 de Agosto. A Castaños se le ponían de manifiesto el disgusto y la ira en los volantes, no por vía de reprension, que ni la merecía ni se trataba de dirigírsele, sino como

un desahogo ó, á lo más, como una advertencia.

Á una comunicacion de Castaños incluyendo un pliego de nuestro cónsul en Tánger y manifestando que «en la duda del partido que habría tomado el Viajero despues de su detencion, le parecía no deber remitirse á Melilla lo que había pedido hasta recibir noticias posteriores, bien que habría tiempo ántes de que todo estuviese allí reunido,» se le contestaba el 6 de Agosto lo siguiente: «He recibido el pliego de D. Antonio Gonzalez Salmon, que me remite V. E. en su oficio de 30 del pasado, y espero el aviso de la salida de los pertrechos destinados á Melilla.—Dios, etc.—El Príncipe de la Paz.»

Con esta órden tan seca, llegó á manos de Castaños un volante que dice así: «Reservado.—Ahí va una puntada que da márgen para que Vm. se ponga en buen lugar y explique sobre esa escandalosa pérdida de tiempo. Yo ya tengo ajustada la cuenta del que podía haberse ganado, y si por él se pierde la ocasion me oirán los sordos. Nunca han tenido más rabia que ahora los del partido contrario, porque se acerca el tiempo de hacer justicia, y se hará. Ya uno de los enredadores saltó de San Lúcar. Á los demas les llegará á su tiempo su San Martin. Si Lafuente no le habla á Vm. de que se haga algun empuge á su favor, saquele Vm. la conversacion y ponganse de acuerdo en el modo y el tiempo. Los honores de Medico de Camara creo deberian pedirse para él.»

Esto se escribía, segun acabamos de decir, el 6

de Agosto, y el 9 se enviaba á Castaños esta otra orden con el estado á que se refiere y su correspondiente volante:

«Reservada.—Como nada se aventura en que los auxilios pedidos por el Viagero se hallen en Melilla, y pudiera perderse mucho sino estuviesen prontos quando los reclamase, dispondrá V. E. que salgan inmediatamente los que hubiese ahí y pudiese V. E. proporcionar, en caso de que no hubiesen ya llegado todos de Cádiz. Por la nota adjunta verá V. E. lo que debe dirigirse á la mencionada plaza, y debía haber estado ya pronto en esa ó la de Ceuta, segun mis anteriores prevenciones y el tiempo suficiente que ha mediado. Veo que no ha consistido la detencion en V. E.; pero confío en que procurará con su actividad y zelo ganar el tiempo perdido, reservando esta especie, para no empeñarse en contextaciones inutiles y ocuparse sólo de los fines del servicio.—Dios, etc.—El Príncipe de la Paz.»

El volante era así: «Amigo mio: Lo 1.º es lo 1.º Haga Vm salir volando y escoltado lo que está pronto. Luego puede ir lo demas. En lugar de haber motivo de detencion, exige el estado de las cosas mayor prontitud. No se empeñe Vm en camorras con Pancho, y digale Vm solo que el Generalísimo le ha mandado salga inmediatamente lo que está ahí, y puede Vm remitir de la nota que se le ha enviado á Vm: esto en caso de que se meta á reconvenir á Vm sobre sus operaciones. El anda malo y aquí somos buenos; esto le vale; pero ni tan calbos que se nos vean los sesos. El Gobernador de Málaga

está en el secreto. Si Sanchez no se hallase por ahí envíe Vm la adjunta por el dicho Gobernador á Melilla despues de leerla y cerrarla. A Dios.»

Por fin llegó de Cádiz la totalidad del material pedido, con el inconveniente, empero, de que, no enviándose la cartuchería hecha, era necesario construirla, y en Algeciras no existía más que un hojalatero que pudiera hacerlo en las condiciones que exigía el Jefe de Estado Mayor de Artillería.

El Subinspector del arma en Cádiz tenía dadas sus providencias para que fuesen de Sevilla los hojalateros que fuesen necesarios; pero hubo que mandarlos desde aquella misma plaza. Al manifestar Solana que ya había dictado esa providencia, bien tardía por cierto, aprobaba la consulta que hacia al Gobierno y le comunicaba Castaños sobre el destino de aquellos efectos, consulta cuya minuta autógrafa dice lo siguiente:

«Por el adjunto oficio del Comandante General de Artillería de esta Division, se enterará V. E. de los efectos que han llegado de Cádiz, los que ahora se aguardan de Sevilla, y de la indispensable demora para arreglarlo todo, construir la cartuchería y empacarlo de modo que sin confusion ni mezcla pueda llegar á su destino. No se perderá momento en la execucion, zanjaré las dificultades que ocurran, y entre tanto podremos recibir noticias del Viajante que determinen el paraje en que le acomode recibir este tren. Tambien me ha remitido el Marques de la Solana 100.000 reales vellon que deben entregarse quando se presente á D. Antonio Rodriguez

Sanchez, Vice Cónsul de Mogador = Dios, etc. = Buena Vista 5 de Agosto 1805 = E. S. P. de la Paz.»

«Quedo enterado, se le contestaba el 13, de la carta de V. E. de 5 del corriente y del oficio que incluye de ese Comandante de Artillería. Me parecen muy bien las disposiciones que toma V. E. para activar la salida de esos efectos destinados á Melilla, y ruego á Dios guarde su vida muchos años. = El Príncipe de la Paz.»

El volante era más apremiante todavía: «Amigo mio, decía: Interesa mucho saber ahora prontamente lo que ocurra, y se atrasan las cartas bajo pliego del Ministro cuando la Corte está en la Granja. Vengan, pues, en derechura á mí, con mis pelos y señales y á Madrid siempre.»

La expedición del célebre viajero á Oudxdah, esto es, al extremo oriental del Imperio en Al-Gharb ó Algarbe, ¿no dice nada al iniciador y alma en Madrid de aquella conjuración contra sus proyectos y respecto á la situación de su principal agente? Por el contrario, es cuando ve los resultados de su trama próximos á manifestarse y con un éxito seguro.

¡Qué ceguedad!

Se comprende, aunque difícilmente, á Badía alucinado con la ilimitada confianza que en él llega á depositar el Sultán, con la humillación de los cortesanos y el favor de que se ve objeto por parte de un pueblo que le considera santo, además de descendiente del Profeta, sabio y poderoso; se comprende á Badía orgulloso de triunfos que ni soñaría y con ánimo para acometer empresa tan arries-

gada como la de destronar á todo un Emperador.

Pero se comprende en Marruecos ó en Fez, donde un golpe de mano de los conspiradores, aunque supongamos que llegara á reunir algunos, y, lo que es más difícil, allí como en todas partes, á que se presentasen á ayudarle en los momentos decisivos, sorprendiendo á la corte é impidiendo todo preparativo de defensa, derribara el trono y acabase con la dinastía de los Cherifes. Consumado hecho tan trascendental, los sublevados proclamarían á su jefe, y el Abassida sería entronizado, y, supongamos aún más, reconocido en el Moghreb por las tribus más rebeldes y en Europa por todas las naciones.

Marruecos ha visto en otros tiempos esas trasformaciones, y ejemplos de ello se presentan en Edris durante el siglo X, en el Alfaqui de Fez, cabeza de los Almoravides, en El Mehedi y otros varios que, como Mohammed-ben-Ackmet, con sus predicaciones ó sus hazañas, su ciencia ó sus intrigas, arrastraban en pos de sí una multitud, tan ignorante, ciertamente, hoy como ayer y siempre.

Eso cabe en lo posible, y lo hace la manera de ser de los pueblos mahometanos; pero ese camino parece abandonado en Agosto de 1805, desde que Badía toma el de la frontera con el pretexto de continuarlo á Argel y la Meca. ¿Qué va á hacer allí? ¿Sublevar unas kábilas que han estado en constante rebelion casi desde que existen?

¿Influirá á su cabeza, caso de que se le unan y con los auxilios que pueda recibir de nuestros presidios, en la suerte del Imperio? ¿Qué locura!

Una vez puestos á descubierto sus planes, los partidarios que haya dejado en la corte, viéndole léjos, y temblorosos ante un poder cuyo primer acto, se sabe de tiempo inmemorial, es el de coronar los muros de las ciudades con las cabezas de los que se supone descontentos ó conspiradores, se ocultarán en vez de manifestarse, si es que, para disimular su propio delito, no se presentan como los más indignados por la ingratitude y deslealtad del Insurrecto.

Los Rifeños y los Árabes con que decía contar nuestro compatriota, podrian dar al viento sus pendones proclamando al Santo y al Sabio, restaurador de la patria; pero aislados en aquel rincón del Imperio, pasaría mucho tiempo ántes de que el fuego de la insurreccion, áun siendo intenso y voraz, se propagase por todos los ámbitos de tan vasto territorio, con capitales de tan diversos y encontrados intereses. Para entónces, y conocidos inmediatamente en Europa los lazos de la sublevacion con nuestro Gobierno, las principales naciones, unas por los que las unen al marroquí, otras por celos y otras por evitar todo motivo de nuevos conflictos, desaprobarian una conducta tan falaz en Badía y tan peligrosa en Godoy.

Pero, ¿por qué nos hemos de entregar á tantas y tantas consideraciones como se desprenden de proyecto tan temerario? Estamos muy seguros de que no hay uno de cuantos reflexionen sobre el asunto en que nos ocupamos que no lo condene, haciéndoselas mucho más lógicas y elocuentes.

V.

No dejó tampoco de hallar Godoy obstáculos para su empresa en los agentes mismos que la confianza ó la necesidad le hicieron elegir. Se nos figura que á la cabeza de la lista y como uno de los que, entre ellos, le puso más entorpecimientos, debe colocarse al marqués de la Solana, hombre que se conoce debía gozar en la corte de gran valimiento cuando el Favorito no se atrevía á arremeter con él y evitar así las dilaciones que, intencionadamente al parecer, causaba en su proyecto.

D. Francisco Solano, el *Pancho* indudablemente de los volantes, más que por el de la Solana, conocido despues por el título de Marqués del Socorro, debía, con efecto, pesar mucho en la opinion ó en la corte. *Gallardo, valiente, sociable y purísimo*, como le llama un historiador moderno, había adquirido grande y honrosa nombradía por sus servicios, conocimientos y carácter. Se había distinguido en las campañas del Rosellon y Portugal; pero á ese timbre reunía el de haber acompañado á Moreau en su célebre retirada al Rhin, timbre más glorioso generalmente en pueblos, como el nuestro, amantes de todo lo extraordinario.

Era vehemente hasta hacerse arrebatado; y, por eso sin duda, temía el autor de los volantes, el mismo Godoy, pues que no podían escribirse sino por inspiracion suya, el que Castaños se empeñase en polémica alguna con quien, además, revestía la

autoridad de Capitan general de Andalucía. A la residencia en Sevilla, prefería la de Cádiz, por los sucesos marítimos, acaso, que por aquel tiempo se estaban esperando en aquella costa; preferencia que, sin embargo, no impidió el injusto y bárbaro y horrible asesinato de que hizo víctima tres años despues el populacho á tan bravo como entendido y pundonoroso general.

En toda la correspondencia á que nos vamos refiriendo se descubre una frialdad que bien podría encerrar la desaprobacion, aunque tácita, del proyecto de Godoy. La lentitud en los preparativos de un tren tan pequeño como el solicitado por Badía, insignificante al lado de lo que debía importar el abastecimiento de las escuadras surtas en Cádiz, cuando andaban en vías de ejecucion los grandiosos planes del Emperador de los franceses para dominar en los mares de Europa, meses ántes de la fatal jornada de Trafalgar; la lentitud, repetimos, en el apresto de unas cuantas piezas de artillería, 2.000 fusiles y algunas municiones; la aprobacion á cuantas consultas produjesen una dilatoria, siquier momentánea; y los recelos que muestran los despachos de Madrid respecto á la conducta suya, revelan que el plan de Godoy sobre Marruecos no merecía á Solana más que una accion reducida, en este segundo período al ménos, al estricto cumplimiento de las órdenes del Gobierno. Y en ocasiones como aquella, ya se sabe lo que entorpece el espectáculo de una autoridad sin el propósito decidido, la energia y la iniciativa que animan y empujan á

los que de ella dependen hasta obtener el éxito que se busca.

Nada se dice respecto á los recursos con que pudiera contar el *Pescado* de la clave, D. Antonio Gonzalez Salmon, nuestro Cónsul en Tánger. Vemos que tambien servía de intermediario entre el Gobierno español y D. Domingo Badia; pero nos son desconocidos sus procedimientos para recibir las comunicaciones de Badía y trasmitirle las que el gobierno le enviaba. Si atendemos á la correspondencia publicada por Bausset, sabremos el concepto que Salmon merecía al Príncipe de la Paz en Junio de 1804. «El Cónsul de S. M., D. N. Salmon, decía al Marqués de la Solana, ha dirigido muy bien la introduccion del viajero, así como su correspondencia; ha allanado tambien los obstáculos de estos primeros momentos, y ha dado pruebas de prudencia y habilidad. Podria, sin embargo, suceder otra cosa si llegara á saber que las operaciones científicas pueden convertirse en militares. Tiene muchas mujeres en casa, está dominado por ellas, y su trato frecuente ha debilitado su carácter, haciéndole poco á propósito para secundarnos. Este Cónsul tiene, por otra parte, muchas relaciones con todos los comerciantes de Marruecos, y si abrigara el menor recelo de ver comprometida su fortuna, no hay duda de que principiaría por retirar sus capitales y salvar lo que posee, lo cual necesariamente alarmaría á los moros y á los demas cónsules extranjeros. No se necesitaría más para trastornar todo nuestro plan. La máxima verdadera en política es que no

debe concederse á nadie más confianza que la que pueda merecer; es necesario proporcionarla siempre á las cualidades reconocidas y confirmadas: así es que se le ha hecho un misterio de cuanto se proyecta.»

Se conoce que se pensaba de otro modo en 1805; pero todo hace creer que no serían sobrados los medios que se proporcionaban á Salmon cuando tan parca anda la correspondencia en enumerarlos, como enumera los del material preparado para Melilla y la cantidad que apénas pudo reunirse entre Cádiz y Algeciras para Rodriguez.

Después de Badía, este Rodriguez debió ser el agente más útil de aquella conjuración. El cargo que ejercía de vicecónsul de Mogador, poniéndole lo más cerca posible de Alí-Bey durante la estancia de éste en la capital y sobre el camino que la enlaza con toda la region septentrional del imperio próxima á España, le ofreció ocasiones, pretexto y medios para comunicar con el viajero su compatriota y proporcionarle disimuladamente los recursos que le fueran ó pudieran serle necesarios. Las ofertas, en cuanto á su fortuna y gloria, que le hizo Godoy; su sagacidad y cordura; su estado, pero, sobre todo, el ánsia que parecía animarle de señalarse en la ejecución de un proyecto que había empezado por pintar como posible y áun fácil al Generalísimo, llegaron á colocarle en el puesto que le hemos conferido de primer agente de la empresa después del en quien realmente descansaba toda la pesadumbre de tan artificiosa y delicada fábrica.

Cuando vemos, sin embargo, que 5.000 duros eran socorro que se consideraba como suficiente para las eventualidades de aquella época en tan grandiosa y difícil misión, nos preguntamos nosotros: ¿qué podía hacer de fructuoso aquel hombre, por hábil que fuese y por relaciones que hubiera adquirido en un país en que, como vulgarmente se dice, tendría que ir con el bolsillo abierto si había de hallar hombres suficientes, traidores, á la vez, á su soberano y á sus creencias?

Si Badía, Rodríguez y Salmon eran en Africa los puntos en que aquella intriga se apoyaba, éralo en España sobre todos D. Francisco Amorós, Coronel y Oficial del Ministerio de la Guerra, Secretario del Rey y persona de grande influencia en el ánimo del Príncipe de la Paz. Era, además, regidor perpetuo de Sanlúcar de Barrameda, donde estableció un jardín de aclimatacion que fué destruido en el levantamiento de 1808, maestro de S. A. el Infante don Francisco de Paula, Consejero de Indias despues, y hombre, en fin, que por sus conocimientos, trato, favor y riqueza atraía á su lado una numerosa y animada sociedad.

Pero tememos que todas esas condiciones naturales y adquiridas, torciendo quizás una índole ó un genio verdaderamente útiles, llegaron á constituir lo que hoy llamamos un hombre listo; pues así en su conducta posterior como en sus escritos para justificarla, vemos la ligereza y la petulancia de su carácter, la falta de solidez y de fondo en la que no se cansaba de hacer aparecer como instruccion

vasta, profunda y excepcional para aquellos tiempos.

Mucho hemos de equivocarnos si este Amorós no es el autor de las misteriosas cartas con que empieza el presente escrito, autor también de los volantes que en forma de caballete acompañan á los más importantes despachos y órdenes, á la vez transcritas, del Príncipe de la Paz. El estilo de desenfado en que se hallan esos papeles redactados, la forma de la letra y hasta la rúbrica, comparadas con las de documentos auténticos que existen en los archivos del Estado y en manos de particulares, nos hacen opinar así, corroborándose nuestro juicio con el importante papel que Godoy asigna á Amorós en la tenebrosa intriga de Marruecos que nos ocupa.

Los viajes de Amorós á Cádiz, sus conferencias con Solano, las alusiones y citas que se hacen á sucesos y cosas de Sanlúcar; todo hace presumir que á él pertenecen esos preciosos é importantísimos documentos.

Estas eran las fuerzas y estos los motores de la intrincada máquina con que se trataba de remover un imperio, si no robusto por sí mismo, pues que lo debilitaban su constitucion, su aislamiento y la ignorancia de todos sus elementos, dotado con la fortaleza de la necesidad imprescindible de su existencia como nacion independiente para el sostenimiento del equilibrio en Europa. Y esto, volvemos á decir, cuando nuestro Gobierno tenía sobre sí el gravísimo compromiso de ayudar á Napoleon en la más difícil quizás de sus colosales empresas.

¿Quién no conoce la de su intento de desembarco

en la Gran Bretaña? Se había reunido en Boulogne el ejército más poderoso hasta entonces de las edades modernas, el cual no cesaba un punto en la tarea de su instrucción táctica. A su vista se creaba una masa llamada escuadrilla, masa enorme de innumerables embarcaciones, procedentes de todos los puntos de la costa desde la de Normandía hasta Holanda, destinadas á recibir las tropas y con medios para, reunidas, combatir con algunas probabilidades de fortuna á los buques de alto bordo que pudieran oponérseles. El objeto de tan agigantados esfuerzos no podía ser otro que el de atravesar un día el canal de la Mancha y lanzar en la costa opuesta 200.000 soldados que, dirigidos por el Emperador en persona, impusiesen la ley á la indómita é irreconciliable Albion, en quien veía la Francia el único obstáculo puesto á su engrandecimiento.

¿Bastaban, con todo, esos esfuerzos para tal propósito? No bastaban: y eso ha hecho suponer á muchos que todo ello se reducía á una amenaza á Inglaterra y á un recurso político para las variaciones que durante aquel célebre campamento se introdujeron en la constitucion de la Francia.

No bastaban; y fué necesario idear una combinacion de aquellas grandiosísimas á que tan dado era el ya Emperador de los franceses; combinacion que le hiciera dueño del Paso de Calais por una ó dos semanas, el tiempo suficiente para, nuevo César, invadir y conquistar la Inglaterra. Podría ó nó volver, que ya al sustituir en 1799 á Hoche en el mando del ejército formado por entonces con idéntico ob-

jeto, había puesto en duda la posibilidad del regreso; pero ahora, como antes, abrigaba la esperanza de una victoria tan decisiva que le haría árbitro de la Gran Bretaña, dueño de elegir entre el aniquilamiento del país ó una paz honrosa y definitiva.

Para eso, ideó una campaña marítima en que la escuadra de Tolon, despues de distraer á Nelson con la amenaza de una nueva expedicion á Egipto y burlarle pasando el estrecho de Gibraltar, se reuniese á las de Rochefort y á las españolas de Cádiz y el Ferrol, para juntas dirigirse á las Antillas, á donde iría tambien la de Brest tras de eludir el bloqueo de que era objeto aquel puerto. Despues de recuperar la isla de Trinidad, cedida á los ingleses en el tratado de Amiens, las escuadras aliadas volverían á Europa; y, aumentando sus fuerzas con la del Ferrol y la francesa que, como ella, no hubiese podido romper el bloqueo, marcharían al canal de la Mancha para dominarlo todo el tiempo que Nelson perdiese en seguirlos por los mares de América, suficiente para la invasion proyectada en las islas británicas.

La impericia del almirante Villeneuve, á cuyo cargo se puso la ejecucion, y accidentes muy comunes en combinaciones tan vastas, hicieron que fracasara aquella empresa, y que las escuadras, despues de algun combate más que dudoso y de tropiezos quiza inesperados, se refugiaron á Cádiz.

¿Era, pues, época aquella para proseguir en la mision confiada á Alí-Bey? Es, por lo ménos, muy

discutible; y ciertamente que, de haberse logrado algo en ella, hubieran surgido en la política europea complicaciones más graves, si cabía, que las que andaban las escuadras tratando de desembarcar en el Océano.

La temeridad era manifiesta; mucho más en la impotencia en que se veía España para sostener las resoluciones que entrañaba y las consecuencias á que pudiera dar lugar. Si ántes de declararse la guerra á los *pícaros que nos dejaban estupefactos* al llevarse *las cuatro perlas* robadas en el cabo de Santa María; si en plena paz y el mejor acuerdo no hubieran consentido los *salteadores de caminos acuáticos*, como llama á los ingleses la carta con que se encabeza el presente escrito, la anexión ni aun una alianza estrecha del imperio de Marruecos; si Napoleon no la hubiera aprobado sin compensaciones para nosotros onerosísimas, ¿qué hubiera sido en los momentos de una lucha encaminada á decidir de una vez para siempre de la suerte del viejo continente?

¿Bastaría la fuerza de nuestros presidios para mantener el dominio del África Occidental? ¿Servirían los miserables jabeques con que se lograba comunicar entre ambas costas para trasportar los refuerzos cada día y á cada punto más necesarios en la opuesta á España? Los resultados obtenidos por la mal tramada intriga, y los restos de nuestra antigua dominación desaparecerían como el humo sobre que se había fundado tal proyecto en la calenturienta cabeza de su inventor.

A pesar de estas consideraciones que parece imposible se escapasen á su penetracion ó á la de los que le rodeaban, dueños del secreto, Godoy persistía en su desgraciado plan, y con la insistencia que hemos podido observar en sus providencias hasta el 30 de Agosto de 1805, en que aparecía «enterado »de hallarse embarcados y prontos para salir todos »los efectos, oficiales y tropa que iban á Melilla.»

VI.

Era el 3 de Setiembre siguiente cuando llegó á mostrarse desistiendo de sus ensueños de gloria en África, por tanto tiempo acariciados.

Y ¿por qué?

La comunicacion oficial de aquella fecha dice así: «Reservada=La repentina sublevacion de Argel hizo que el Emperador de Marruecos enviase tropas á los parages en que el Viagero executaba sus conuinaciones, y aunque no han podido justificárselas, como estaban ya alarmados, impidieron su reunion con los Arabes de las Montañas en el crítico momento de ir á verificarla. Por resultas de todo esto ha venido á Larache y se propone desembarcar en Algeciras. En el caso de que lo logre le recibirá V. E. con la cautela correspondiente, y conferenciarán con mucho secreto sobre el estado de sus relaciones con aquel Imperio, manifestándole V. E. las providencias que se habian tomado para socorrerle. En

vista de lo que resulte de esta sesion dispondrá V. E. por el pronto lo que convenga en punto al destino de esos efectos, si aún se hallan ahí y si quisiere el Viagero venirse á Madrid de incógnito como lo tiene dicho, le facilitará V. E. un pasaporte en los términos que solicite, dándole esa órden para que le dejen pasar por los Cordones. V. E. puede esparcir las voces que crea conducentes, de acuerdo con el Viagero, así para deslumbrar á los de Marruecos sobre la acogida que tenga en España, como para que los Naturales no sospechen que tienen esos aprestos la menor relacion con su persona. Por esto, y porque Melilla necesita efectivamente algun socorro, verá V. E. si conviene hacer salir algun Buque con cierto número de hombres y algun otro artículo, dando el pretexto que se quiera á la detencion de todo lo demas y avisándome lo que ocurra para las ulteriores providencias. Dios guarde á V. E. muchos años. Madrid 3 de Setiembre de 1805—El Príncipe de la Paz.—Sr. D. Xaviera Castaños.»

A la precedente comunicacion iba unida la órden á que la misma se refiere y que consiste en un pliego en forma de *pase*, que dice así: «Se permitirá pasar por los Cordones y demas puntos del resguardo al que presente esta órden, sin detenerle mas que lo preciso para reconocer mi firma, pues así conviene al Real servicio. Madrid 3 de Setiembre de 1805—El Príncipe de la Paz.»

Acompañaba, á su vez, al pase su correspondiente volante de letra igual á la de los anteriores, y

que decía: «Ya sabes donde vivo, y que no puedes poner el pié en otra parte. Vente quanto antes, y aleja como mal pensamiento toda nueva esperanza de conquista, pues desea el Protector se acabe quanto antes todo esto, y que te ocupes de la redaccion de tu Viage.»

El pase y el volante iban dentro de un sobre, que más tarde debió abrirse, y en que se lee lo siguiente: «Para Alí-Beik-Abd-Allah en su mano propia, quando se aviste con el General del Campo, y si llegase á otro punto de España inmediato se le enviará á él con toda seguridad.»

Quien conozca las vicisitudes posteriores de Badia, comprenderá por qué el pase no llegó á sus manos y aparece ahora en las nuestras, despues de tantos años de haberse conservado en las del ilustre veterano, agente de los más importantes en la que Godoy llamaba siempre una de sus hábiles combinaciones. Pasado algun tiempo, y cuando abismado el favorito en la desgracia que le señaló como uno de los ejemplos más elocuentes de lo tornadizo de la fortuna y de lo transitorio del poder, si no se funda en servicios y mérito indisputables, debió romperse el sobre y ofrecer el conocimiento, ahora precioso y entónces fácilmente conjeturable, de su contenido.

Ahora bien: ¿tiene algo que ver la causa aquí expuesta del desistimiento de la empresa de Badia con la estampada en las Memorias de Godoy? Si esa causa fuera la voluntad de Cárlos IV, repugnando una trama que él consideraba como indigna de un

soberano que, á esta cualidad tan obligante, reunía la de aliado entónces del Sultan, ¿por qué no ponerla de manifiesto á los agentes á quienes se comunicaba y decidir como poder lo que, de otro modo, parece revelacion de un fracaso vergonzoso?

Peró si acudimos al mismo Badía para conocer esa causa, hemos de averiguar dos cosas muy importantes: 1.^a, que el desistimiento de Godoy procedía de la impotencia en que se veía para proseguir sus planes el célebre viajero; y 2.^a, que éste, si prometió cuanto se dice y quiere hacer creer el Valido, no fué porque se encontrara en las orillas del Muluya con medios suficientes para llevar adelante y con éxito la mision en que se había comprometido.

La relacion de Badía, lo mismo que las de sus encomiadores, convienen en que, al llegar aquel á Vudxdah, le detuvieron los naturales haciéndole conocer la revolucion de Argel y los atropellos á que turcos y árabes se entregaban en Tremecen. Convienen además en que, proporcionándose noticias á los pocos dias más tranquilizadoras, é influyendo con sus palabras y con la autoridad que le daba la fama de su nacimiento y de su mérito sobre los habitantes de la ciudad y de las tribus vecinas, logró hallar escolta que le acompañase á Tremecen, protegiéndole contra los rebeldes que infestaban los caminos.

Luégo abandonaba el Imperio, y con tal empeño y tanta premura, que no eran los peligros que le amenazaban obstáculo suficiente para impedirle la

entrada en la vecina Regencia. Y llegó á emprender la marcha, y la hubiera ejecutado sin la intervencion del *Kaid Dlaiïmi*, delegado del Emperador, que le obligó á retroceder á Vudxdah.

Es verdad que Badía anduvo en negociaciones con los árabes de las montañas, como dice Godoy; pero ¿era para que le acompañasen á Argel, ó era para que se sublevaran contra el Sultan y favoreciesen los proyectos de nuestro gobierno? En este caso no se hubiera llevado á efecto lo que es más elocuente que todos los discursos y que todas las conjeturas, la salida de Badía para Argel; en ese caso no se le hubiera permitido detenerse en Vudxdah, foco de la conspiracion, hasta recibir nuevas órdenes del Emperador, y; por último, ¿cómo se le había de consentir su vuelta á Larache por los puntos donde podría haber dejado inteligencias entre los enemigos del Sultan?

No hay más que comparar con la carta que hemos transcrito de Badía la relacion que estampa en sus Memorias sobre su estancia en Vudxdah para engolfarse en las mismas dudas que venimos exponiendo.

«Apénas, dice en ellas, hube llegado (á Vudxdah), el jefe y los principales del pueblo me declararon que no podía pasar adelante, porque el mismo dia habían recibido la noticia de la revolucion que acababa de estallar en el reino de Argel, y que en *Tlèmsen* ó *Tremecèn*, á donde yo me dirigía, no cesaba de correr la sangre de los turcos y de los árabes.

»Despues de muchas discusiones y de haber reflexionado maduramente, me decidí á enviar un correo, el que de vuelta me trajo la noticia de que los alborotos sucedidos en la ciudad de Tlémsen se habían apaciguado, pero que los caminos estaban infestados de rebeldes que robaban y asesinaban.

»Pedí al momento una escolta al jefe de la poblacion, y me respondió que no tenía bastantes fuerzas, pero que cuidaría de arreglar las cosas á placer mio.

»Al cabo de dos dias, el jefe y los principales de Ouschda hicieron venir al *Shèk el Boanàni*, que es el jefe de una tribu vecina, y le propusieron el conducirme á Tlémsen. El *schek* rehusó desde luego, y despues de haber discutido largo rato, se marchó sin haber decidido nada.

»Muchos dias habían pasado en negociaciones inútiles: sin embargo de que los revoltosos se acercaron hasta las murallas de Ouschda; disparando algunos tiros de fusil que mataron á dos hombres. Mi posicion se hacía cada vez más crítica, pues por una parte se agotaban todos mis medios de subsistencia, *y por otra sabía que mis enemigos de Marruecos se habían valido de mi larga permanencia en Fez para hacerme sospechoso al sultan.* Persuadido yo de que no dejarían de aprovecharse de esta circunstancia para desacreditarme, tomé el partido de montar á caballo para ir solo á buscar á Boanani, el que tenía su aduar á dos leguas de distancia al pié de las montañas.

»Mi gente se sobrecogió de espanto con esta no-

ticia, á excepcion de dos renegados españoles que se habían reunido á mí cuando salí de Fez, los que en este crítico momento se presentaron diciéndome: «Señor, si usted nos lo permite, nosotros le seguiremos y participaremos de su suerte.» Los miré con atencion, y viendo que eran hombres de resolucion, les mandé tomar las armas con el fin de que me siguiese uno, quedándose el otro con mis equipajes.

»Iba á marchar acompañado de un fiel esclavo llamado Salem y de mi renegado; mas encontré cerrada la puerta de la ciudad, y sus principales habitantes, en número de cuarenta ó cincuenta, decididos á prohibirme la salida.

»Yo los conjuré que me dejasen marchar; y me respondieron casi todos á la vez, los unos con razones y los otros con gritos. Yo insistí; ellos resistieron. En fin, dirigiéndome al principal de ellos, tomé una de las pistolas del arzon de mi silla, y con un tono entre amistoso y amenazador, le dije: «*Schek Soliman*, hemos comenzado bien, y creo que vamos á acabar mal. Abrid la puerta.» Entónces *Schek Soliman*, sacando por un lado la viga que atrancaba la puerta, la abrió diciendo á los demas: «Pues él quiere perecer, que haga lo que quiera.»

»Salí yo, seguido de mi esclavo y de mi renegado, dirigiéndome hácia las montañas de Boanani. Pocos momentos despues que había partido ví llegar á escape á los mismos habitantes, que venían á reunirse á mí para escoltarme; se acercaron excusándose de su resistencia, la que no tenía otro

objeto, segun decían, que su interes por mí y el temor de una desgracia.

»Fuimos muy bien recibidos por Boanani, el que desde luego nos convidó á comer dándonos una excelente comida; pero él encontraba siempre mil obstáculos para conducirme solo hasta Tlemsen. En fin, convencido por mis persuasiones y las del Schek Soliman, que me sirvió muy bien en esta ocasion, se convino en arreglarse con el schek de otra tribu, llamado *Benisnuz*. *Este último debía aguardarme con su gente á mitad de camino, para escoltarme hasta Tlemsen*, y el Boanani se encargaba de conducirme hasta allí.

»Dos dias despues vino Boanani á avisarme de estar pronto para el dia siguiente. Se presentó, en efecto, *con cerca de cien hombres, y salimos al momento de Ouschda*. Apenas estuvimos á media legua de distancia, cuando dos soldados del sultan vinieron á todo escape gritando nos detuviéramos. A éstos les seguía un cuerpo de tropas mandado por un oficial superior de la guardia, llamado *El Kaid Dlaïmi*. Él me anunció que el sultan, sabiendo que yo estaba detenido en Ouschda, lo enviaba para protegerme y para defenderme si fuera necesario.

»Yo le hice saber que la revolucion de Argel y de Tlemsen, así como los robos de los revoltosos, eran los únicos motivos que me habían detenido, y que supuesto había pasado el peligro, podía continuar mi camino con seguridad, tanto más, yendo escoltado por las tribus de los boananis y de los benisnuz.

»Apesar de mis razones, Dlaïmi me declaró que

en tal estado de cosas no podía consentir en mi viaje hasta recibir nuevas instrucciones del sultan. Me vi, por consiguiente, obligado á entrar en Ouschda y escribir al sultan.

»Luego que éste recibió mi carta, me envió otros dos oficiales de la corte, con la órden de conducirme, segun decían, á Tánger, con el fin de poder embarcarme para Levante. Esta órden del sultan me obligó á salir de Ouschda con mi gente y equipaje el 3 de Agosto á las nueve de la noche. *Iba acompañado de dos oficiales y treinta udaías ó guardias de corps del sultan.* Dejé en Ouschda al Kaid Dlaimi con el resto de su tropa. Sali tan tarde, *á causa de que Dlaimi había tenido aviso de que cuatrocientos árabes armados me esperaban en el camino.* Me ví obligado á salir en secreto y sin saber qué camino había de seguir, hasta el momento de marchar, en que Dlaimi lo indicó á mis conductores. Dejando á un lado el camino ordinario, atravesamos hácia el S., metiéndonos en el desierto. La noche era mui oscura y el cielo estaba enteramente cubierto de nubes.»

Hemos subrayado algunas frases para llamar la atencion de nuestros lectores hácia las que pudieran tener alguna relacion con la empresa confiada á Badía, y para hacer al mismo tiempo comprender las dificultades de todo género que tendría que arrostrar, unas frente á frente del Sultan sospechando quizás de su buena fe, y otras respecto á Godoy que le exigiría no pocas y graves responsabilidades.

La habilidad, sin embargo, de Badía en el arte de conspirar debía ser muy grande, si en efecto conspiró como han creído con el Príncipe de la Paz los que han dado fe á sus Memorias y á las correspondencias hasta ahora publicadas.

Pues qué, si en Marruecos se hubiera sospechado con algun fundamento de los intentos de Badía, ¿se le habría conducido sano y salvo á un puerto tan próximo á la costa española? No sería, de seguro, por miedo á nuestro gobierno; pues de lo contrario da una prueba incontestable una de las comunicaciones que encabezan el expediente en cuyo exámen nos venimos ocupando, la que principalmente se dirige á comprometer al general Castaños en la aventurada empresa del Príncipe de la Paz. No la hemos estampado ántes por dar mayor interes al escrito haciendo misterio de las cartas que hemos colocado á su frente, tan enigmáticas como chocantes, y esperando momento oportuno para explicar con tanta ó mayor claridad que con la de su cargo en el campo de Gibraltar, el por qué de la eleccion de Castaños para agente de los más necesarios, activos y eficaces en una aventura de cuyo éxito hacía depender Godoy una de sus glorias más brillantes y el engrandecimiento de nuestra patria.

Héla aquí:

«A los muchos agravios que el Emperador de Marruecos ha hecho á España, decía el Príncipe de la Paz en 26 de Mayo de 1805 al General Castaños, agrega en el dia uno de la mayor consideracion. Se empeña en que V. E. como Comandante general de

ese campo (de Gibraltar) ha de ser castigado en Tánger en satisfaccion del desayre que supone se le ha inferido, haciendo fuego la Bateria de la Punta de Carnero á la Fragata Marroquí que desconoció. Dos veces ha insistido en tan violenta y extraña proposicion, amenazando con la guerra si no se accede á ella; pero la combustion interna que debe ocuparle muy pronto, disipará el fuego con que nos amenaza, y si son felices los resultados se vengarán de una vez muchas ofensas. Dígoselo á V. E. para que tenga noticia del estado de nuestras relaciones con aquel Imperio, y para que vea lo que interesa al servicio del Rey que contribuya V. E. en quanto se lo permitan sus recursos al buen éxito de la empresa que tiene á su cargo el Viagero. Dios gue. á V. E. m^s. a^s.—Aranjuez 26 de Mayo de 1805—El Príncipe de la Paz—Sr. D. Xavier Castaños.»

Esta comunicacion basta para comprender cuál habría sido la suerte que cupiera á Alí-Bey de sospecharse de sus procederes é influencia en Marruecos.

Que se comprometió investigando el estado político interior del país, tanteando los ánimos de los naturales y comunicando con Godoy por los cónsules y agentes secretos, lo creemos sin reserva alguna. Badía era verdaderamente un carácter, y de seguro no olvidaría el por qué de la proteccion que le otorgaba Godoy, ni dejaría de ensayar el uso de los recursos que su influencia le proporcionaba en Marruecos para secundar un proyecto á que tanta importancia daba su favorecedor y jefe. Pero de

ahí á ofrecer las esperanzas y hasta las seguridades que da el Príncipe de la Paz de un éxito completo, hay una distancia cuya medida pueden dar muy bien las experiencias posteriores de nuestras luchas con Marruecos, y la consideracion del estado de la Europa en aquel tiempo.

VII.

La última de las comunicaciones que constituyen este expediente es anterior en veintiun dias al combate de Trafalgar, que señaló el término de nuestras glorias marítimas y dejó sin el amparo de la metrópoli á nuestras colonias.

Entónces debió concluir tambien hasta el recuerdo de las gestiones hechas, de las sumas gastadas y del tiempo empleado en un proyecto en que tantas esperanzas se habían puesto. Eran necesarios, sin duda, un desengaño tan elocuente y un desastre tan trascendental para alejar de la mente como de las ambiciones del hombre que regía los destinos de nuestra patria pensamientos que sólo su orgullo y su inepticia podían inspirarle.

Pero de tal modo los relegó al olvido, que fué preciso que los viera expuestos á la luz pública y al asombro de las gentes, para que los recordara y se propusiese justificarlos. Y calculando que no lograría disculpar para con nadie su insistencia en una empresa tan comprometida y cada dia de éxito

más improbable, publicó una parte tan sólo de sus gestiones en ella, cortando la narracion por donde hallara claro en que excusar el abandono de su proyecto que, como impedido por fuerza mayor, creería poder hacer pasar por hacedero y útil.

Así procuró atraerse la opinion de muchos que con ánimo generoso buscan siempre disculpa á la desgracia, mucho más siendo tan larga y ejemplar; y lo logró, segun expusimos al principiar este escrito, á punto de que entendimientos tan brillantes y erudiciones tan sólidas como las de nuestros amigos anteriormente citados, se emplearan en la defensa de una idea cuyos fundamentos y caminos de ejecucion realmente ignoraban.

Los despachos que ahora damos á luz vienen á poner á descubierto la trama de aquel proyecto con todos sus hilos y en su real y verdadera extension, no en la recortada que la ha querido dar el Príncipe de la Paz en sus Memorias. Por el estudio de esos despachos, además de venirse en conocimiento de que el proyecto fué interrumpido, segun ántes indicamos, por la honrada y prudente resolucion de Carlos IV ó por otra causa que Godoy haya querido ocultarnos, pueden calcularse los dos períodos que debió reconocer su ejecucion. El primero, es evidente que hubo de durar el tiempo marcado por Godoy. En el segundo, trascurrió el que señalan los despachos recientemente descubiertos; corto, si por ellos hubiera tan sólo de calcularse; largo, si se ha de presumir que ántes de procurarse los servicios del general Castaños, se habrían

reanudado con el marqués de la Solana las negociaciones precisas para comenzar de nuevo las interrumpidas con D. Domingo Badía.

Y decimos nosotros á propósito de esto: si Ali-Bey, como asegura Godoy, se encontró en compromiso tan grave para retirarse de Marruecos sin que nadie le vendiese; si hubo de emplear su admirable sagacidad para contentar á los conjurados con esperanzas y promesas, ¿cómo se las compuso para reanudar sus trabajos de conspiracion con los que se considerarían burlados y nuevamente expuestos al peligro de que casi milagrosamente se veían libres?

Tenemos que deducir de estas consideraciones, de las anteriormente expuestas, de las consecuencias que no pueden ménos de desprenderse de la comparacion del despacho transcrito de Badía con sus Memorias, y de las cien y cien que sacarán nuestros lectores y que no aducimos aquí por innecesarias, que los trabajos de nuestro viajero debieron adolecer tambien de las mismas vacilaciones que observaría en la conducta y en los avisos y órdenes del Príncipe de la Paz. Una vez interrumpidos esos trabajos en Julio ó Agosto de 1804, ¿cómo habría Alí-Bey de reanudarlos con el calor y éxito de ántes?

Al intentarlo, sus secuaces, si es cierto que los tenía, habrían necesariamente de desconfiar de un hombre que, por muy grande que fuera la influencia que ejerciese, dependía de otras voluntades fáciles de cambiar, y de recursos que, no siendo pro-

pios suyos, se acabarían el día ménos pensado. El peligro, en cambio, era inminente y terrible, y seguro si llegaba á descubrirse la conspiracion; y aún cuando no es país aquel tampoco donde el castigo imponga y la sangre ahogue, no es, del mismo modo, fácil sin opinion que impulse el mover en corto tiempo las masas, que en último caso son las á que hay que recurrir para esas cosas.

El proyecto era estupendo por lo enorme, y desproporcionado á las fuerzas del que lo inventó ó lo patrocinaba, pues que hasta llegó á esperar de él la anexión á España de todo el imperio de Marruecos; y los recursos empleados y los medios puestos en juego para realizarlo correspondían á una intriga palaciega ó, á lo más, á una cuestion de principados cuya independencia ó servidumbre no pesaran un quilate en la balanza política del mundo. Por mucho ménos y en plena paz universal, ha corrido la sangre á torrentes, se han gastado tesoros que parecían inacabables, y han caido imperios florecientes ó desplomádose tronos seculares; y raya en la insensatez más torpe el creer que riñendo la Gran Bretaña tan descomunal pelea como reñía por entónces con el primer Napoleon, árbitro ya del continente, pudiera España, ¿qué decimos? pudiera Godoy, aborrecido en el país y despreciado en todas las córtés, provocar un conflicto de tamañas proporciones.

Son ideas, las del recobro de Gibraltar y la de la conquista de Marruecos á la vez y en semejante ocasion de un optimismo tal, que aún entre espa-

ños, los soñadores más ambiciosos, deben pasar por efecto de la ceguedad más sombría y del engreimiento más temerario.

No dieron resultado, como habría necesariamente de suceder tratándose de proyectos formados sobre tan deleznable fundamentos. Otros y muchos más hábiles eran los trabajos, también de zapa, de que esperaba nuestro célebre Jorge Juan, resultado igual, lento pero seguro y definitivo á nuestro parecer, en ese mismo imperio de Marruecos.

No, por eso dejaremos, al concluir este escrito, de admirar el deseo y la perseverancia con que el Príncipe de la Paz perseguía esas ideas para satisfacer, al mismo tiempo que sus ambiciones personales, un patriotismo que él creería se hermanaba perfectamente con ellas.

En cuanto á Badía, sólo diremos que por lo levantado de su ánimo, la habilidad que desplegó en medio de los peligros que hubo de correr, y el fruto que, ya que no estos, dieron sus trabajos científicos, merece una estatua en su ciudad natal, y por lo ménos, una lápida que conmemore su nombre en todo establecimiento geográfico ó de ciencias naturales que se levante en España.

EL ALCALDE DE OTÍVAR.

I.

Con las muestras de adhesion prodigadas en 1810 á José Bonaparte al visitar las ciudades más importantes de Andalucía, alternaron en las montañas, por fortuna y para honra de aquel privilegiado solar, las voces de guerra y de venganza que arrancaban de Cádiz, sustentáculo de la independendencia española, escapado como por milagro al dominio y rapacidad de los invasores.

Allí, como en otras partes, no en todas, lo que daba en llamarse jactanciosamente la parte sensata y culta del país, cedía, por convencimiento ó por temor, á la fuerza, en su concepto incontrastable ya, del emperador Napoleon; y allí, como en el resto de la Península, los ignorantes y los rústicos y pobres, sin miramientos de ninguna clase ni cálculo alguno, por una especie de intuicion, no rara en las muchedumbres, presentían en su patriotismo y en

su culto al modo de ser de nuestros antepasados el golpe de gracia preparado por el cielo á las ambiciones y á las grandezas del Coloso.

Y cuando en Sevilla se devolvían al Intruso los gloriosos trofeos arrebatados á los primeros soldados del mundo en Bailén, única jornada hasta entonces que revelara á los pueblos y á los reyes de la vieja Europa la posibilidad de una reaccion victoriosa; y cuando en Málaga, en Granada y varias otras poblaciones ricas y florecientes se le recibía como en triunfo, ó se le obsequiaba con fiestas y saraos, en la Serranía de Ronda se alzaban por EL DESEADO los guerrilleros á cientos, ofreciéndose en holocausto á sus deberes de autoridad y de español el alcalde de Montellano, y en las Alpujarras emulaba con los más afamados en valor, en agilidad y en instinto esencialmente militares el Alcalde de la aldea de Otívar, D. Juan Fernandez y Cañas.

Los andaluces, en su lenguaje hiperbólico, y los extranjeros, arrastrados por la novedad, lo han rodeado de una aureola de gloria merecida y digna de sus cualidades y hazañas: fuera de aquella comarca, léjos de aquellos tiempos de entusiasmo patriótico y con el desprecio á las lecturas históricas, el Alcalde de Otívar ha caído en el olvido más injusto y lamentable. No se encuentra ni rastro de su existencia en los archivos oficiales; apénas si su nombre suena en el oído de los más curiosos, y sólo en algun libro dedicado á la descripción de los pintorescos sitios regados con las últimas lágrimas de Boabdil, aparece la figura singular, tan poética como

tremebunda, del que las gentes del país apodaron con el sobrenombre de *Caridad* por la mucha sin duda que usaba para con sus compatriotas, ó por la ninguna, quizás, que ejercía en sus aborrecidos enemigos los franceses.

D. Pedro Antonio Alarcon, en su bellissimo libro de *La Alpujarra*, dice á propósito del Alcalde de Otívar:

«Nuestra Academia de la Historia prestaría un servicio más á la patria buscando, adquiriendo y dando á luz el libro manuscrito en que se refieren los hechos heróicos realizados por aquel insigne patricio durante la guerra de la Independencia.»

«Respecto de este libro, dice el malogrado Lafuente Alcántara en el catálogo de las obras y documentos que le sirvieron de norte para escribir su *Historia de Granada*:»

«HAZAÑAS GLORIOSAS DEL ALCALDE DE OTÍVAR DON
 »JUAN FERNANDEZ.—Este guerrillero, en la época de
 »la invasion francesa, se valió de algun amigo para
 »redactar una Memoria ó relacion de sus hechos de
 »armas, en un tomo en folio, que conserva su familia y nos ha sido remitido para su exámen por un
 »Cura conocido. Sus correrías, batallas y aventuras
 »están referidas con una puntualidad notable, y lo
 »que es más, justificadas con testimonios de los
 »Ayuntamientos, con declaraciones de habitantes
 »fidedignos, y hasta con cartas autógrafas de algunos españoles puestos al servicio de los franceses,
 »y empeñados en vencer con halagos al indócil y
 »valiente partidario.»

«No creo, pues, continúa el Sr. Alarcon, que sea difícil encontrar el manuscrito.»

Pues bien; una expedición de nuestro amigo, el general D. Joaquin Zayas de la Vega, á posesiones suyas enclavadas en el territorio de las Alpujarras, nos ha proporcionado la ocasión de ver y copiar ese libro que encierra el diario de operaciones del afamado Alcalde, escrito tan interesante por su contenido como por los documentos, todos originales, que lo abonan y justifican. Hallábase en poder de don Eduardo Ligero y Fernandez, nieto del *Caridad*, y sargento 2.º licenciado del provincial de Guadix, residente en Lenteji, su pueblo natal, desde principios del presente año, al terminar la guerra civil en cuyas principales acciones ha tomado una parte tan honrosa como activa.

Apénas supo que el general buscaba antecedentes del célebre guerrillero, su abuelo, se apresuró á presentarle el manuscrito; comprendiendo por el estímulo, sin duda, que le había guiado en su excelente conducta militar, el aumento de gloria que podría caber á su familia de conocerse en todos sus detalles el brillante comportamiento del que tanto la afamaba con ser, si no su raíz, su jefe.

Poseemos, segun ya hemos dicho, una copia, quizás la única, de tan interesante códice; y de ella vamos á valernos para recordar á la generacion presente los hechos heróicos de uno de los que más honor hacen á la de nuestros padres en la guerra de la Independencia.

Espíritu religioso, altamente concentrado, y amor

entrañable al monarca desposeido traidora y cobardemente; audacia y actividad extraordinarias, condicion belicosa cual la ingénita en nuestra raza, é instinto á veces militar aún en la reducida esfera de su accion; crueldad casi salvaje con los traidores y con los enemigos armados; mansedumbre y hasta galantería con los inermes y con las personas inofensivas aún estando al servicio ó siendo de la intimidad de los generales franceses; todas las cualidades, en fin, buenas y malas que han distinguido á nuestros guerrilleros desde los tiempos históricos, vamos á observar en el Alcalde de Otívar, reveladas ingenuamente en su notable escrito y confirmadas por el testimonio de los pueblos de que hizo el teatro de sus proezas.

Con el recuerdo y la enumeracion de tantos y tan meritorios servicios como los prestados por el Alcalde de Otívar, no crean, sin embargo, nuestros lectores que pretendemos ofrecerles un espectáculo no visto. En la tierra que ha producido en su mismo tiempo á los Minas, Mansos y Villacampas; á los Empecinados, Sanchez y Palareas; á los Merinos y Longas: en la tierra en que se han dado los ejemplos de Zaragoza y Gerona, y donde las mujeres han compartido con los hombres los peligros del combate, del hambre y la epidemia, no es fácil producir una admiracion cansada con la de los prodigios de valor y de abnegacion patriótica á que sin cesar excita la lectura de la Historia nacional. Nuestro objeto se extiende tan sólo á renovar la memoria de uno de los muchos adalides de la Inde-

pendencia española, oscurecida hoy no poco por las sombras del tiempo y la falta de los documentos que las indicaciones del Sr. Alarcon y la diligencia del general Zayas han puesto á nuestro alcance.

II.

El manuscrito comienza por la exposicion de las causas que produjeron en el Alcalde de Otívar el abandono del pueblo y de la jurisdiccion, por consiguiente, que en él ejercia.

Los franceses habian salvado la, en su concepto, formidãble barrera de Sierra-Morena con una facilidad que nunca presumieran. Una vez en la vertiente meridional, habíanse dividido para invadir y ocupar las Andalucías; siguiendo el Intruso con su mayor-general, Soult, el camino de Sevilla, y tomando el general Sebastiani el de Granada y Málaga.

Esto era en los últimos dias de Enero de 1810, y á principios de Mayo podia Sebastiani vanagloriarse de la dominacion tranquila de ambas provincias, y dirigir sus cuidados á la administracion del país para sacar de él todo el fruto que le hacian codiciar el servicio de su soberano y su misma y proverbial rapacidad.

Destinó, para ello, una parte de su ejército al secuestro de las armas y al cobro de las contribuciones en las comarcas que, por lo montuosas ó lo apartadas de las grandes comunicaciones, se hubieran visto hasta entónces libres de la presencia de los sol-

dados imperiales. Y así llegó un grueso destacamento á la ciudad de Almuñécar, donde con las *justicias* de Jete, Hertes, Itrabo, Molvizar y Salobreña, fué nuestro Alcalde conducido á la iglesia para, como á los demas, recomendarle *la obediencia á cuanto se le mandara*.

«Aquí, dice el Alcalde de Otívar, principiaron á hervir en mi pecho los más amargos sentimientos y á conocer los efectos del verdadero patriotismo: el siguiente dia recibí una órden en que se me mandaba recoger todas las armas del pueblo y un mil reales de contribucion, que uno y otro habia de presentar el inmediato dia 27; y aunque lo realicé con los un mil reales, no entregué las armas que oculté en el campo, consecuente con la idea que desde luego formé de ser uno de sus acérrimos perseguidores: el 28 repitieron la demanda de las armas y á mas 5.000 reales con estrecho apercibimiento, y habiendo quemado la órden en vez de obedecerla, resultó que enviasen comision militar para exigir la indicada contribucion y mi prision, lo que me precisó á salir al campo, y de consiguiente á los comisionados regresar sin haber cumplimentado su intencion.»

Ya tenemos, pues, á nuestro Alcalde campeando por las asperezas de la Alpujarra, movido de impulsos semejantes á los que aguijoneaban á tanto y tanto guerrillero como por entónces recorrian las demas provincias, á buscar la satisfaccion de sus particulares agravios al tiempo mismo que la de su patriótico anhelo.

El Empecinado, soldado anteriormente en la guerra de la República, había salido con más apariencias de bandido que de soldado á sorprender y matar en los caminos á los que su enojo le hacía mirar como aborto de los infiernos, destinado por ellos á destruir la religion y asesinar á sus reyes; Merino se había propuesto vengar á la vez un ultraje, inferídole en su doble carácter de hombre y sacerdote; Julian Sanchez el que suponía borron indeleble arrojado sobre su familia por el brutal sensualismo de un oficial frances; y, como esos, habíanse ya hecho temibles y famosos cien otros, repetimos, fieros é incansables perseguidores de los soldados y partidas sueltas del enemigo, que el cansancio obligaba á detenerse en los caminos, el descuido á vivir sin precauciones, ó la impericia á cruzar los bosques ó recorrer los desfiladeros de nuestras montañas.

Las primeras hazañas del Alcalde de Otívar fueron como las de casi todos los guerrilleros, puramente personales: necesitaba reunir partidarios en quienes, con el desprecio de la vida, se aunasen el patriotismo y el ánsia temeraria de aventuras; y esto no se consigue sino halagando con esperanzas que el primer dia no pueden garantizarse, ó imponiéndose con la fuerza que sólo dan el espectáculo de sus alardes y el tiempo.

Oigámosle tambien en estos que bien pudiéramos llamar prolegómenos de su peregrina historia, pues que vienen á revelar el origen de su reputacion en el país, y á dar fundamento sólido á sus posteriores y arrogantes aseveraciones.

«El 3 de Junio, dice á seguida de los renglones anteriormente copiados, se me presentaron á las dos de la mañana dos cabos y dos soldados de la partida de Francos de Montaña, y como uno de los soldados, que se llama Miguel Bueno, me previno con el mayor disimulo que la órden que traían era de presentarme vivo ó muerto y llevar á mi caballo, que sabían ya donde se hallaba, observé tal precaucion y serenidad de espíritu, que cuando ví se dirigían por el caballo, tratando de impedirlo, uno de los cabos me apuntó con el fusil diciendo me rindiese preso; pero más veloz yo é irritado, cayó muerto el cabo de mi primer tiro, sucediendo lo mismo de su compañero del segundo, y apoderándome de las armas de uno de los soldados (pues el Miguel Bueno huyó), lo eché en tierra, y no dí la muerte por haberme ofrecido iría á presentarse al punto al Ejército Español, que no verificó por haberme suplicado le permitiese ir en mi compañía, que le concedí: inmediatamente principié á juntar gente, resuelto á perder la vida conforme había perdido los bienes, y apartado de mi amada mujer é hijos en defensa de la patria hasta el total exterminio del pérfido enemigo comun, y noticioso de que venía una Audiencia compuesta de Alguacil mayor, Escribano y Cirujano, con 44 hombres de auxilio, con el fin de hacer el embargo y secuestro de mis bienes, me dirigí con cuatro hombres al Cabildo, los sorprendí y llevé al Alguacil mayor, Escribano y Cirujano y uno de los que llevaban de auxilio; retiréme con ellos al cerro de Moscarin, donde los solté

bajo juramento de no ocuparse jamás en servicio del partido inicuo.»

Las dos hazañas son notables, y la reputacion de nuestro Alcalde quedó sólidamente asentada en la Serranía, apresurándose los valientes y los enojados de los pueblos vecinos á alistarse en la partida de un hombre que tanto prometía en favor de la patria, y más, acaso, para vengar los atropellos y exacciones que cometían los franceses.

A los ocho dias tenía á sus órdenes 14 hombres; y si en un principio hubo de ocultarse con ellos en las cuevas en que tanto abunda aquella áspera serra, y despues reunirse á otra partida que un Luis Negro formaba á la vez en la misma comarca, no pasaron muchos dias sin que se le presentase ocasion de medir sus fuerzas con las de los destacamentos enemigos. Es muy dificil que dos españoles se entiendan para nada útil, y cuando se dejó ver la partida francesa, compuesta de unos 300 infantes y otros tantos caballos, el Negro se retiró prudentemente á un cerro, del que sin duda quiso presenciar la lucha que nuestro Alcalde entabló al frente de 52 de los 200 hombres que los dos guerrilleros habían llegado á reunir. Pero tal maña se dió, aunque sin la experiencia todavía de los combates, el héroe alpujarreño, y tan valerosamente acometió á los dragones franceses, que desbarató completamente sus filas, tendió en el suelo por su propia mano al capitan que los mandaba y los obligó á huir, dejando ellos en el campo hasta 52 con varios caballos y el honor de la jornada.

Y no satisfecho aún de acción tamaña, separándose de aquel su colega que, si bien le había prestado parte de su fuerza, le abandonaba en ocasión tan solemne, y no sin antes echarle en cara su egoísmo y cobardía, acometió la conquista del castillo de la Herradura, del que se apoderó, con efecto, por sorpresa, como de los 17 soldados que lo presidiaban y seis cañones, la pólvora y víveres de que estaba más que suficientemente provisto.

Encumbrando entónces sus ambiciones á empresas de mayor importancia y más ruido, proyectó la toma de Almuñécar, dándola un carácter militar de que tan sólo véense revestidas las operaciones de la guerra entre ejércitos regulares y numerosos.

«Regresado, dice en su diario el Alcalde de Otívar, á la citada Almijara, á los 3 dias pasé al cerro Moscarin y oficié al capitan comandante de la compañía Franca de Cazadores de Montaña, que se hallaba en la ciudad de Almuñécar para que bajo palabra de honor viniese á tratar varios puntos interesantes que cumplimentó bajando á un cortijo una legua distante de la ciudad: allí le intimé la entrega de la fortaleza, á que se negó con resolución de defenderla hasta el último momento de su vida; y, procurando atraerme con razones especiosas á su pérfido partido, ofreció indultarme por medio del general Werlé que se hallaba en la ciudad de Motril; pero yo siempre discursivo en inventar medios para incomodar y escarmentar al enemigo y sus adictos malos Españoles, trataba de sorprender la guarnición para lo qual le di lisonjeras esperanzas

exigiendo sólo para ello y verificar mi entrega que había de salir dicha guarnición media legua distante de la ciudad; mas aquel Comandante, sospechoso, qual delinquente, no accedió y me fué forzado restituirme con mi gente á mi anterior situación: al quarto dia por la noche me dirigí para la ciudad, formé de mi Partida 6 guerrillas, y cogidas las bocacalles, entré haciendo fuego á 43 Cívicos que la patrullaban, les maté 2 é hice prisioneros 41 con sus armas y dos caxas: mandé saquear las casas del capitán de la compañía y la del alcalde mayor que se refugiaron en el castillo con los 93 de la misma de francos que le defendian, y restituido al amanecer á mi citado punto repartí la sopa y dinero resultantes del saqueo entre mis valerosos compañeros á 100 rs. cada uno y agregando diez de los prisioneros á mi partida, los restantes 31 que eran casados é inútiles los solté juramentados de no tomar las armas ni ocuparse en servicio del enemigo empeñado en rendir aquella fortaleza me desvelaba y habiendo entrado en la ciudad el dia que hacia cuatro á la una de la tarde volví á intimar la rendición al Comandante D. Salvador García de Morales cuya contestación fué que no lo esperase mientras su vida existiese pues no podia faltar al juramento de fidelidad y defensa que tenia hecho al Rey José y á pesar de haberle yo asegurado (disimulando cuanto me habian incomodado las anteriores razones) que por tan noble acción de reconocimiento patriótico le trasladaría seguro donde fuese de su gusto para recibir el indulto, no pude conseguirlo, ántes bien

pidiendo 8 dias de tiempo, que le negué, se ausentó diciéndo que con 3 piezas de artillería cargadas de metralla y 70 hombres de fusilería que tenia defenderia el castillo y destrozaria mi partida: por momentos se aumentaba mi ardoroso deseo y al inmediato dia, á las 12 de él, principié á hacer vivísimo fuego de fusil correspondiendo el Castillo con la artilleria y fusileria; mas llegada la noche sin poder conseguir su rendicion dispuse traer un pellejo de alquitran y una porcion de haces de leña que reparti uno á cada uno de los más distinguidos de la ciudad y llevando al Vicario por guia los hice caminar delante de mis soldados hasta ponerse debajo de su artillería, y sin embargo de esto con inhumana resolucion dispararon un cañonazo de metralla que hirió á muchos y murió uno de mis soldados: á vista de esto hallandome con 7 fusiles cargados maté á dos de los que manejaban los del castillo, con lo que di treguas á que los unos consiguiesen meterse bajo la bateria é incendiando la puerta al momento pusieron la señal de rendicion franqueando las llaves.»

La presa fué importante, así en personas, entre las que se hallaban de las más caracterizadas de la poblacion, como en municiones y víveres, de una parte de los cuales pudo solamente aprovecharse la partida, quedando el resto en los almacenes en que habían sido encontrados.

Mejor fruto aún y más abundante que el de aquella presa, debía proporcionarle la toma de Almuñécar en la opinion pública. El entusiasmo que pro-

dujo entre los comarcanos elevó el número de sus partidarios, y el terror que impuso en los enemigos le abrió las puertas de Motril que no supo defender el general Werlé con 400 franceses y 150 de los llamados Francos de Montaña que con él se retiraron á Granada.

El Alcalde de Otívar, el áspero serrano á quien su genial fiereza y rudo patriotismo arrancaran al trabajo del campo y á la paz doméstica, se había en pocos dias convertido en adalid de la Independencia con ínfulas de hábil y entendido capitán. Sabía cómo tender un lazo á los destacamentos enemigos en los desfiladeros de la montaña y en los bosques que la cubren, atacar los empinados castillos de aquella tierra escabrosa, y conquistar de igual modo poblaciones que, por lo numeroso de su vecindario y la importancia de su situación, se hallarían vigiladas y constante y fuertemente guarnecidas por un enemigo de tiempo atrás establecido en el país y perfectamente organizado. Almuñécar y Motril, Castel de Ferro y Gualchos le recibieron como en triunfo; y con sus cerca de 500 partidarios, las fortalezas de la primera y la última de aquellas localidades, que creyó deber conservar, la fama adquirida y el temor que imponía á los enemigos, el Alcalde de Otívar pasaba en los primeros dias de Setiembre de 1810 por un guerrillero insigne, honor de las Alpujarras y sosten firmísimo de su libertad é independencia.

No tardó, sin embargo, en volverle la espalda la fortuna, como para hacerle ver su índole tornadiza

la ninguna confianza que deben inspirar las primeras ventajas en toda empresa de suyo dilatada.

Establecido en el Padul con 364 infantes y 51 caballos, el 3 del citado mes de Setiembre todavía rechazó á 200 franceses, procedentes de Alhendin, matando hasta 31, y metiendo arrebatadamente á los demas en Granada. El dia 4 fué de nuevo acometido por fuerzas superiores, que tambien escarmentó en una accion donde, como la siguiente en que se creyó haber sucumbido para siempre nuestro héroe, presentó el espectáculo de toda una batalla, por lo que vamos á copiar fielmente su relato del diario que sirve de base al presente escrito.

«El siguiente dia 4 recibí otro que por la espalda del cerro del Manal se aproximaba el enemigo con mayor número que el dia anterior, y que formaba sus columnas en batalla: inmediatamente despaché 200 hombres al mando de mi 2.º D. Antonio Guerrero para que tomase la altura del cerro, y los 164 infantes restantes, al mando de mi Ayudante D. Josef Estévan para que cubriesen la izquierda, y saliendo yo por el centro con una guerrilla de 14 caballos quedó cubriendo la retaguardia el Teniente D. Antonio Dios con 37 caballos: puesta en este órden toda la partida, dí órden para atacar; y, adelantándome con mis caballos, encontré con una guerrilla de 25 dragones y el famoso comandante Longinos, el qual recibió mi primer tiro que lo mató, sucediendo lo mismo á seis más de ellos: Ya á este tiempo llegó el teniente D. Antonio Dios con los 37 caballos, y desordenados los obligó á retirarse al amparo de las

dos columnas gruesas que tenían cerca de las quales sacaron dos de 30 hombres de caballería cada una para sostener el ataque mientras la infantería se retiraba: entónces yo formé tres guerrillas de mi caballería con mi genial vivacidad, dos de ellas las destiné á cubrir la vanguardia, y la otra por el centro consiguiendo incomodarlos hasta retirarse á Alendin, dejando tres dragones que maté por mi mano, sin que por nuestra parte hubiese la menor desgracia. Recogí á aquella hora que eran las once del dia toda la gente, y regresé á mi campamento en el Paul, donde encontré algunos que iban á alistarse, y continuaron hasta el número de 218: formé las compañías á que alcanzaron, pasando el resto del dia en esta operacion, y luégo nombré las guerrillas avanzadas y despaché los espías: á poco rato se me presentó uno de estos que tres dias estaba en Granada dándome aviso cómo el general frances Oracio Sebastiani había llegado del ejército de Levante á aquella ciudad, y sin detenerse volvía á salir con 1.100 lanceros en mi busca: al momento mandé tocar órden general, y juntando toda la oficialidad, les ordené que con el mayor silencio y brevedad reuniesen toda la tropa en las Eras: monté á caballo, y puesto en aquel sitio, reforcé con alguna caballería la guerrilla más avanzada al enemigo, con la precaucion de que en el caso que el número de tropas francesas fuese el que les avisaba, se retirasen poco á poco haciendo fuego hasta ponerse á cubierto del cuerpo de mi partida que se hallaría en los hondos de Chiribayle donde me encaminé. Al

amanecer del día siguiente 5, se oyeron los tiros de la indicada avanzada; puse mis 633 soldados en dos columnas á derecha é izquierda con su guerrilla avanzada cada una, y ambas cubrían el cerro por donde precisamente habian de pasar los enemigos, y reservando la caballería, la situé en el llano del flanco de la derecha proponiéndome aguardar al enemigo con la mayor serenidad: apénas quedaba hecha esta operacion, cuando llegó la avanzada que venía muy de prisa dándome parte de no haber visto más que una columna como de unos 200 dragones, y otra de infantería que no podían calcular su número con una guerrilla tambien dragones que le seguía como de 25 ó 30: luégo que arribó esta, que fué muy en breve, la mia de infantería avanzada los recibió haciéndoles vivísimo fuego, y los rechazó retirándose al Paul, y se reunieron con la referida columna de dragones: á poco rato descubrí otra de infantería que se aproximaba haciendo fuego, y retirando la guerrilla aguardé á tenerlos á la distancia proporcionada para derrotarla á mi placer: efectivamente lo conseguí; pues de los 175 que, segun individual noticia, se componía, sólo escaparon seis, quedando los restantes 169 muertos. Viendo el enemigo esta derrota por su parte, acudió prontamente con la columna de caballería que tenía en el Paul de 226 hombres contra los 51 que componían la mia; mas esta sorpresa, capaz de acobardar al más valeroso guerrero, no hizo este efecto en mí, pues que á pesar de las superiores fuerzas, no olvidando que en otras ocasiones los había rechazado con iguales

circunstancias, y animado por el odio que profeso á los viles desoladores y bárbaros contraventores de los sagrados derechos de la humanidad, intentaba la defensa; mas viéndome rodeado de improviso de otras dos columnas de caballería de 300 hombres cada una, no pude de forma alguna efectuar la ordenada retirada que ya intentaba, por serme tan contraria la llanura donde nos hallábamos, fuí cortado con 16 de mis soldados, de los quales quedaron 9 muertos, y los 7 gravemente heridos, y yo recibí en esta ocasion 15 heridas que despues de haberme desnudado los enemigos hasta dejarme en cueros, me fueron dadas por varias manos, 8 de las quales mortales, y habiendo registrado el campo de batalla de órden de mi 2.º por ver si me encontraba muerto ó vivo, fuí efectivamente recogido sin esperanzas de vida y conducido á la Albuñuela, y de allí á Lentegí desde donde se me trasladó á una cueva en el monte porque ya los franceses sabían mi paradero, y allí permanecí 45 dias, siguiendo dicho mi 2.º en este intermedio mandando la partida, ya incomodando al enemigo, ya defendiéndose segun lo permitían las circunstancias.»

III.

Ya parecía que todo había acabado en la Alpujarra. Veíanse los franceses libres de su mortal enemigo, de aquel aguijon que sin cesar los punzaba, privándoles, como del descanso en sus canto-

nes, del fruto que sólo pudiera producirles el dominio pacífico de aquella tan excepcional comarca.

Bañada por el mar en uno de los cuatro lados que la circunscriben, de los que el opuesto se remonta á las nubes cubierto de nieves, en parajes eternas, y formados los otros dos por otros tantos estribos que descenden casi perpendicularmente desde la encumbrada cúspide de la cordillera hasta lamer tambien las ondas del Mediterráneo, la Alpujarra ofrece, con efecto, tal variedad y tanta abundancia de frutos, que bien puede considerársela como uno de los países más privilegiados de la tierra.

Como dice Bory de Saint-Vincent, «las faldas meridionales de Sierra-Nevada ofrecen la situación más feliz con que la naturaleza puede brindar al hombre para que en ellas elija una patria querida. Surcadas por valles profundos en dirección Norte-Sur, esos valles vivificados por abundantes corrientes de agua, se ven á la vez refrescados por el aire que enfrían los ventisqueros, y templados por los rayos de un sol africano. En todas partes son fáciles los riegos; á lo largo de los arroyos la tierra es sustancial y profunda, y en la costa prospera el algodón y la caña de azúcar. Hemos visto conaturalizados allí un gran número de los vegetales de la zona tórrida y crecer los ananas, los cafetos y el añil, siendo muy pocas las plantas que no se puedan cultivar al aire libre. La vid y los cactus, unidos á los almendros, cubren allí las colinas; y el observador que puede en un día llegar de una playa ardiente á cimas siempre heladas, ve, en seis á diez

leguas de trayecto, cambiar á sus piés de aspecto la naturaleza. Ha salido de lugares que adorna la verdura de los trópicos y, pasando á través de vegetaciones escalonadas de todos los climas, llega muy pronto al en que todas desaparecen, siendo las últimas plantas que halla las de los montes hiperbóreos; y la Androsace septentrional, la Sablina de Noruega, la Saxífraga de Groenlandia, confundidas con el pequeño sauce herbáceo tan frecuente en Laponia, se ofrecen á sus miradas como para persuadirle de que, por un poder mágico, se eleva en un solo paseo, del Ecuador á las regiones polares. Por eso aquellas bellísimas Alpujarras, aquellos montes de Granada y sus encantadores valles, aquellas risueñas y fértiles costas á que los árabes habían como trasportado su primera patria con todas las producciones de su suelo, fueron las comarcas de la Península que aquellos conquistadores en decadencia abandonaron con mayor amargura y después de haberlas mejor defendido. El pueblo que posee hoy día tales provincias, es, de todos los del globo, el que puede más fácilmente pasar sin colonias lejanas.»

Esto es en cuanto á la fertilidad de las Alpujarras que el eminente geógrafo pudo observar en sus expediciones militares como oficial, que era, del estado mayor de Soult, porque respecto á las circunstancias propias para la guerra que reúne aquella montaña, la más alta de la Península, son tantas y tan notables que sería prolijo el detallarlas. La cuenca del Guadalfeo, que constituye la Alpujarra en

la casi totalidad de esta pintoresca comarca, si no encierra grande importancia militar más que respecto al camino costanero de Almería á Málaga, la tiene como centro de una resistencia obstinada desde el que, casi á mansalva, pueden estorbarse, no sólo aquella comunicacion, sino las muy interesantes de Granada á los mejores y más florecientes puertos de aquel feracísimo litoral. Una cordillera elevadísima, repetimos, y extensa, donde se hallan Mulhacén, Veleta y el Panderon, sus picos más altos, que con sus nieves ó veneros de agua dan origen á aquel rio que como de golpe descende al mar burlando los estribos perpendiculares que de ella se desprenden ó rompiendo los paralelos que por una ley general en el globo, visible con la mayor frecuencia en la Península, parecen oponerse á su corriente arrebatada y bulliciosa; una cordillera resquebrajada violentamente, llena de cuevas recónditas ignoradas de los extraños, cubierta de bosques espesísimos ó de escabrosas y empinadas rocas, no puede ménos de constituir, con efecto, un abrigo casi impenetrable en guerra como la que por entónces se tenía en España por única eficaz y salvadora. Allí están Bérchules y Cádiar, Órgiva y Lanjaron dominando los valles secundarios que forman el general del Guadalfeo en sus orígenes ú observando la avenida principal de Granada por el Suspiro del Moro y el Padul; allí se alzan Vélez de Benaudalla dejando ya á su espalda el Tajo de los Vados, la angostura por donde se desliza el rio entre la Almi-jara y Lújar, las dos sierras que rompe paralelas á

la cordillera; y Salobreña, Motril, Almuñécar y Calahonda, puertos, como ya hemos dicho, importantísimos del Mediterráneo. Y por do quier se ven árboles y arbustos de todas las latitudes, cereales y frutos los más apreciados; cuanto, en fin, constituye el más bello ornato y la riqueza mayor en las, allí espléndidas, manifestaciones de la Naturaleza.

¿Cómo no habrían de codiciar los franceses la posesion tranquila de tal comarca? ¿Cómo no habían de amarla y defenderla sus naturales, tan felices ántes con su libertad é independendencia, objetos por los que siempre, entónces como ahora, han mostrado el más ardiente entusiasmo?

Los guerrilleros, pues, comenzaron á pulular en ella desde que la vieron profanada con la presencia de los soldados del Intruso; ninguno, empero, con la fama ruidosa y justa de nuestro Alcalde. Su vencimiento, con todo, en el Padul y su desaparicion por 46 dias, enfrió notablemente el ardimiento de aquellos serranos; pareciendo, segun ya hemos indicado, que allí, como en otras regiones de Andalucía, iba á darse punto á la resistencia.

Siguió su segundo, D. Antonio Guerrero, peleando por él; mas sin gran fruto, pues cuando Fernandez, repuesto ya de sus heridas, abandonó el antro en que se había guarecido, la guerrilla no contaba más que unos 200 hombres, y Almuñécar se había entregado al enemigo que ahorcó á los presidiarios, mal confiados en una capitulacion formal y en la promesa de vergonzosas pero halagadoras recompensas.

El santuario de Boijar, el barranco de la Huerta junto á Otívar, las puertas de Vélez y de Granada en Almuñécar, Cazulas y Jete fueron testigos de su venganza en los últimos dias de Octubre y Noviembre: habiendo á fin de año, y despues de rechazar lo mismo las intimaciones que los indultos que se le enviaban de Granada, recobrado todo su anterior prestigio.

Eso atrajo de nuevo á la Alpujarra fuerzas y fuerzas francesas, á cuya cabeza no desdeñó el ponerse alguna vez el mismo general Sebastiani, mandando, cuando no, para que las rigiesen, jefes de los que disfrutaban de su mayor consideracion y confianza. Se derramó el dinero para obtener noticias y ganar traidores; se impuso con el terror á los que, aún así, se mantenían leales ocultando los movimientos de su compatriota el Alcalde de Otívar; y no se perdonaron ni actividad en las operaciones, ni seduccion, ni medio alguno para apoderarse de él. Su resurreccion despues del combate del Padul tenía en alarma á las guarniciones francesas de todo el país, y no descansarían sus comandantes hasta romper aquel aguijon constante que no los dejaba reposar un momento.

Creemos que no se han estudiado bastante el carácter, la índole ó condicion, ni las necesidades del guerrillero en España. De otro modo, ni hubiera dado el fruto que proporcionó en la guerra de la Independencia, ni se hubiera impuesto en las civiles posteriores á sus mismos compatriotas del modo y en las proporciones que lo ha hecho.

El guerrillero es producto del personalismo ibérico, refractario á toda idea de la disciplina y de la union que, despues de todo y de conformidad con el axioma vulgar, hacen robusta y eficaz la fuerza. Impotente para vencer la que se le opone, por pequeña que sea su cohesion, busca en el ardid y la destreza, en su impalpabilidad y pertinacia, en el calor del solar nativo y en la cooperacion de sus allegados y vecinos, los medios de burlar, cuando no de resistir, el empuje de las masas enemigas, la persecucion sistemática, las asechanzas, si así pueden llamarse, doctrinales, y las imposiciones del terror y la violencia.

Viendo al enemigo de léjos, elude, con efecto, su choque; sintiendo sus movimientos, hasta sus pasos, y espiándolos, los resiste á veces y los escarmienta; y con el favor del país y al abrigo de los accidentes del terreno, por nadie mejor que por él conocido, puede defenderlo y sustentarlo. No se alejará de él, que está convencido de su inmediata ruina, si menosprecia ventajas tan notables; y sólo cuando con el tiempo y las pequeñas victorias que va alcanzando llega á organizar una fuerza que, por lo numerosa, no puede circunscribir sus operaciones á un pequeño espacio, es cuando se decide á abandonarlo, extendiéndolas, empero, con gran parsimonia y lentamente.

Quien esto logra, cambia su modesto papel anterior de guerrillero, por el brillante de general, sólo asequible á instintos militares privilegiados, no escasos, por fortuna, en nuestra España.

Pero entre tanto, y en la generalidad de los casos, el guerrillero no pierde, figuradamente hablando, de vista el campanario de su aldea, donde halla en los reveses la proteccion, el abrigo, el calor de la familia y de la casa, únicos lazos que reconoce, despues del de su patriotismo, en su azarosa existencia.

Allí es, pues, donde hay que irlo á buscar una y cien veces; sin cansarse de las decepciones que se experimenten, y siempre con el convencimiento, mucho más, la seguridad de encontrarlo en alguna ocasion y poderse vengar de sus ardides y trope-lías.

Así sucedió al alcalde de Otívar á fines de 1810 cuando, por enfermo, como ántes por herido, se había retirado á una gruta próxima á Cazulas, aldea situada en la sierra.

Dos veces se halló á punto de caer en las garras de los franceses que, de seguro, lo hubieran despedazado; tal era la ira que en ellos encendía lucha tan desesperada.

Oigámosle á él describiendo las sorpresas casi seguidas de que fué víctima por aquellos dias:

«El 23, dice, al amanecer, hallándome en dicha gruta con mi mujer, un niño, una niña y dos soldados, me ví cercado de 93 franceses que iban en mi busca haciendo por el frente unos, y otros cercándome por ambos lados: no vacilé mucho en despreciar la vida por no escoger el vergonzoso cautiverio, y saliendo ciegamente por entre las balas con mis soldados, mujer é hijos, que me seguían, me

encaminé por el monte arriba, dejando á uno de mis soldados la custodia y guía de mi mujer é hijos, llevando al otro para que me cargase los fusiles, en cuya faena maté á tres de los enemigos, herí á uno y conseguí la inesperada fuga hasta lo alto del monte; viendo los enemigos que les impedía con mis tiros el entrar en la indicada gruta como intentaban, incendiaron el monte y dos chozas mias propias que ocupaban el sitio de mi labor, y efectuaron su retirada para Itrago.»

«Aquella noche me fuí con mi familia, que tambien quiso el Omnipotente libertar de tan inminente peligro, al cortijo Turillas, y el 24 á la una de la tarde vi que venían por Otíbar los del dia anterior reforzados con veinte caballos, y que se dirigían á aquel sitio: hallándome sin gente para hacer frente á las fuerzas contrarias, me subí á un cerro que dominaba dicho cortijo con el amo de éste, dos espías y dos soldados, cada uno con su fusil, y además un pedrero que en otra ocasion había guardado allí inmediato; y luego que los enemigos llegaron principié á hacerles fuego, é intentando acometerme los rechacé, matándoles seis é hiriéndoles tres.»

«El 25 por la noche pasé con dichos dos soldados, espías y el amo del cortijo á Rio-seco, desde donde oficié á mi segundo para que viniese, y tardó algunos dias á efectuarlo por no permitírsele la situacion y distribucion que tenía hecha de la partida: habiendo llegado el 30 lo despaché otra vez á las inmediaciones de Almuñécar para incomodar al enemigo en lo posible, y prescribiéndole el plan que

debía observar en el corto tiempo que yo permaneciese ausente, partí á lo alto del Rico-seco, y á los ocho dias, hallándome en una cueva con mi familia y una mujer con dos niñas que habitaban dicha cueva y labraba sus tierras, me cercaron los franceses al mando de un polaco, y 50 juramentados al del comandante Mancilla, vecino de Motril; y hallándome acostado se echaron sobre mí cinco apuntándome con los fusiles, diciendo me rindiera sino era muerto; mas aunque todavía débil de la anterior enfermedad y con algunos dolores, di un brinco tan veloz como quien despierta acelerado, que conseguí salvarme de aquellos primeros golpes, y de consiguiente ponerme con mi hijo y la patrona, pero no las niñas de ésta, mi mujer é hija que quedaron prisioneras y conducidas á Motril y de allí á Granada, desde donde al cabo de siete meses las dieron libertad con cartas y expreso encargo y palabra de seducirme para que yo fuese á indultarme.»

El ayuntamiento de Cómpeña, en su escrito de 15 de Setiembre de 1813, hace suponer que estas sorpresas pudieron deberse á traicion ó delaciones de un tal Cuadra, á quien llama *asesino, ladron é infame español afrancesado, indultado de los enormes delitos que en España tenía cometidos con el objeto de que quitase la vida al Fernandez.*

El de Albuñuelas, en el informe larguísimo que emitió el 20 de Octubre de aquel mismo año citado, dice á propósito del suceso de la gruta: «Y abiendo logrado varios soldados entrarse con el mayor silencio en la expuesta gruta á pesar de hallarse el

D. Juan Fernandez sumamente endeble y envuelto en una capa de paño pardo, único lecho para su descanso, y entre algunas bayonetas que ya sus agudas puntas le herian oyendo la voz de que se rindiese se deslió como pudo de la tocada capa, y qual fiera y veloz tigre se levantó de repente, echó á rodar á los que le incomodaban, saltó por cima de la centinela de la puerta y á las voces de esta sufrió el D. Juan las descargas, aunque á bulto, de toda la Division se puso á salvo logrando los enemigos y el Marcilla (otro afrancesado) hacer presa de su pobre mujer é hija, y no al hijo porque pudo escapar de los enemigos y andar perdido dos dias por dichas montañas...»

Así puede decirse, con la evidencia histórica con que lo asegura el autor de *La Alpujarra*, que el intrépido Alcalde iba á *lamerse sus heridas en una cueva, como un verdadero leon, para volver de nuevo á la lucha, todavía chorreando sangre.*

IV.

Aquella fué la última hazaña del Alcalde de Oti-var en el año de 1810.

El dia 31 de Diciembre se trasladó á Frigiliana en busca de su hijo, y el 11 de Febrero del año siguiente se embarcaba con él en la playa de Torrox con rumbo á Cádiz. Para que no hallase paz ni descanso aun léjos de los campos de batalla, el falu-

cho inglés que lo trasportaba naufragó en la Frangirola, ya cerca del Estrecho, teniendo que salvarse á nado con su hijo agarrado al cuello.

Pero, ¿qué iba á buscar en Cádiz?

Él mismo lo dice en el diario de sus operaciones, y será bueno trasladar á este escrito los razonamientos que aduce, porque ellos han de presentar su personalidad bajo otro punto de vista diferente, tan honroso como el militar, y han de movernos á no pocas é interesantes consideraciones.

«Hasta esta época, escribe, ninguna autorizacion ni socorro solicité del Gobierno ni dí noticia de mis hechos y acciones, pues únicamente fué todo á impulsos de verdadero patriotismo, fatigándome con singular desvelo en mover los espíritus en favor de la justa causa y exterminio del enemigo comun, incomodándole y escarmentándole con el auxilio de la gente con que iba aumentando mi partida armándola con las que les tomaba alimentando y vistiéndola de lo que encontraba en los mismos depósitos que dejaban en los pueblos de donde los iba sacando, sin detrimento ni el menor dispendio de los Reales intereses, y ménos perjuicio de los buenos españoles á quien en todo caso favorecía; pero conociendo los perjuicios que me había ocasionado y que no teniendo una Graduacion que me caracterizase y una autorizacion para el mando, había notado escasa subordinacion, que uno y otro me frustró varias veces mayores servicios que victorias, resolví hacerlo presente á la Regencia por medio de representacion que presenté en 19 de

Marzo de 1811, y como no creí conforme á mi solicitud lo decretado, reiteré otra en 21 de Abril del mismo de cuyas resultas se me dió en el 22 el despacho de Coronel interino hasta nueva órden, poniéndome á las órdenes del General en jefe del ejército de Levante, el Excmo. Sr. D. Manuel Frayle. (Freire.)»

Una de las cualidades que más resalta en el Alcalde de Otívar es, sin disputa, la de su carácter, comparable tan sólo en resultados para su acción militar con la prevision que se la aconsejaba, si ya no era efecto de una índole humana y generosa.

Todas las declaraciones prestadas por los pueblos de la comarca despues de la guerra, se hallan contestes en eso. No hay una de las 42 estampadas en el que pudiéramos llamar apéndice del diario de operaciones á que nos vamos refiriendo, que no se extienda en el elogio del héroe alpujarreño bajo ese punto de vista, como bajo el de tantos otros como puede ser considerado, para honra suya y gloria de su tierra natal.

Si no fuera alargar este escrito demasiado, copiaríamos varias de esas declaraciones. Lo haremos, sin embargo, de dos de ellas, de las que dieron los pueblos de Frigiliana y de Arenas del Rey, elegidas sin exámen, porque todas ellas están en el mismo sentido y con frases á cual más satisfactorias para el Alcalde.

La de Frigiliana dice: «Que en cuanto á su política debe informar este Ayuntamiento que en las repetidas veces que ocupó (el Fernandez) esta villa

buscando siempre al enemigo, la una fué con comision expresa del Excmo. Sr. Conde del Montijo para perseguir á los partidarios José Segovia, Francisco de Paula Muñoz, conocido por el alcalde de Cutar, y otros por las atrocidades y exacciones que cometían en los pueblos que transitaban sin que jamás hubiese servido de modelo y exemplo la brillante conducta, buen modo y manejo de quien habla este Ayuntamiento, quien en las ocasiones que necesitó de algun auxilio para los individuos en esta Villa, alpargates, etc., siempre fué aprontando su importe que admitía este Vecindario respecto la moderacion, buen modo y consideracion con que á todos tratava siendo el mas expresivo con los Sacerdotes, el mas humilde con las Autoridades, el mas cariñoso con los Vecinos, el más medido en sus pedidos, como verivico esta Villa hoirle varias veces, invocar para pedirlos por el amor de Dios, cuyas circunstancias le hicieron digno de todo aprecio de este Vecindario...»

El de Arenas del Rey está tambien muy expresivo. Dice entre otras cosas: «Que la primera vez que se presentó y pisó este suelo el D. Juan Fernandez teníamos una órden del Comandante Frances muy estrecha sobre que no admitiéramos ni diésemos nada á partida alguna española. Y por no estar el Caridad en esta villa se nos seguía un perjuicio grande y habiéndole suplicado se retirase fuera de los muros de este Pueblo lo executó aunque con bastante disgusto suyo porque quería derramar su sangre en defensa de la Patria: á la segunda vez que

se presentó por noticias que tubo que en este Pueblo residía una partida que se nombraba de Pedro Conchar que eran unos hombres de mal vivir muy robadores que nos tenían muy asustados ynmediatamente que llegó, fué prendió á tres de los más malos y el Pedro Conchar se le fugó y quedamos descansando de aquella mala gente que nos atormentaba y no consintió alojamiento ni molestar á ningun Vecino por muchos ruegos que le hicieron pues hasta el mismo Cura le convidó y no fué, y sí se retiró á la posada donde permaneció aquella noche hasta por la mañana que hizo su retirada sin pedirnos nada más de un poco de pan y vino para su tropa.»

Esto da indudablemente autoridad á nuestra opinion de que el apodo de *Caridad* le fuera puesto al alcalde de Otívar por la mucha que usaba para con sus compatriotas, cual una cita tan importante como curiosa va á dárnosla en cuanto tambien hemos dicho respecto á la generosidad y la galantería de que hacía gala con enemigos inermes y las personas inofensivas del séquito de los generales franceses.

Por más que hayamos en ocasiones de turbar el orden cronológico de los sucesos, tenemos, para formar los cuadros que nos hemos propuesto en el presente trabajo, que reunir los datos de una misma índole esparcidos en distintas obras, aun refiriéndose á épocas diferentes. La unidad está en el personaje, cuyos altos hechos y carácter recordamos.

El distinguido historiador Schépeler, el extran-

jero más imparcial que hemos encontrado para el estudio de la guerra de la Independencia, cuyos sucesos conocía, de otra parte, por haber combatido en las filas de la Legion Real alemana al servicio del ejército inglés en aquella memorable lucha, describe así uno de los hechos más notables de nuestro célebre guerrillero: «El alcalde, sobre todo, se hizo temible al enemigo y dió á Sebastiani, que hacía ejecutar á tantos y tan bravos oficiales y patriotas, un ejemplo de la magnanimidad con que cristianos y moros se hacían la guerra en la Edad Media. Dirigiase á Granada la mujer de un general (que los españoles dicen que era la de Sebastiani, á pesar de haber muerto la legítima suya), acompañada por 150 soldados de caballería. *Caridad* atacó la escolta con 120 guerrilleros, mató 30 franceses, hizo prisioneros 20 y dispersó el resto. Conduce despues galantemente la dama á su casa, donde la recibe con la hospitalidad morisca; y cuando Sebastiani pregunta, por medio de un trompeta, el precio del rescate, le devuelve sin él la dama con sus criadas, sus baules intactos y en el mismo coche, escoltado entónces por españoles. Excusóse en una carta de haber retenido la dama que, aterrada por el combate, había tenido, por el pronto, necesidad de reponerse, y añadió que él no hostilizaba ni hacía prisioneros más que á los franceses, no á las mujeres... Sin embargo, aquel alcalde era un español, *un turco del Oeste.*»

¿Es verdadera ó no esta anécdota?

El Alcalde no la recuerda en su diario, lo cual no

abona la certeza de un suceso que no se concibe olvidara quien con tantos detalles cuenta su vida en aquellas azarosas circunstancias. Pero de un modo ú otro, la de publicarlo un historiador tan bien enterado por lo general y tan concienzudo, da muestra del concepto de generosidad y gallardía de que disfrutaba el Alcalde de Otívar.

Por la misma causa que él, y valiéndose de medios semejantes, peleaban en las montañas próximas á Granada Juan Guerra, Carrasco, el teniente coronel Calvache y otros de los que alguno va ya nombrado en este escrito; Moreno, Urive y algun otro combatieron en la Sierra de Cazorla á las órdenes del tambien teniente coronel Bielsa, comandante general de las guerrillas de Jaen; y cuando llamado á Cádiz el general Blake, que había impulsado el alzamiento de las partidas, fué sustituido por Freire en el mando del tercer ejército acantonado en Murcia, todo el país y los colindantes de Andalucía se cubrieron de guerrilleros. Ninguno alcanzó, sin embargo, ni allí ni en la serranía de Ronda la fama de tan cortés y generoso en ocasiones, como duro y bárbaramente cruel en otras, que obtuvo D. Juan Fernandez, tan odiado, por lo mismo, como temido de los franceses en las Alpujaras.

No eran ésas condiciones que reuniese sólo el Alcalde de Otívar, que tambien adornaban á otros guerrilleros célebres de la guerra de la Independencia. Los que se distinguían por lo valientes y hábiles en los combates, solían ser tambien los que más se pagaban de magnánimos y generosos; cualidad por

lo regular inherente en los hombres á la de la conciencia de su fuerza. Y Mina, Longa, el Empecinado, Sanchez y otros que sería prolijo enumerar, blasonaban tanto de su índole caballeresca, áun nacidos en las últimas gradas de la sociedad, como de su intransigencia patriótica y de su tenacidad y valentía.

Habiendo sorprendido Mina, por Abril de 1812, un convoy en que volvían á Francia la señora y cinco hijos de M. Deslandes, los hizo restituir á su familia; escribiendo con este motivo al Gobierno: «Estos angelitos, víctimas inocentes en los primeros pasos de su vida, han merecido de mi division todos los sentimientos de compasion y cariño que dictan la religion, la humanidad, edad tan tierna y suerte tan desventurada... Los niños, por su candor, tienen en mi alma el mayor ascendiente, y son la única fuerza que imprime y amolda el corazon guerrero de Cruchaga.»

Podríamos aún citar rasgos de esa índole no poco comunes en nuestros guerrilleros y soldados, si no nos lo vedasen la ocasion, el sitio y cien otras consideraciones que, de seguro, apreciarán nuestros lectores. Hemos querido tan sólo demostrar que si la version de Schépeler no fuese completamente exacta, sería verosimil, y revelaría, de todos modos, el concepto que la opinion pública concedía al Alcalde de Otívar.

¡A ese hombre, sin embargo, y á los que como él defendieron en la guerra de la Independencia los fueros que ella representaba de libertad nacional,

religion, monarquía y tantos otros sentimientos que se veían ofendidos por los invasores y su ambicioso jefe, se les abrumaba con epítetos á cual más injuriosos y denigrantes!

V.

Con el carácter ya de coronel, el Alcalde de Otívar se hallaba en Junio de 1811 combatiendo otra vez á los franceses. Su nueva posición le obligaba á someter las operaciones que emprendiese á la aprobación de los generales encargados del mando en el distrito, y hasta á incorporar su tropa á las que aquellos rigiesen. Acababa, pues, de llegar al santuario, ya citado, de Boijar, cuando recibió órdenes para ponerse á las del general conde del Montijo, destinado á operar una diversion amenazadora sobre el territorio de Granada.

Atacado vivamente por los franceses, divididos en varias y fuertes columnas, hubo de retirarse el 9 de Junio de la Venta del Fraile; pero el 22 se batía con fortuna en el lugar de Pinos del Valle, á la vista del conde, su jefe, que presenciaba la acción desde el puente de Tablate.

Los meses siguientes de Julio y Agosto trascurrieron en un combate puede decirse que continuo, siendo raro el día en que no se verificase un choque entre sus fuerzas, que pocas veces pasaban de unos 400 hombres, y las que acumulaban los

franceses temerosos de un ataque formal á los muros de Granada.

El general Freire se mantenía en los caminos de Murcia, campado en la Venta del Baul, con gruesos destacamentos sobre su derecha é izquierda, hácia Baeza y Almería. Nada tiene, pues, de extraño que el mariscal Soult temiese por Granada ó, cuando ménos, por las comunicaciones de esta capital con la costa de Levante, amenazada sin cesar por las guerrillas y destinada á recibir las tropas que la Regencia creyó deber enviar con el general Blake para la defensa del reino de Valencia, que veía invadido por el mariscal Suchet.

Hasta el Suspiro del Moro había llegado Montijo, causando en Granada tal consternacion, que se hizo fortificar seriamente la Alhambra, temerosos los franceses de un ataque inmediato, y áun pensando en abandonar la ciudad por considerarse sin fuerza para defenderla.

No tenía mucha, con efecto, el cuarto ejército, por las bajas que le producían sus infructuosas diversiones hácia Baza y Ubeda, donde Freire y Cuadra las supieron tan rudamente escarmentar. No cesaba, pues, Sebastiani de pedir refuerzos, sin que lograrse, empero, verlos sino cuando la conjuncion física que le devoraba y sus piques y rencillas con el mariscal Soult le obligaron á abandonar la España.

Soult en persona acudió á Granada con fuerzas numerosas, y entónces tuvieron lugar la desgraciada accion de Zújar y la retirada del general Freire

á la provincia de Murcia, donde hubo de abandonar el mando.

«Al mismo tiempo, dice el conde de Toreno, no dejaron al del Montijo tranquilo las fuerzas que el mariscal Soult había enviado sobre las Alpujarras y la costa, y que ascendían á 1.800 peones y 1.000 caballos. Llegaron éstas á Almería á tiempo que todavía desembarcaba un batallon de la expedicion de Blake que pudo librarse. Lo mismo aconteció á Montijo, que no dejó de molestar al enemigo, y áun de sorprender la guarnicion de Motril, con cuyo trofeo y otros prisioneros se reunió al cuerpo principal del ejército.»

Pero á fin de que se sepa la participacion sumamente eficaz y gloriosa que en esta corta campaña tuvo el Alcalde de Otívar, y para que se vea cuán acalorada andaba la lucha en las Alpujarras, su principal teatro, vamos á copiar aquí una parte del animado y expresivo escrito de nuestro guerrillero sobre sus operaciones en aquellos dias:

«El 29 del mismo (Julio de 1811) fuí atacado, dice, por 80 dragones mandados por un famoso comandante de caballería que, á pesar de haberme sorprendido dentro de la villa de Fornes recogiendo los granos de sus confiscaciones para remitirlos al señor conde del Montijo, fué muerto á mis primeros tiros, por cuya muerte manifestó el Gobierno intruso gran sentimiento por su valor é intrepidez: reforzado que fué su segundo por 25 dragones más y 70 infantes, me acometió por dos veces, en las que tuvieron 27 dragones muertos, 11

heridos y 3 id. caballos, y por nuestra parte hubo un soldado de caballería muerto, un herido y un caballo id.

»El 4 de Agosto pasé á Alendin con los referidos 150 caballos con el fin de descubrir las fuerzas del enemigo é incomodarlo si hallaba oportunidad, y aunque lo conseguí, reuniéndose á ellos la caballería que tenían en Almilla y Alendin me acometieron en 3 divisiones y me obligaron á hacer una ordenada retirada, matándome un caballo y sufriendo el enemigo la pérdida de 3 dragones con sus 3 caballos y otros 3 heridos.

»El 8 del mismo pasé á Dulcar con toda mi caballería y 200 infantes, á batir cierto número también de caballería é infantería que pasaban á registrar los cañones de Dablate: les perturbé dicha revista y les perseguí hasta el mismo Suspiro del Moro y les maté un dragon.

»El 11 de id. salí de mi quartel de canton de Albuñuelas con motivo del parte que recibí del Paúl que me manifestaba bajaban para Lanjaron 98 dragones núm. 112 y 450 infantes del 9 con un Coronel de caballería y un Teniente Coronel de Infantería, dejándose 50 dragones en el Paúl de guarnicion; y creyendo yo favorable atacar los del Paúl para dejar libre mi retaguardia, metí mi infantería compuesta de 407 plazas y 80 caballos en el puente de Dulcar por el sitio nombrado Conchar y Lofijar; dejando la infantería cubierta con el borde de la acequia puse la caballería á derecha é izquierda y haciendo salir una guerrilla de 11 caballos que me

acompañasen seguimos hasta las inmediaciones del Paúl para hacerle la llamada al enemigo, y efectivamente salió al punto una guerrilla de unos 12 caballos y los demas seguian formados con espada en mano, y metiéndolos en el paraje que tenia pensado y que tenia apostada mi infanteria y restante caballeria logré matarles 7 dragones é hice 3 id. prisioneros que mandé afusilar porque trataron fugarse á sus tropas, haciendo huir á los demas vergonzosamente hasta pasado dicho Suspiro del Moro, sin que se detuviesen en el Paúl; por cuyas calles iban con la mayor precipitacion, sabiendo por aquellos vecinos haber muerto 4 dragones que iban muy mal heridos: Conseguido este desalojo, seguí hasta Lanjaron, dejándome la 4.^a compañía de mi mando compuesta de 48 plazas apostada en los parapetos contruidos de órden del Excmo Sr Conde del Montijo: llegué á las 11 de la noche y entré haciendo fuego por diferentes puntos al Pueblo, con lo que logré lo desalojase el enemigo, y se acampase fuera de él: al siguiente dia los atacé á toda fuerza echándolos de la posicion que tenian tomada, emprendiendo mi marcha á Velezillos y dejando en su seguimiento las compañías de Granaderos y cazadores, seguí yo con la restante tropa á la junta de los rios por si podia cortarles y llegando todos á un mismo tiempo se emprendió un vivísimo fuego que duró como una hora, con la pérdida por parte del enemigo de 11 infantes muertos, un trompeta y un caballo, y retrocediéndose á ocupar á Velezillos, entónces dispuse que mis tropas descansasen como

una hora para que desconfiase el enemigo del seguimiento, y creyendóselo en efecto así, dispusieron sus ranchos en dicho pueblo, y ántes de disfrutarlos entré con mi tropa haciéndoles un fuego muy veloz que causó tal efecto que al momento lo desalojaron y sirvieron para los míos los ranchos que los contrarios habian condimentado: ellos fueron á acamparse á la cuesta de la Escalera, y luego que mi gente hubo comido seguí mi marcha y volviendo á romperles el fuego los desalojé tambien de dicho punto siguiéndoles hasta que se pusieron al amparo de las casas de la ciudad de Motril: en ella continué haciéndoles fuego lo restante de aquel dia en el qual perdieron 11 dragones que querian ocultarlos y no lo consiguieron por mas diligencias que hicieron: llegada la noche mandé tocar á degüello y me entré con el todo de mi infanteria y caballeria dentro de la ciudad de la que salieron los enemigos y les hice 4 prisioneros del núm. 9.; y fueron á camparse á la Rambla del Puntalon distante una media legua: al amanecer del dia siguiente los atacé y duró el fuego hasta las 11 de la mañana: les maté 4 dragones y huyendo trataban fugarse por el sitio llamado Luxar, y por allí refugiarse á Granada: conociendo yo esta idea dispuse sin demora salir á cortarlos por Orgiba á cuyo tiempo recibí un oficio del Exmo Sr Conde del Montijo cuya venida ignoraba y me decia que llevaba yo á mal traer á los enemigos en aquella vega de Motril, que por la parte de Hualchos iba su jefe de Estado Mayor con 400 hombres, que por el centro iba S. E. con el regimiento de

Cuenca y bastante caballería y así que cubriese yo su derecha lo que observé inmediatamente y viendo que S. E. tardaba traté seguirlos en su retirada lo que no executé por haber oido un fuerte tiroteo por donde S. E. me señaló venia su Jefe del Estado Mayor y á cuyo tiempo ví asomar á dicho Excmo Sr con la caballería de su mando y el todo de su infantería; y me fué forzoso detenerme hasta su llegada que me preguntó dónde estaba el Enemigo: contestele que á la una del dia habia oido un fuerte tiroteo hácia Hualchos que ignoraba si sería con el Jefe de su Estado Mayor ó con una de mis guerrillas que habia mandado á las observaciones del Enemigo en aquel punto pero que se me participaba por mi descubierta que venia el Enemigo avanzando por Motril: consiguiente á esta razon traté con dicho Sr Excmo atacarlos á toda costa señalándome el punto de su izquierda, se tomó S. E. el de la derecha y furiosos á porfía partimos hácia el Enemigo: le hallamos á corta distancia emboscado en un olivar en un sitio llamado de la Rambla del Puntalon y entrando por la izquierda de dicho olivar les hice salir de su emboscada y rompiendo la caballería enemiga por la derecha, no pudiendo sostenerla las tropas de S. E. se pudiesen escapar 28 dragones y con ellos el Coronel que los mandaba: al punto mandé una porcion de mi caballería reunida con algunos soldados de S. E. los persiguieron hasta encontrarse con la 4.^a compañía que me dejé apostada en los parapetos del Puente de Dulcar á quienes ya habia oficiado y se tardaba la

incorporacion que les prevenia dieron con dicho Coronel y dragones entre Velezcillos y Cuesta de la Escalera, les rompieron el fuego y sólo pudieron escapar 15 con el citado Coronel y éste pasado un muslo, y de dicho número murieron algunos en Granada, yo seguí mi izquierda é hice á la infantería dejase la emboscada; y á fuerza del vivo fuego les fué forzoso á los que en aquel acto no murieron saltar la acequia principal de dicha ciudad y meterse en la Vega, en donde se armó una funcion de tiros y cuchilladas, que si no unos 180 que se rindieron prisioneros todos los demas quedaron muertos en el campo de batalla: de dichos prisioneros se hizo cargo S. E. y desde allí partimos, S. E. para Velezcillos y yo para Molvizar: estando disponiendo los ranchos se oyó un fuerte tiroteo por la Cuesta de la Cebada y sin comer la tropa salimos por los Palomares de Lobres con direccion á dicha Cuesta, y encontrando algunos soldados de los del Excelentísimo Sr Conde del Montijo me informaron de haberse dispersado todas sus tropas: pasé á reunir las y al siguiente dia divisé una descubierta enemiga que se dirigia para Huejar y Fondon donde yo me hallaba: inmediatamente salí con una guerrilla de 14 caballos y haciéndoles fuego los rechacé violentamente matándoles 4 dragones siguiéndoles hasta la Cuesta de la Cebada y regreseme á mi citado punto que permanecí hasta las 5 de la tarde que logrando reunir al Teniente Coronel del Regimiento de Alpujarras D. Josef Castillo y número de 600 y más infantes de diferentes cuerpos traté con

dicho Jefe volver á atacar al enemigo á que no accedió por no tener municiones, y reflexionar que estaba en un pueblo donde no nos suministrarían raciones: pasamos á Ytrago donde tuvimos noticia que el Excmo Sr Conde del Montijo se hallaba sobre Lentegí á donde se le dirigió oficio: respondió sin tardanza que su direccion era á Competa y que allí debía caer la reunion: con motivo de este aviso me pidió Castillo una espía que le guiase hasta dicho punto lo que le facilité, y queriendo le siguiese le contesté no podía ser por el motivo de saber que en Motril habían entrado 300 enemigos, y que si sabian que todos marchábamos á Competa nos perseguirían y estorbarían dicha reunion, pues permaneciendo yo en aquel sitio con conocimiento del terreno, aun cuando no les quebrase sus fuerzas á lo ménos les llamaria la atencion y les cortaria la fuerza para agolparse todos para Competa contra S. E., el mismo Castillo y tropas de sus mandos: así se verificó pues al siguiente dia fuí atacado por dos divisiones de 600 hombres cerrándome por derecha é izquierda: esta llegó á Otibar donde pasaron, y la de derecha subiendo por frente de Gete llegó hasta la loma nombrada Hehbra, en donde tenia yo una descubierta de 14 hombres á la observacion de todo aquel terreno los quales haciéndoles fuego desde su altura les mataron dos Cabos y un Sargento retrocediendo los enemigos para abajo; vino á incorporarse con la division de Otibar marchando ambas para Almuñecar sin haber habido por nuestra parte la mas leve pérdida, mas no olvidan-

doseme que pudiera ser aquello una falsa retirada para acometerme á otro dia por todos los puntos de mi flanco, luego que anocheció emprendi mi marcha para la Sierra de Albuñuelas, donde me acampé y principié á hacer mis nuevas correrias hasta el valle y vega de Granada á donde llamé la atencion á 600 dragones y 300 infantes que me atacaron al 7.º dia de estar acampado y aunque me fué forzoso retirarme é irle sosteniendo con una guerrilla de 20 hombres de Caballeria les maté quatro caballos é ignoro si de los soldados murió alguno respecto á que quedó el campo por ellos: deseando incomodarlos como siempre hice mi retirada á la Costa; puse mi partida al mando de D. Juan Guerra Comandante de una de Patriotas dándole órden viesse si podia sorprender una guarnicion corta que habia en el castillo de Almuñecar; mas á pesar de la instruccion que para ello le di no lo hizo así, antes bien empezó á tiros en las inmediaciones de la ciudad para prevenir á los enemigos que se refugiaron al Castillo: El Guerra recogió como unos 3,900 reales vellon que se hallaban depositados de contribucion en poder de D. Pedro Romera Monteagudo; sacó un número considerable de alpargates, morrales, costales etc que habia en una tienda de un particular llamado Francisco Salazar natural de Granada: salió y se dirigió á Nerja 5 leguas de distancia; entónces salieron los Franceses de dicho castillo de Almuñecar y unidos á la tripulacion de un Corsario que se hallaba en aquel punto empezaron á hacer fuego á todos los vecinos que encontraban por las calles re-

sultando la muerte de tres infelices: ignorando yo todos estos acontecimientos tomé mi retirada con mis 82 individuos para la villa de Cazulas en donde segun mi Plan debia encontrar á Guerra con la demas gente que dejé á su cargo y el encuentro que tube fué el de 150 infantes y 50 caballos enemigos que al momento se formaron en batalla, mas yo lejos de intimidarme, con el espiritu y el valor de mi genial, no tan sólo sustuve una fuerte lucha, con los 82 individuos de mi mando sino que fueron éstos suficientes para que antes de una hora fuesen derrotados los enemigos matándoles 4 caballos, 3 ginetes, 11 infantes y 17 heridos que se refugiaron á Otibar hasta donde les seguí y dejé por temor no incendiaran el Pueblo como otra vez que viniesen: por nuestra parte no hubo desgracia alguna.»

Ese era el tráfago que llevaban los guerrilleros en España. El descanso les era completamente desconocido; y así, curtidos en las rudas faenas de la guerra, no consentían, en cambio, ni un instante de respiro á los enemigos. Por eso la guerra de España se hizo tan impopular en Francia, donde sólo la catástrofe de Rusia pudo hacer soportable la suerte de los padres que tenían sus hijos á las manos todos los dias con nuestros infatigables partidarios.

«Los españoles, dice Proudhon en *La guerre et la Paix*, no pudiendo defenderse en masas contra masas, se formaron en guerrillas y principiaron aquella guerra de emboscadas en que perecieron 500.000 franceses. Éstos, avergonzados del papel que se les

hacía representar, pero obligados también por su juramento á cumplir con su deber, encontrando esta guerra tan cobarde como feroz, ahorcaban cuantos guerrilleros cogían y fusilaban á cuantos les eran sospechosos. Dicen los autores «¡Derecho de represalias!» Pero, ¿quién había principiado á infringir las leyes? ¿No eran los que sorprendiendo *en fragante delito* de desarme y de confianza á la nación española, haciendo traición á su hospitalidad, llamaban en seguida á esta nación, así ultrajada, á batallas desiguales é irrisorias? ¿No eran, en una palabra, los soldados de Austerlitz y de Friedland?... Después de 1805, 1806 y 1807, ¿estaba Napoleón tan cansado de vencer que atacaba de un modo tan traidor á una nación amiga y desarmada?»

Esto no obstante, la guerra ofrecía en España también el espectáculo de grandes operaciones, á cuya ejecución favorecía grandemente la fatiga que las guerrillas causaban en las filas enemigas.

El ejército francés que, acosado sin cesar por ellas, veía el reposo que le era necesario constantemente turbado, sus forrajes interrumpidos, sus convoyes asaltados y sus comunicaciones cortadas, llegaba á los campos de batalla que le ofrecían las tropas españolas ó las aliadas, con sus fuerzas exhaustas, su moral perdida y, cuando más, con la desesperación por contrapeso á su debilidad.

Laurillard-Fallot, en su *Curso de arte militar*, dice:

«El merodeo aplicado á las estériles comarcas de la España, costó dos veces más hombres que las

batallas campales á los franceses que, para subsistir, se veían obligados á dispersarse por superficies inmensas, lo cual no les permitía concentrarse cuando era necesario, y los entregaba impotentes á las bandas enemigas.»

Por eso, el general Gaertner, nuestro ilustrado amigo, comparaba el ejército frances en la guerra de la Independencia con el valiente bruto que se lidia en nuestras plazas de toros. Rejoneado primero, capeado y cubierto de banderillas despues, va por fin, jadeante y pudiéndose apénas sostener, tales son su cansancio y sus dolores, á ofrecerse víctima, no pocas veces indefensa, á la agilidad y el afilado hierro del diestro.

Y esto sin contar con que los guerrilleros que tan de continuo acosaban á ese mismo ejército, pero dispersos generalmente, se reunían á veces ó iban á formar parte de algun cuerpo de tropas regulares para acometerle entónces tambien é intentar su destruccion.

Así vemos en los párrafos trascritos del diario del Alcalde de Otívar que sucedió en la batida dada á los franceses de Motril por el conde del Montijo. Si posibles fueran mayor actividad y energía más ardiente que las desplegadas hasta entónces por el celebérrimo *Caridad*, sólo podríamos observarlas en las operaciones sucesivas que emprendió, anhelante siempre por arrojar de aquellas montañas hasta el último de sus aborrecidos invasores.

VI.

Como todas las operaciones á que nos hemos ido refiriendo en el capítulo anterior tenían lugar durante la invasion de la provincia de Murcia por el mariscal Soult, quien, segun ya dijimos, había reforzado los destacamentos destinados á la Alpujarra, no cesaron los combates despues del de Motril. Por el contrario, se habian hecho más frecuentes que ántes, y cada dia más encarnizados. Y era que Soult que, entre las varias razones que daba entónces para no proseguir su avance, tenía la de la aparicion del general Ballesteros en la serranía de Ronda, deseaba, á la vez que escarmentarle, limpiar toda la zona del litoral que cubre la cordillera bética de las guerrillas que tanto entorpecían su accion contra la isla gaditana. Él, así, y Drouet que, al relevar á Sebastiani, había llevado una division de refuerzo al 4.º cuerpo, ponían el mayor ahínco en asegurar su dominacion en Andalucía.

El 6 de Octubre combatía el Alcalde en Rioseco junto á los Tablazos de Nerja, teniendo que retirarse ante las superiores fuerzas de infantería y caballería que le presentaron los franceses. En su retirada, y abandonado por su compañero Guerra, rechazó tres columnas que intentaron apoderarse de las posiciones que había elegido, matando por su propia mano al teniente coronel que las mandaba, y haciendo, además, morder la tierra á 43 de los que

las componían. Pocos días después, y no lejos de Almuñécar, trababa nuevo combate, en que al segundo tiro del Alcalde caía muerto el comandante francés, al tercero el que le sustituyó en el mando, y al cuarto hería á otro oficial; persiguiendo después á los demás hasta Gete, no sin matar en la persecucion 17 infantes y un caballo, herir á 11 y hacer un prisionero.

En seguida se dirigió á Pinos del Valle, y atacó á la guarnicion, dividida su fuerza en tres cuerpos con una reserva que puso á las órdenes de su ayudante D. José Estévan. Y hubiera tomado la casa en que se había refugiado la guarnicion, incendiando una ermita contigua de que hizo sacar ántes *su ornamento, esfigies, aras y toda servidumbre de altares y ropa de sacristía*, sin la oportuna llegada de 450 franceses que desde el Padul acudían en auxilio de sus camaradas.

Tan dueño se iba haciendo del país, que, al retirarse de aquel punto, se encaminó tranquilamente al sitio del Pozuelo, donde estuvo 16 días sin que le molestase nadie, y se paseó después por Jayena, Arenas, Fornes, Gatar, Cómpea, Torrox, Frigiliana, Nerja y Maxo, adonde llegaba el 30 de Octubre. El 1.º de Noviembre, sin embargo, tuvo que pelear de nuevo con una columna francesa procedente de Almuñécar, «y avanzando mis guerrillas, dice el escrito del Alcalde, se trabó la accion y logré rechazarla con tanta gloria que sin poderse refugiar al mencionado pueblo (Maxo), les hice marchar vergonzosamente para Almuñécar matán-

doles 24 infantes é hiriéndoles 16 y un caballo: por mi parte, continúa, no hubo más desgracia que por vengarse cogieron un perro de uno de mis asistentes que como veía corrían de escape los seguía ladrando y lo mataron.»

El 5 de aquel mismo mes, encontraba un destacamento, á cuyo capitan mató por su mano con otros siete polacos más; y el 9 se dirigía en busca de unas partidas de juramentados que le avisaron comenzaban á formarse en la Alpujarra.

No eran seguramente las primeras en aquel país, como habrán observado nuestros lectores en la parte que ya hemos copiado de la relacion del alcalde alpujarreño; pero á un español no puede menos de producirle honda sensacion el considerar la lucha que hubo de sostener aquel insigne guerrillero con algunos de sus mismos compatriotas alzados en armas por la causa del Intruso.

Andalucía ofreció ese espectáculo con harta y lamentable frecuencia, aun viendo flotar gallardamente la bandera española en las murallas de Cádiz. Las provincias que dos años ántes habían hecho el más glorioso alarde que pueblo alguno hubiese presenciado, pisoteando las hasta entónces nunca humilladas águilas francesas, daban en 1810 más guerrilleros quizás en favor de José que para el movimiento nacional. Aflige profundamente el examen de las *Gacetas* de una y otra parte de los beligerantes, donde aparece el gran número de partidas que guardaban las poblaciones andaluzas ó batían la campaña al abrigo del ejército frances contra

las que otros, inspirándose en su patriotismo y en la idea de su independencia, levantaban para la defensa de tan preciados intereses.

¿Qué de extraño, pues, que hombres impresionables como el Alcalde de Otívar se ensañaran tan cruelmente con los que tendrían por desleales é indignos españoles? Para ellos serían mil veces más repugnantes los *Josefnos* que los mismos franceses.

Y tan despiadados se mostraron, con efecto, algunos de nuestros guerrilleros, varios de los que hasta buscaban pretexto en ello para cometer todo género de atropellos en los pueblos, que la Regencia y los generales en jefe hubieron de dar comisión á un número considerable de jefes militares para tener á raya á no pocos de aquellos en sus desmanes y demasías. En la tierra próxima de Jaen recordamos que campeaba á principios de 1812 el despues brigadier D. Antonio Porta, quien con el carácter de comandante general de la provincia, se ocupó mejor en el exterminio de malhechores y en extinguir las partidas sueltas que por ella vagaban con más daño que provecho de los pueblos, obligándolas á incorporarse al batallon ó al escuadron de su mando, que en combatir á los franceses, á pesar de no descansar un momento en la tarea de sorprender sus destacamentos y cortar sus comunicaciones y convoyes.

Pero el Alcalde de Otívar no sólo tuvo que luchar con las partidas de juramentados que la discordia española ó la afición al Intruso levantaban, sino

contra armas aún más afiladas, las de la seducción, puestas en uso por personas que se suponían con influjo sobre él.

En Agosto de 1811 recibía la carta siguiente:

«Granada y Agosto 22 de 1811.—Sr. D. Juan Fernandez.—Muy señor mio y de toda mi estimacion: Su amigo de Vd. Frasquito Garaña del Algarrobo, me habló dias pasados para ver si se podía conseguir la libertad de su muger de Vd. y de su niña, que no ha podido ser hasta la presente por dificultades que á boca dirá á Vd. su misma muger, pues en Cádiz creian que para hiciese daños á su patria convenia que su muger estuviese presa.—Llegó en fin la hora de que yo pudiese hablar al Sr. Mariscal Duque de Dalmacia, á su vuelta de haber derrotado al ejército de Freire; y le manifesté la inocencia de su muger y de su hija menor, haciendo el justo elogio de Vd. y de su conducta anterior, que siempre fué un hombre de bien y pacífico, y no como otros que han entrado en las guerrillas porque antes eran asesinos y ladrones para poder continuar robando.—S. Exa el Sr Mariscal que tiene un corazon el mas noble y compasivo que puede hallarse, en el instante le concedió la libertad á su muger é hija de Vd. expresandome estas formales palabras «Si el Alcalde de Otívar es tan hombre de bien como Vd. me lo pinta, que deje de hacer males á su propia patria y á los españoles mismos que son los unicos que padecen por él. Yo estoy pronto á perdonarlo, á conservarle su empleo y su caudal juntamente con sus honores, que le haya dado el go-

bierno de Cádiz, y le daré el mando de toda la costa para que la limpie de ladrones foragidos y malhechores. Asimismo indultaré á todos los que él diga y presente y se les darán los empleos para los quales él los proponga en su misma comision.»= Ya vé Vd. que ocasion tan favorable le presenta la fortuna. Vd. puede, si quiere, ser feliz con su muger y sus hijos, viviendo en su misma Patria con riquezas y dando empleos á sus amigos y conocidos que Vd. sepa por experiéncia que son hombres de bien.=En esto conocerá Vd. la nobleza de corazon del Sr. Mariscal pues nada interesa en su indulto, si no es restituir la tranquilidad á los miserables pueblos que padecen. Por lo demas sabe Vd. bien que al exercito frances no le pueden hacer daño alguno las partidas, pues cuando quiere arroya á los exercitos españoles como le ha sucedido á Freire. Vd. vé quanto ha cacareado el Conde del Montiijo, y asi que vió que podia ser cogido se ha escapado. En fin, Vd. tiene juicio, y ve que esta vida asi, no puede durar mucho, que seis meses antes, ó seis meses despues está Vd. expuesto á un lance como el del Padul del qual no pueda escapar como la vez pasada; y que en conciencia debe Vd. aprovechar la fortuna que se le presenta para no dejar perdida á su pobre muger y á sus hijos. Por todas partes los franceses ganan. Todas las plazas, unas tras de otras, caen en sus manos y nadie les quita una siquiera, y el Rey que acaba de llegar á Madrid de vuelta de Paris, trae cien mil hombres mas para concluir esta guerra que no puede tardar

dos ó tres meses. Y entonces, ¿Qué será de Vd., de su muger, de sus hijos y de sus mejores amigos que le acompañan? Todos perdidos y sacrificados unos hoy, otros mañana.—Amigo mio, reflexione Vd. sobre estas verdades, y no deje escapar la fortuna que llama á su puerta. Yo no tengo otro interes en esto que su bien y el de su familia. Llame Vd. á Frasquito Garaña y preguntetele si podrá fiarse de lo que yo le digo. Sobre todo use Vd. de la mayor reserva y mediante á que voy yo á Málaga y allá irá el Sr. Mariscal digale Vd. á Frasquito que vaya á verme á Málaga y él me dirá lo que Vd. piensa hacer.—Mientras tanto no dé Vd. publicidad á esta carta confidencial, ni haga cosa que le pueda comprometer de nuevo.—Tome Vd. el consejo de uno que le quiere. Salvese Vd. y haga feliz á su familia, á sus amigos y á los pueblos y reciba Vd. el sincero afecto de su servidor y amigo—Q. S. M. B.—Francisco Aguilar.»

Hé aquí ahora la contestacion del Alcalde:

«Sr. D. Francisco Aguilar.—Somos 19 de Septiembre. Muy Sr. mio y de todo mi aprecio: En efecto vino á verme el amigo Frasquito Garaña quien me ha informado largamente de la afabilidad de Vd. su afecto, sencillez y protexion como é igualmente los singulares officios que Vd. hizo para con el Sr. Soult á cerca de la libertad de mi amada consorte y querida hija que consiguió y por lo que doy á Vd. las mas debidas gracias hañadiendole quisiera (como lo deseo) se proporcionen ocasiones en que pueda manifestar á Vd. ó alguno de sus

recomendados mi gratitud y total agradecimiento: por lo que respecta á las demas reflexiones de que Vd. me trata en la suya me es sumamente doloroso contestarlas pues en tocandome en materia en que conozca se perjudica la Real persona de mi amado y penetrado Rey D. Fernando 7.º y sus Reales Armas á quien tan tanto obedezco aprecio y defiendo, es cosa que se me borran todas las luces del entendimiento cegandome con las armas de la mano para defender tan justísima causa que no puedo menos de creer; así lo conocera el talento de Vd. y cariño español á un Rey justo, lexítimo y benefico, aunque la fuerza haga reyne en Vd. passion contraria: bien le compadezco á Vd. segun los loables fines de que me ha informado Frasquito por cuya razon siento en Vd. mas que en otro lo encaprichen haciendolo credulo á ciertas operaciones fantasticas de las cosas del dia, cuya expresion debo manifestarla á Vd. quando le han hecho creer el derrote de Freyre habiendo sido por la contraria quien con Montijo Blech y otros dignos Gefes corren sobre Granada apresurados con las armas en la mano por hazerlas brillar como en breves dias oyra Vd. sus progresos y toda la Nacion Francesa: Vd. crea firmemente quanto le digo y procure salvarse antes que llegue esta epoca, en vez de aconsejarme mi desgraciada suerte de Indulto: este jamas lo solicitaré pues tengo jurado á Dios y prometido al Rey D. Fernando 7.º no bolverle las espaldas: así lo hize quando recibí en su Real nombre la vara de primer Alcalde de Otívar y en cuya justa

determinacion perceberaré hasta mis ultimos momentos de mi vida y que disponga de ella el todo poderoso que me la concedió. =Frasquito no me ha hecho ningun esfuerzo sobre mi presentacion pues que conoce para lo que seria como yo. =Deseo la salud de Vd. etc. =Juan Fernandez. =Sigue la rúbrica del Alcalde.»

Ya que la carta de Aguilar no produjo resultado, se hizo que le escribiese en el mismo sentido don Martin de Llanos, regidor de las Alpujarras en Ugijar, y que con el carácter de Comandante militar, fué uno de los que le combatieron más rudamente al frente de una compañía de escopeteros.

La carta decia así:

«Sr. D. Juan Fernandez. =Muy Sr. mio y dueño: Es llegado el caso de contestarle á Vd. á la carta que me escribio desde Ujijar por el conducto de mi hijo. =Yo, amigo mio, no puedo asentir á nada de lo que en ella se contiene; pero quiero pagarle la fineza de haber dejado á mi mujer en libertad. =Vd. no podra ya reinar muchos dias en sus correrías: las cosas han mudado del todo; ya no hay exercito de levante y Valencia esta muy gustosa con que S. M. D. Jose Napoleon haya entrado en ella, y los veinte y dos mil prisioneros que hizo S. M. bendicen la hora en que cayeron en sus manos. =Pero no hablemos de esto; aunque esto no hubiera sucedido asi, Vd. sabe que la última *carga es del Rey*, y que mas tarde ó mas temprano perderá Vd. su vida. =Digo esto, para que Vd. reflexione y que jamas se queje que no procuro pagarle la vida que

no quiso quitar á mi familia: asi que le prometo ser su Padrino; le prometo el perdon y le prometo una vida tranquila. Vd. tiene pesetas y las disfrutará sin que nadie le haga cargo.=Tres mil hombres libres de otras ciudades seguiran á Vd. tan constantemente como la sombra sigue á su cuerpo. Aproveche amigo mio los instantes; entre en negociaciones conmigo; cíteme si gusta para que nos veamos solos, y bajo la recíproca Palabra de honor Vd. sera salvo, y los compañeros de su afecto.=He manifestado el que le profesa su servidor.= El Corregidor y Comandante de las Alpujarras, Martin de Llanos.=P. D. Lo mismo digo al Aro.= Sr. D. Juan Fernandez Cañas.»

Sigue en los documentos justificativos que acompañan al manuscrito la contestacion, que dice:

CONTESTO.

«Sr. D. Martin de Llanos: Muy Sr. mio: antes de que recibiera el escrito de Vd. que llegó á mis manos anoche á las 11 de ella, tenía formado otro concepto de Vd. en su favor respecto á creerle un Sugeto de talento, lo detesto en vista del contenido de la de Vd. quando veo que el Gobierno que hoy le rige le hace crédulo á semejantes encaprichamientos. La toma de Valencia solo aparece en los papeles públicos de su Gobierno, pues los Españoles estamos muy bien satisfechos del suceso ocurrido en dicha capital. Supongo fuese cierta dicha Capitulacion y que hubiesen caido en poder del intruso Gobierno los 22.000 prisioneros que Vd. su-

pone: ¿por esto cree Vd. haber desistido la Suprema Regencia de España é Indias de dar sus rápidas y mas eficacias disposiciones en defensa de su Patria y rescate de su legítimo Soberano? Padece Vd. una crasa equivocacion; Vd. lo que debe procurar en vez de darme semejantes consejos, es salvarse, pues ademas de los valerosos exercitos que quedan en España (fuera del de Valencia) debe la Nacion francesa esperar el Levantamiento en masa de toda España, á quien tanto deben los franceses y Vd. temer, pues ya se va formando en furor al ver tanta impostura para aniquilarla y seducirla. = Quando los generales Polacos Werlé y Dembosqui tomaron á porfía perseguirme mas de un año con sus dos gruesas divisiones unidas á la Columna movible de Competa, todas con el objeto de derrotarme y exterminar mis Individuos; solo pudieron conseguir en las repetidas veces que salieron á batirme ponerse ambos Gefes en salvo ántes que les alcanzase y sufrir igual suerte que la mayor parte de sus tropas, que quedaron en el campo donde me combatieron para escarmiento de todos ellos; y solo se consolaban con ponerme miles de escritos de prometimiento para que me Indutase de que hice igual aprecio que otro que me dirigió (y conservo en mi poder) D. Francisco Aguilar y Costa, Intendente de los antiguos Reales sitios de España, provisto por el intruso Gobierno á nombre del mismo Mariscal Soult para que me Indultase, dandome el mando de todas las costas con otras ventajas. Cerquese Vd. á Conde y el dirá á Vd. la respuesta, pues quando

ningun caso ni aprecio hize á semejantes proposiciones, menos caso haría de sus escritos de usted quando contemplo son de un Sujeto de equivocada opinion.=La libertad de su familia de Vd. en Ugi-jar solo procedió por mirarla con ojos de compasion; ser yo sumamente afecto á la razon y justicia; haberme dado buenos informes de sus conduci-mientos, y por consiguiente bastarme oyr á su mis-ma consorte de Vd., y sus lexitimas hijas no tenían culpa para padecer las maldades é iniquidades de su padre y marido.=Si el Exercito de Levante se hubiese ya sumergido él resollará á su tiempo de-bido, y si los 22.000 prisioneros que han caido en poder del Intruso Gobierno bendicen la hora en que así sucedió; enorabuena sean sus pensamien-tos, yo pido al todo poderoso no me abrebie los ins-tantes de mi vida para darsela incesantemente á este Señor, para perseverar en los míos y darle gracias de vivirle siendo un Verdadero Español. Paseslo Vd. bien. Etc.—Juan Fernandez:—Su rú-brica.»

Estos conatos de seducccion encendían más y más el ánimo del Alcalde, haciéndole proseguir la guer-ra y encarnizarse cada vez más con los que él lla-maba *españoles infames y traidores*.

Para que se comprenda el ardor que de él se ha-bía apoderado, vamos á trasladar unas páginas de su escrito, donde se pinta la persecucion de sse mismo corregidor Llanos que hemos visto trataba de seducirle y donde se cita la ocasion que dió pre-texto á su carta.

«El 17 (de Noviembre de 1811) por la mañana cerqué la villa de Ugijar creyendo encontrar allí el Corregidor Llanos y á Maldonado, y recibíéndome aquel Juez interino y otros sujetos de conducta, entré en la plaza con mi tropa; di por órden la mayor reserva con el vecindario é hice marchar á todos á sus casas; seguidamente me encaminé á las de Llanos y Maldonado; hallé á sus respectivas mujeres y las arresté al cargo de un oficial previniendo á éste su buen manejo y trato, y sabiendo por ellas mismas que habían marchado sus maridos para Almería con tropa Imperial sin perder momento me puse en marcha para Dalías y á la media legua divisé al enemigo que formado en dos columnas estaba por encima del lugar de Lucaynena: dispuse ocultar parte de mis Individuos, hice tomar al Alcalde Aro mi izquierda con 200 hombres á mi Ayudante la derecha y yo por el centro con una guerrilla de 45 caballos y á mi retaguardia al Teniente D. Antonio Dios con 250 con el intento de cortarlos, á pesar de su ventajosa posicion, empecé á marchar hácia él: pasé el rio de Lucaynena y al dar principio á subir echó á correr el enemigo para Dalías: me adelanté y al quarto de hora les di alcance al pié de otra altura respaldándome con una casa de campo: partí á ellos y ántes de llegar volvieron á ponerse en huida de forma que todo el dia pasó así sin cesar de encontrar en los caminos caballos heridos zapatos que se les cayan, cajones de cartuchos que trayan y otras cosas dándome noticia en los Cortijos por donde yban pasando que se hiban

llevando quantos caballos encontraban para conducir los heridos: llegada la noche me fué forzoso, mediante la mucha obscuridad ceder mi persegui- miento por haber tambien consumido las municio- nes y no haber comido la tropa en todo el dia, con- tentándome por entonces con haberles muerto 62 hombres y dispersado todos los juramentados, y cogídoles la caixa de correo que contenia 12.700 reales vellon.»

»Encaminámonos á Verja distante una legua, de cuyo pueblo iban reunidos con dichos enemigos 56 vecinos que servían en la Compañía franca al man- do del Teniente D. Francisco de Paula Gutierrez; llegamos á las 11 y media y al amanecer del 18 cerqué el indicado pueblo, y con algunas de mis tropas entré en la Plaza: se me presentó el Alcalde interino, y me manifestó que el Corregidor D. Fermin de Cuesta se había huido con otros quantos sugetos que temían mi entrada: esta noticia acabó de poner- me en aspectacion pues ya sabía yo que dicho pue- blo se sublevó en cierto tiempo contra el Excelen- tísimo Sr. Conde del Montijo y sus tropas: mandé á la Justicia me digera el número de sugetos que estaban sirviendo al enemigo, dónde se hallaban y en qué casa estaban curándose un Sargento de la compañía afrancesada herido en un muslo de resul- tas del ataque que dieron al Alcalde de Válor junto al Barranco de Pocayra, contestóme que los solda- dos estaban todos con los franceses en el dia al mando del Corregidor Llanos y de Maldonado y que trayendo á los Padres del Sargento ellos dirían en

qué casa estaba: hizose así y supe por este medio su paradero: hice conducirlo á mi presencia en la Plaza y hallándole confeso de haber sido herido en dicho ataque contra los Españoles le mandé confesar y fué afusilado en medio de la Plaza, sin que sirviese el empeño de un primo hermano suyo Sacerdote con mi Secretario ni los 100 doblones para refrescar la tropa que ofrecía, y despues de haber manifestado al Pueblo la causa de aquella muerte, mandé dar 100 palos á sus padres para exemplar los que se Indultaron por habersé interesado diferentes sugetos de carácter: seguidamente mandé á la tropa por mitades de Compañía saqueasen las casas del Corregidor que había huido, las de todos los sugetos ausentados y las de los padres de todos aquellos que servían con los franceses: duró el saqueo una hora según mandé y en seguida me dirigí á Ugijar: llegué á las diez de la noche del 19 y el 20 dispuse que el Alcalde de Válor marchase al lugar de Lanjar para observar los movimientos del Enemigo que marchó á Almería: puse en libertad á las mugeres de Llanos y Maldonado, respecto á haber confirmado la verdad en quanto me expusieron del paradero de sus maridos y á que el Llanos me suplicó por escrito la libertad de su muger y familia.»

¡Qué guerra y qué combatientes!

VII.

Fatigaríamos demasiado á nuestros lectores si fuéramos á enumerar todas las hazañas del Alcalde de Otívar, y quitaríamos quizás el interes que debe inspirar á su ingénuo escrito.

No pretendemos en éste sino renovar la memoria, digna de perpetuarse, del intrépido guerrillero, y hacer manifiesta la existencia todavía de un libro cuya falta de publicidad han lamentado talentos tan peregrinos como los Sres. Lafuente Alcántara y Alarcon.

No terminaremos, con todo, sin recordar algunos otros de los servicios prestados por nuestro héroe antes de su apartamiento del teatro de la guerra. Son de tal índole, que bien merecen especial mencion para que se conozcan las mil formas que nuestros guerrilleros imponían á su accion política y militar á fin de que produjese el fruto apetecido en el territorio en que operaban.

Había dispuesto el Alcalde de Otívar, de acuerdo con el conde del Montijo ó en obediencia de sus órdenes, la reunion de todos los dispersos, quintos y mozos solteros desde la edad de 16 á 40 años. Ya se habían incorporado tantos á su partida que formaban un refuerzo de más de 2.300 hombres, aunque desarmados bastantes y todos sin instruccion ni disciplina. Como era natural, al primer choque con los franceses huyeron los nuevamente llamados; y

fué necesaria toda la habilidad del Alcalde para eludir el cerco que de los que le quedaban intentaron el 27 de Noviembre varias columnas enemigas destacadas de Guadix y Granada á Laújar, Torbiscon y Órgiva.

Allí debieron desvanecerse las ilusiones que hubiera podido abrigar al verse á la cabeza de tanta gente. Los pocos dispersos y mozos que aún le seguían, le abandonaron huyendo del fuego como habían hecho los primeros; y, aún acudiendo á medidas de rigor, tuvo que limitar su mando al de los antiguos voluntarios que formaban anteriormente su partida.

Aunque enfermo á la sazón y precisado á esconderse en una gruta, todavía acudió á Puerto-blanco para destruir una cuadrilla de veinte malhechores; matando á seis, que pudo cortar su segundo, como momentos despues á otros seis franceses de la guarnicion de Nerja, encargados, con 44 más de sus camaradas, de convoyar unas cargas de vestuario que habia en Jayena.

Este fué el último combate á que asistió D. Juan Fernandez. Herido en él su segundo, el comandante Herrero, nombró para sustituirle á Simon Maestre, «soldado, dice, valiente y leal.»

«Y viendo, continúa, que mi enfermedad se agravaba, y que me hallaba sin municiones, comisioné á un religioso que me acompañaba para la plaza de Gibraltar ó su Campo donde se hallava el Excmo. Señor D. Francisco Vallesteros Capitan General del 4.º Ejército el que me mandó 8.400 cartuchos y dos

caxones de granadas de mano diciéndole al mencionado Religioso pasase yo á ver á S. E. lo que aunque malo en cama, al momento me levanté y bajé á la mar por si podía proporcionar mi embarque, que no pude verificar por el tiempo duro, y haberse ya ausentado el Barco que condujo las municiones: me retiré á un cortijo inmediato hasta que se proporcionase Barco: se verificó el 31 que me embarque en un Falucho de la plaza de Gibraltar á donde llegué á 4 de Enero de 1812: el 7 salí en busca de dicho Sr. Excmo., y le encontré en Cortes: le acompañé hasta Yunquera por su órden y desde allí me dijo fuese á dicha plaza de Gibraltar hasta su regreso.»

«De allí á poco sabiendo que dicho Sr Exmo Don Francisco Vallesteros se hallaba en los Barrios fui inmediatamente y me ofreció auxiliarme con armas y municiones pero no con gente y aunque me ofició para la Junta de Yunquera que allí se me diesen armamento y han pasado diferentes escritos de una y otra parte, hasta esta fecha nada se ha realizado.»

No termina aquí el manuscrito. Existen todavía en él copias de las comunicaciones que durante su ausencia le pasara el citado Maestre, quien no cesó de hostigar á los franceses hasta fin de Mayo de 1812, muy cerca ya de la época en que la victoria de lord Wellington en Salamanca obligaba al mariscal Soult á abandonar las Andalucías.

De modo que no hay punto de vista desde el que se mire al Alcalde de Otívar, donde no se le halle tan hábil como valiente, tan discreto como patriota. Es una figura histórica cuyo olvido por parte de

los españoles acusaría la ingratitude más grande.

Para demostrar que su discrecion corría parejas con el patriotismo de que tantas pruebas dió, ahí está su manuscrito, cuyo último párrafo vamos á transcribir como una de las más elocuentes:

«Y tambien, dice, (puedo gloriarme) de haber llegado el caso de que los enemigos de la ciudad de Granada han sorteado los oficiales que habian de salir en mi persecucion á causa de no haber quien voluntariamente lo hiciese. ¡Viles cobardes!: En la iniquidad, en el diabólico estudio para la seduccion, en el engaño se encierra vuestro valor: el delito que teneis confesado por vuestra misma cobardía, os arrastrará precisamente al suplicio, que se señalará en la historia para eterno escarmiento: ¡O si yo pudiera dirigir á mi alvedrío el espíritu de mis amados españoles! Ya, ya hubiera llegado este caso.»

Este, con efecto, era el espíritu que embargaba á aquellos hombres, la mayor parte rudos, que con su accion individual y no con la colectiva que sabían le era tan fácil neutralizar á su poderoso enemigo, se propusieron vengar la injusta agresion de que era objeto su patria. El valor y la pertinacia, con ese instinto militar que en nuestra raza ha suplido tantas veces al talento y la pericia, les dieron fuerza para la resistencia. Se despertó en ellos la memoria de las antiguas maneras de sostener los fueros de su independendencia, fundadas en el personalismo de que se habían hecho los representantes más autorizados desde la época remota de la invasion romana.

Y aislados y todo, siendo tantos y tan hábiles y perseverantes, formaban uno que parecía conjunto capaz de los esfuerzos de la nación entera y de los resultados sólo presumibles en las colectividades más homogéneas.

En las primeras páginas de «Víctor Hugo raconté par un témoin de sa vie,» se lee un párrafo que lo explica perfectamente.

«Y era, dice, que España se alzaba en odio á la dominacion francesa. Se defendía hombre á hombre y palmo á palmo. Imposible el saber por dónde se había evadido el Empecinado, pues los campesinos daban informes falsos cuando no tenían tiempo para huir al aproximarse los franceses. Por lo regular, las aldeas quedaban desiertas y se andaba ocho dias varias veces sin hallar á nadie. Antes de escaparse destruían cuanto no se podían llevar. No se encontraba pan ni carne; y, consumida la galleta, se morían las tropas de hambre... No querían nada para ellos, todo lo hacían por su país; y no les impresionaban ni las promesas ni las derrotas.»

Es todavía más expresiva la relacion que Víctor Hugo hacía de la entrada de las franceses en los alojamientos.

«España, pues, gustaba muy poco á nuestra viajera (hábla de su madre), y los españoles ménos. Es verdad que ellos se cuidaban muy poco de agradar á los franceses. Ya he dicho que en las ciudades el convoy se alojaba entre los habitantes cuando los había. Su acogida era sombría como la derrota, y fría como el resentimiento. Llegabais general-

mente á una casa maciza y sólida que parecía una fortaleza; baja la puerta, achaparrada, doble, de encina, chapeada de hierro, sembrada de clavos como la de una cárcel y con un cerrojo por dentro. Llamabais; nadie respondía. Volvíais á llamar; nada. Un nuevo golpe; la casa parecía sorda. En fin, al segundo aldabonazo, y con más frecuencia al vigésimo, se entreabría un postigo y se presentaba el semblante de una criada, seca, con los labios cerrados y la mirada glacial. Aquella criada no os dirigía una palabra; os dejaba hablar lo que quisierais, desaparecía sin responderos, y algun tiempo despues regresaba y os entreabría la puerta. El que os franqueaba la entrada no era la hospitalidad, era el odio. Erais introducidos á habitaciones amuebladas con lo estrictamente necesario; ni un objeto de comodidad ni capricho: la comodidad estaba ausente, y el lujo desterrado. Los mismos muebles se os mostraban hostiles; os recibían mal las sillas, y las paredes os decían: «Vete.» La criada os enseñaba las habitaciones, la cocina y las provisiones; se iba y no volvíais á verla. Jamás veíais á los dueños: habían sabido que iban á alojar franceses; habían hecho preparar las habitaciones y la comida, y no os debían nada. Al primer golpe de aldabon, se retiraban á los cuartos más lejanos con sus hijos y criados, se encerraban en ellos y esperaban como presos en su misma casa á que se marcharan los franceses. No oíais ni un paso, ni una voz; los mismos chicos se callaban. Aquello era el silencio y el anonadamiento del sepulcro; la casa estaba muerta.

Victor Hugo, continúa el autor de quien yo he adquirido estos detalles, y cuya conversacion trato aquí de reproducir literalmente, contaba que nada habia tan siniestro como aquel suicidio de una casa.»

Si los franceses hubieran hecho otro tanto en 1870, ¿creen nuestros lectores que hubieran sido tan fácilmente vencidos por los prusianos?

Y no es que despreciaran el sistema; no es que lo echasen en olvido, pues que muchos de ellos lo recordaban al sentirse impotentes contra el alud ingente que se les echaba encima. Sus ejércitos, los que formaban, y con razon, el orgullo de la nacion francesa, los en quien tenían completa confianza al verlos de tanto tiempo atras coronados del laurel de la victoria, habían sido barridos; sus plazas se entregaban ántes de ver abierta brecha en los muros; la autoridad, único elemento de reorganizacion que les quedaba, andaba por los suelos, incapaces los que la habían aterrado de crear resistencia sólida alguna, desacreditada por ellos mismos la que pudieran ofrecer los voluntarios al modo frances, sin patriotismo, sin organizacion ni disciplina. Pensaron, pues, algunos en la guerra de guerrillas; pero al primer castigo impuesto á los que se atrevieron á impedir la circulacion de los trenes por un ferro-carril, todos temieron la severidad alemana y cesaron en sus nobles propósitos.

No les culpamos: creemos que esa clase de resistencias no caben sino en pueblos pobres, y cuya historia las acredite; y los franceses se mantienen

hoy más que nunca apegados á los intereses materiales, capaces por sí solos de embargar el patriotismo más levantado. Por mucho que lamenten el epicurismo de que son presa, todavía han de sentir más sus males para que, poniéndole remedio, recuperen la virilidad característica de sus antepasados.

Aquí, en España, el castigo impuesto á los guerrilleros como á *bandidos*, *brigantes*, á *turcos*, en fin, *del Oeste*, como dice Schépeler, era contestado con tales represalias, que no pocas veces aterraban á los mismos generales franceses. La barbarie del invasor con los hombres y con los pueblos, era cien veces más funesta para él que una derrota. Ni aquí se estimaba la hacienda al perderse en servicio de la patria, ni las fatigas más rudas ni la sangre se medían al ofrecerse en holocausto á principios tan santos como los que puso en peligro la invasion francesa.

Le fué á ésta imposible la tarea de convencer á los españoles de que no atentaba á la religion ni á la integridad de la patria, y de que si había despojado á nuestros reyes de su cetro era para la regeneracion nacional que ellos estorbaban. Ni ¿cómo había de engañarlos, cuando se verificaba por caminos tan tortuosos y con armas tan traidoras?

El mismo Napoleon lo dijo despues: «De todos modos, lo confieso, yo emprendí muy mal aquel asunto: la inmoralidad debió mostrarse demasiado patente, la injusticia demasiado cínica, y el todo apareció muy villano, pues que sucumbí.»

¡Qué de extraño, pues, que la explosion nacional

fuese tan unánime y violenta? Tan unánime y violenta y generosa á la vez, que decía Lannes, el ilustre duque de Montebello, despues del sitio de Zaragoza: «¡Qué guerra! ¡Qué hombres! Un sitio para cada calle, una mina debajo de cada casa. ¡Estar obligado á matar tantos valientes, ó, si se quiere, tantos locos! Aquella guerra es horrible. Se lo he escrito al Emperador; la victoria entristece.»

.....

.....

.....

El Alcalde de Otívar recobró la salud por poco tiempo, pues fallecía en Marzo de 1815, desempeñando, al decir de su nieto, el cargo de Gobernador de la plaza de Almuñécar.

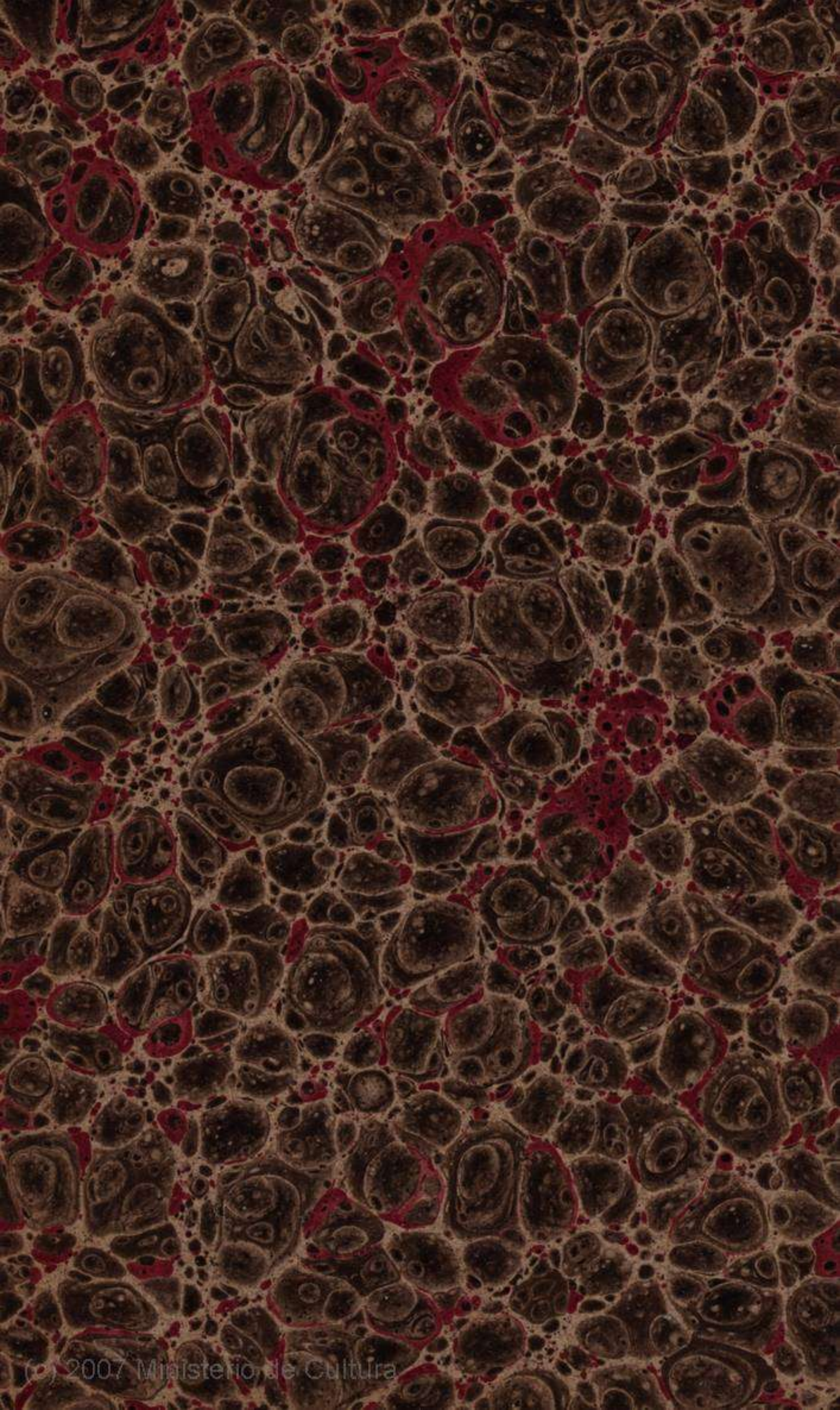
Dejó dos hijos, ya difuntos, un varon y una hembra; y de ésta nació el D. Eduardo Ligeró y Fernandez, que ha facilitado el manuscrito, fundamento del breve trabajo que hoy ofrecemos al público.

ARCHIVO FACULTATIVO

FIN.

Almudena





ENCUADERNACIONES
MARAZUELA
Calle de los Angeles, 4, Madrid

